



TODOSOBRE LA PASCUA

22.-La Escritura en el tiempo pascual

¿Cómo presenta la Iglesia la palabra de Dios en este tiempo? Es lo que queremos considerar ahora, ya que la conmemoración litúrgica de los misterios de Cristo se comprende con mayor plenitud precisamente a la luz de la Sagrada Escritura.

Nada se deja al azar en la elección de las lecturas para esta época. Si observamos detenidamente el leccionario, podremos detectar con facilidad que se basa en un plan bien estudiado; y, teniendo presente el conjunto, podremos apreciar debidamente las lecturas de cualquier día concreto.

Con acertado discernimiento la Iglesia reserva determinados libros del Nuevo Testamento para los tiempos especiales del año. Esto forma parte de su *didascalia* o función pedagógica, que se ejerce de manera preeminente en la liturgia.

En la selección y organización de las lecturas, tanto para la misa como para la Liturgia de las horas, la Iglesia ha permanecido fiel a la tradición secular de la liturgia romana. Ciertamente se han introducido elementos nuevos; las lecturas son más numerosas que en el pasado, pero no hay modificaciones radicales de la estructura antigua. Para los cristianos actuales, como para los de otros tiempos, esto proporciona un camino seguro que facilita la comprensión de los misterios que se celebran. Por medio del uso orante de esas lecturas profundizamos nuestro conocimiento de Cristo, de la Iglesia y de la vida cristiana.

El evangelio en el tiempo de pascua.

Es digno de destacar que a lo largo de estos cincuenta días predominan las lecturas del evangelio de san Juan. La elección del cuarto evangelio no es casual, sino intencional. Se lo ha escogido para que nos guíe a través de estas semanas.

Es verdad que durante la octava de pascua se leen también los evangelios sinópticos. Cada día de la semana se nos propone la lectura de la resurrección según un evangelista



Reflexiones Católicas.

diferente. Así escuchamos el testimonio de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Conviene que oigamos la narración de los cuatro. Cada uno de los evangelios está inspirado, y no hay por qué pensar que uno es más importante que el otro. Además, cada uno describe bajo una luz particular los acontecimientos del domingo de pascua.

Terminada la octava, las lecturas comienzan a ser casi exclusivamente de Juan, tanto en los domingos como en los días de semana, con excepción del domingo tercero y del día de la ascensión. Se comienza con el capítulo tercero de este evangelio, y se sigue en una lectura casi continuada hasta terminar con el último versículo del capítulo final, que coincide con la víspera de pentecostés.

No se lee el evangelio de san Juan completo, pero sí buena parte de él. El leccionario salta de vez en cuando algunos párrafos; pero las partes de contenido particularmente catequístico -como el discurso sobre el pan de vida (c. 6) y el del buen pastor (c. 10)- se leen completos. El discurso final del Señor, que culmina con su gran oración por la Iglesia, cierra este evangelio.

Esta elección de textos de san Juan para el tiempo pascual tiene profundas raíces en la tradición litúrgica. La Iglesia ha visto siempre una afinidad particular de este evangelio con el tiempo que sigue a la pascua. Esto se relaciona ciertamente con la historia del rito romano, pero lo atestiguan también otros ritos; por ejemplo, el bizantino y el mozárabe.

¿Por qué esta preferencia por el evangelio de Juan para el tiempo pascual? El motivo estriba, sin duda, en que la Iglesia ha captado que san Juan profundiza con mayor clarividencia en el misterio de Cristo. Lo que él ha oído, visto y tocado, su propia experiencia de "la palabra de vida", es lo que él comparte con nosotros. Con razón se le llama "el teólogo", ya que muestra los misterios ocultos bajo los acontecimientos externos de la vida de Cristo. Se preocupa de los hechos de la vida de Jesús tanto como cualquiera de los otros evangelistas, pero es más consciente de su valor simbólico. Incluso los milagros son para él "signos" que apuntan a otras realidades misteriosas.



Reflexiones Católicas.

Se puede decir que san Juan ve el entero desarrollo de la vida de Jesús a la luz de su plenitud en la gloria de pascua. El resplandor de la resurrección ilumina incluso los terribles acontecimientos del viernes santo. El misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección del Señor está presente en todo el relato. San Juan relata con mucha mayor abundancia que cualquiera de los otros escritores sagrados las palabras y discursos de Jesús. Su discurso final de la última cena ha sido calificado como la "cumbre de la revelación". Son palabras que el Maestro pronunció antes de volver al Padre. Su significado completo sólo se pudo comenzar a comprender más tarde.

Muchas cosas tengo que deciros todavía, pero ahora no estáis capacitados para entenderlas. Cuando venga él, el Espíritu de verdad, os guiará a la verdad completa... (Jn 16,12-13).

La Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, considera esas palabras de Cristo. Son proclamadas durante el tiempo pascual, y cada año descubrimos en ellas significados más profundos. De esa forma se nos conduce a la comprensión completa del misterio de Cristo.

Los evangelios de los domingos.

Las lecturas de los domingos, incluidos los evangelios, siguen un orden propio. Aquí consideraremos los evangelios que se leen los domingos que median entre pascua y pentecostés.

El segundo domingo de pascua, el evangelio nos narra la aparición del Señor al grupo de los apóstoles, incluido Tomás (Jn 20,19-31). Ocurrió ocho días después, es decir, a los ocho días de la resurrección; por tanto, la elección de este párrafo para tal día no necesita explicación. Desde el punto de vista doctrinal, nos habla claramente de la fe. Nos muestra la victoria de la fe sobre la duda y la desconfianza. En cada uno de nosotros hay un dudoso Tomás, siempre exigiendo garantías y seguridades. Esto debe dar paso a una actitud de fe y confianza. La confesión de fe, tardía pero significativa, del apóstol debe ser la nuestra. "Señor mío y Dios mío".

El tercer domingo los evangelios están organizados siguiendo el orden de los tres ciclos. Las lecturas de los ciclos A y B se toman del evangelio de san Lucas (Lc 24,13-35 y 35-48). El



Reflexiones Católicas.

primer pasaje relata la aparición de Jesús a dos discípulos por el camino de Emaús y cómo lo reconocieron al partir el pan. El paso siguiente es la continuación del mismo capítulo, y el hecho tiene lugar en la sala alta, en Jerusalén, donde el Señor se aparece de nuevo, habla con sus discípulos y come con ellos. El evangelio del ciclo C está tomado una vez más de Juan (21,1-19), y nos relata lo que ocurrió a orillas del lago de Tiberíades cuando, después de la pesca milagrosa, los discípulos reconocen al Señor y comen con él, y Pedro recibe el encargo: "Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas".

En cada uno de estos evangelios tiene lugar una comida de Cristo resucitado con sus discípulos. La comida expresa intimidad y compañerismo. Aun después de haber vuelto al Padre, Cristo permanece en amistad y familiaridad con sus seguidores. Nada esencial ha cambiado en su relación con ellos. El vínculo que unía al Maestro con sus discípulos no se ha roto; antes bien, se ha fortalecido, convirtiéndose la antigua relación en una auténtica comunión.

El énfasis que se pone en la comida sugiere además otro pensamiento. La eucaristía es el banquete sagrado que preside el Señor; es "la cena del Señor". Nosotros somos los invitados, que participamos de su cuerpo y su sangre sacramentados. Es un misterio de fe. Nosotros no vemos al que nos ha invitado; pero, por la fe, lo reconocemos en la palabra y en el sacramento, "al partir el pan".

El domingo cuarto se dedica al buen Pastor. Se llama precisamente "Domingo del buen Pastor". Las lecturas evangélicas para los tres ciclos están tomadas de un gran discurso (Jn 10,1-30). Toda la liturgia de este domingo está orientada a poner de manifiesto este tema central: la oración colecta, la segunda lectura, el salmo responsorial y el versículo del aleluya, así como la antífona de comunión y la oración poscomunión. Todas ellas aluden a Cristo como buen Pastor.

La imagen de Jesús buen Pastor era la que más atraía a los cristianos de los primeros tiempos. Encontramos imágenes pintadas en los más antiguos lugares de culto, en las catacumbas y otros. A veces se trata de Cristo pastoreando su rebaño en praderas celestiales. Más a menudo está representado por un joven que lleva sobre sus hombros la



Reflexiones Católicas.

oveja perdida: es el buen Pastor de los evangelios sinópticos (Mt 18,12-24; Lc 15,4-7). La Iglesia primitiva respondía a esta imagen como los cristianos de épocas más recientes respondían a la del sagrado corazón.

La lectura evangélica del buen Pastor es la más característica del tiempo de pascua. Cuando meditamos sobre este evangelio, nos damos cuenta de que todas las grandes verdades de nuestra redención están contenidas en él. El sacrificio expiatorio de Cristo se expresa en la imagen del buen Pastor que da la vida por sus ovejas. El motivo de su sacrificio es su obediencia amorosa al Padre. Su objetivo final, que tengan vida abundante.

La parábola del buen Pastor nos muestra a Jesús actuando en su Iglesia a lo largo de los siglos. Desde el cielo sigue pastoreando su rebaño. Como observa un escritor: "Después de haber pasado a través de su muerte y resurrección, ha entrado en su gloria con el Padre, y desde allí conduce a su rebaño a la perfección".

Finalmente, esta imagen transmite maravillosamente la relación entre Cristo y su Iglesia y entre Cristo y cada persona en particular. ¡Cuán expresiva es la frase: "Conozco mis ovejas y las mías me conocen"! Conocer tiene un sentido muy rico en el lenguaje bíblico. Es algo dinámico que se expresa en amor y servicio al otro, interesando el corazón tanto como la mente. El amor de Cristo hacia nosotros es algo íntimo y personal, y nuestro amor hacia él es la respuesta a su llamada. Oímos su voz, y lo seguimos. Este es el mutuo conocimiento entre el Pastor y sus ovejas.

Las lecturas del evangelio para el quinto domingo revelan otros tantos aspectos de esta relación. Cristo es "el camino, la verdad y la vida", se nos recuerda en el ciclo A (Jn 14,1-12). Cristo es la verdadera vida, y nosotros los sarmientos. La unión con él se debe mantener a toda costa. El sufrimiento es condición indispensable para crecer, porque el labrador ha de podar las vides para que den más fruto. Aquí entra en juego la teología del sufrimiento. El evangelio del ciclo C (Jn 13,31-35) trata del "mandamiento nuevo" de amarse mutuamente. El amor de Cristo hacia nosotros ha de ser la medida de nuestro amor mutuo.



Reflexiones Católicas.

El sexto domingo nos prepara para la fiesta de pentecostés que se avecina. En los evangelios de los ciclos A y B Jesús promete el Espíritu Santo y describe su rol en la Iglesia. El será abogado y maestro, y conducirá a la Iglesia hacia la verdad completa. Es el gran principio de unidad en la Iglesia.

El tema de la unidad aparece de nuevo el último domingo antes de pentecostés. Todas las lecturas evangélicas se toman del capítulo 17 del evangelio de san Juan, que contiene la gran oración conocida generalmente por "oración sacerdotal de Jesús". En ella Jesús implora al Padre para que guarde a sus discípulos en su nombre y mantenga a la Iglesia en perfecta unidad.

Otras lecturas del Nuevo Testamento.

También la lectura de los Hechos de los Apóstoles durante el tiempo de pascua tiene una larga tradición. Se comienza el mismo domingo de resurrección y se sigue leyendo en todas las misas hasta pentecostés. Un indicio de la importancia que tienen estas lecturas es el hecho de que, durante el tiempo pascual, también la primera lectura de las misas de los domingos es del Nuevo Testamento, cuando normalmente está tomada del Antiguo. Este ya no es tiempo de promesas, sino de cumplimiento, y este cumplimiento se manifiesta de la manera más adecuada en los relatos referentes a la primera comunidad cristiana.

Se puede objetar que la lectura litúrgica de los Hechos sería más apropiada después de pentecostés por ser cronológicamente el tiempo más indicado. Esto es cierto; pero no es más que una consideración, y no de gran importancia. Interesa más mostrar cómo la vida de las primeras comunidades cristianas era un testimonio vivo de la resurrección. La buena nueva de la resurrección era el mensaje central de la predicación apostólica. Los signos y maravillas realizados por los apóstoles confirman su mensaje, de la misma manera que lo corrobora su disposición a afrontar la persecución por Cristo.

Los Hechos nos hablan de la infancia de la Iglesia, de esa Iglesia nacida del costado de Cristo mientras él "dormía el sueño de la muerte en la cruz" 1. Evidentemente es muy oportuno revivir, durante este tiempo pascual la historia del



Reflexiones Católicas.

primer desarrollo y expansión. En ella se nos describe una comunidad cristiana que todo lo comparte, que tiene "un solo corazón y una sola alma"; una comunidad luchando por vivir según las categorías morales establecidas por Cristo; una Iglesia animada y conducida por el Espíritu Santo.

En su crónica de la infancia de la Iglesia, san Lucas describe una vida de actividad incesante. Salta a la vista el marcado contraste entre estas narraciones y el evangelio de san Juan, de carácter tan sereno y contemplativo. Dicho contraste subraya muy oportunamente la doble naturaleza de la Iglesia, que es al mismo tiempo activa y contemplativa, combinando así los papeles de Marta y de María. En palabras de la constitución sobre liturgia: "Es característico de la Iglesia ser a la vez humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina" (2).

La Liturgia de las horas.

La Liturgia de las horas, en su oficio de lecturas, utiliza otros libros del Nuevo Testamento para enriquecer nuestra comprensión del misterio pascual en la vida de la Iglesia.

Durante la primera semana, la lectura escriturística se toma de la primera carta de san Pedro. La elección no podía ser más adecuada, considerando el carácter marcadamente bautismal de esta carta. Algunos comentaristas sugieren la idea de que se trate de una homilía pascual dirigida a los recién bautizados 5. Esto, sin embargo, es discutible; aunque ciertamente en su sección introductoria parece una exhortación a los nuevos bautizados para que sean fieles a su llamada. Contiene, además, importante doctrina acerca del bautismo: sus efectos regeneradores, que hace derivar del misterio pascual de Cristo; su aspecto corporativo, que introduce a quienes lo reciben en el pueblo de Dios. Por el bautismo se transmite al neófito el poder vivificante de la resurrección.

El libro de la Revelación o Apocalipsis tiene parte preponderante en el oficio de lecturas, comenzando el lunes de la segunda semana y continuando hasta el final de la quinta. Armoniza bien con la liturgia de este tiempo que celebra la victoria de Cristo, victoria que es también el tema



Reflexiones Católicas.

del Apocalipsis. Aquí contemplamos al Señor en su gloria después de haber vencido a todos sus enemigos. Se nos presenta como el cordero que ha redimido a su pueblo y lo conducirá a la victoria final. Su lucha con el poder de las tinieblas continúa en la Iglesia. A pesar de la continua persecución, la victoria está asegurada. El libro concluye con cantos victoriosos en el cielo y una visión de la nueva Jerusalén.

Por fin, en las dos últimas semanas del tiempo pascual, una vez más el apóstol san Juan se dirige a nosotros con sus cartas a las iglesias. Estos escritos, especialmente la primera carta, concuerdan muy bien con Jn 15,17, que se lee en la misa durante ese tiempo. El mandamiento de amarnos mutuamente como Cristo nos amó es el gran tema tanto del evangelio como de las cartas. Este mandamiento, antiguo y nuevo a la vez, es esencial al cristianismo.

San Juan nos exhorta a que vivamos en el espíritu de la renovación bautismal, lo cual significa romper con el pecado y caminar a la luz de la gracia de Dios, guardando los mandamientos y no dejándonos contaminar por el mundo. Esto implica vivir según conviene a los hijos de Dios. El amor ha de ser el sello de nuestras vidas; amor no sólo de palabra, sino de "obras y verdad".

La gran lucha entre el bien y el mal, tan dramáticamente pintada en el Apocalipsis, tiene su contrapartida en las cartas. Aquí se lucha no en el gran escenario del mundo y el cosmos, sino en el corazón mismo del hombre. Cristo sigue batallando contra Satanás y vencéndolo. En esta lucha, en que todos nosotros estamos comprometidos, nuestras armas son la fe y el amor. Por la fe vencemos y hacemos nuestra la victoria de Cristo: "¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (1 Jn 5,5). Por la práctica del amor, el misterio pascual de Cristo se hace realidad en nuestras vidas: "Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos" (3,14).

23.-Pascua. Fiestas del Señor Sacramentos pascuales



Reflexiones Católicas.

El tiempo de pascua es un tiempo eminentemente sacramental. No cabe imaginar estudio alguno sobre su liturgia que no incluya alguna consideración sobre los sacramentos para ser completo. Aquí consideramos los sacramentos del bautismo y de la eucaristía, que, junto con la confirmación, constituyen los ritos cristianos de iniciación. Estos son por título especial, aunque no exclusivamente, sacramentos pascuales. También los demás sacramentos reciben su eficacia del misterio pascual de Cristo, si bien en ellos es menos evidente.

Esta cualidad inconfundible de la liturgia pascual tiene una explicación histórica. Deriva de la antigua disciplina del catecumenado. Nuestra liturgia de cuaresma conserva también elementos de catequesis bautismales que iban dirigidas a los catecúmenos que se preparaban a recibir el bautismo de pascua'. Estas instrucciones consistían en una introducción a la historia de la salvación y una exposición completa de los artículos de la fe compendiados en el credo de los apóstoles y las bases de la moral cristiana.

Pero el proceso de formación no terminaba con los ritos de la iniciación (bautismo, confirmación y eucaristía). A esto seguía un período posbautismal, la llamada "catequesis mistagógica", que consistía en una profundización en el significado de los sacramentos. Una de las razones para posponer esta catequesis hasta después del bautismo -mencionada por san Ambrosio- es la del secreto. Se consideraba conveniente rodear a los misterios cristianos de cierto grado de secreto con el fin de que no fueran profanados por los no creyentes. El candidato debía estar plenamente iniciado y comprometido antes de que se le explicaran. Pero, además, los padres de la Iglesia de los siglos IV y V nos dan dos razones más positivas. Una pedagógica, basada en el principio de que ver es mejor que oír. Ver y experimentar el sacramento era una forma más efectiva de catequesis que cualquier cantidad de explicaciones abstractas. Y había, además, una razón espiritual, según la cual la persona ha de ser iluminada por el Espíritu Santo y la gracia sacramental para poder percibir el significado y la riqueza del bautismo y la eucaristía.

El tiempo pascual, especialmente la octava de pascua, era el tiempo propicio para explicar la riqueza de los sacramentos a los neófitos. Los nuevos cristianos se reunían diariamente



Reflexiones Católicas.

durante la octava para orar juntos y recibir instrucción del obispo o de su representante. Los sagrados ritos que habían recibido en la noche de pascua se les explicaban en una serie de homilías. Esta forma de catequesis ha llegado hasta nosotros a través de obras famosas, por ejemplo: *La catequesis mistagógica*, atribuida a san Cirilo de Jerusalén (que actualmente se cree más bien escrita por su sucesor el obispo Juan, el cual rigió la diócesis de 387 a 417); las homilías catequísticas de san Juan Crisóstomo y san Teodoro de Mopsuestia; el *De Sacramentis* de san Ambrosio, y numerosos sermones de san Agustín a los nuevos bautizados.

Estas instrucciones son importantes, para los cristianos actuales como lo fueron en el pasado para los nuevos creyentes, para los adultos convertidos igual que para los que fueron bautizados de niños. En la escuela del servicio de Dios todos somos aprendices. Durante la cuaresma la Iglesia nos invita a unirnos a los catecúmenos que se preparan para el bautismo. En el tiempo pascual nos unimos a los neófitos; con ellos aprendemos de la liturgia todo lo que los sacramentos deben significar para los cristianos. Esto puede llevarnos a una renovación y profundización de nuestra vida sacramental 1.

La conmemoración del bautismo.

La liturgia de la octava de pascua tiene muchos motivos bautismales. En realidad, parece que fue originalmente concebida como una octava del bautismo. Posteriormente, hacia el siglo VII, se organizó más bien como octava de resurrección. Por eso la octava concluía el sábado de pascua, día en que los neófitos dejaban las vestiduras blancas y reanudaban su vida ordinaria.

Examinemos ahora los textos del misal y del leccionario para darnos cuenta de cómo aluden al bautismo y a la celebración de la eucaristía.

En primer lugar, las antífonas de entrada de cada día de la semana de pascua arrojan su propia luz sobre el bautismo. Presentan imágenes del Antiguo Testamento, especialmente del libro del Éxodo. Por el bautismo nos unimos al pueblo de Dios en su gran éxodo, pasamos de la esclavitud a la libertad; con Cristo, nuevo Moisés, a la cabeza peregrinamos hacia la



Reflexiones Católicas.

tierra prometida. Ya hemos entrado en la tierra prometida por el bautismo y la eucaristía, hemos aceptado la invitación de Cristo: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Aleluya" 2.

No deberíamos pasar por alto un rito de gran interés, aun cuando es un elemento opcional en la celebración de la misa. Me refiero a la ceremonia de la bendición y aspersion del agua bendita. Puede hacerse en lugar del rito penitencial al principio de la misa. Durante el tiempo de pascua se subraya su significación bautismal. Hay una oración especial de bendición que concluye así: "Que esta agua nos recuerde el bautismo y participemos del gozo de todos los que han sido bautizados por pascua".

Una «vez bendecida el agua, el celebrante puede ir por la iglesia aspergiendo al pueblo con este sacramental. Mientras tanto, se puede cantar un canto apropiado. Nada mejor que el tradicional *Vidi aquam*. En castellano significa: "Vi que manaba agua del lado derecho del templo. Aleluya. Y habrá vida dondequiera que llegue la corriente y cantarán: Aleluya, aleluya" (cf Ez 47,1-2.9).

Jesús comparó su propio cuerpo con un templo (cf Jn 2,19-22); y del costado traspasado de ese templo brotó sangre y agua (Jn 19,24), simbolizando la redención y, según los padres de la Iglesia, los sacramentos del bautismo y la eucaristía.

En las representaciones de Cristo crucificado, la herida aparece a la derecha del cuerpo, aunque el corazón está a la izquierda. Esto muestra la influencia de la Escritura y la liturgia en el arte cristiano. La idea latente es que el cuerpo de Cristo es el verdadero templo y que en su pasión cumple la profecía de Ezequiel.

Una antífona alternativa (la cuarta) expresa el mismo pensamiento en términos más explícitos: "De tu costado, oh Cristo, mana una fuente de agua viva, que limpia al mundo de pecado y renueva la vida. Aleluya".

La oración colecta de la misa, que es la misma que se reza en la Liturgia de las horas, hace frecuentes alusiones al



Reflexiones Católicas.

bautismo. En tales oraciones la Iglesia pide con frecuencia que la gracia recibida en el bautismo llegue a manifestarse en nuestras vidas. Citemos como ejemplo la del lunes de la octava de pascua:

Señor Dios, que por medio del bautismo haces crecer a tu Iglesia, dándole siempre nuevos hijos, concede a cuantos han renacido en la fuente bautismal vivir siempre de acuerdo con la fe que profesaron.

También las lecturas de la misa están relacionadas con el bautismo. Los Hechos de los Apóstoles relatan muchos ejemplos de bautismo y de efusión del Espíritu Santo. A veces también el salmo responsorial contiene un tema bautismal, como, por ejemplo, el salmo 41 con su respuesta: "Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo". Las lecturas del evangelio tienen menos alusión directa al bautismo, porque varios de los grandes discursos de san Juan, que se interpretan en sentido bautismal, ya se leyeron durante la cuaresma. Pero la liturgia de la palabra del lunes y el martes de la segunda semana incluye el discurso de Cristo a Nicodemo (Jn 3,1-15), en el que se habla de la necesidad de nacer de nuevo "de agua y de espíritu".

Antes de terminar nuestra consideración de los textos de la misa hemos de mencionar una referencia al bautismo en la misma plegaria eucarística. Se encuentra en la primera (canon romano), y se dice todos los días de la octava.

Habla del nuevo bautizado y del privilegio que ahora disfruta de poder tomar parte en el sacrificio de Cristo.

Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa por aquellos que has hecho renacer del agua y del Espíritu Santo, perdónales todos sus pecados...

La misa o eucaristía es el sacrificio de Cristo y su Iglesia. Por el bautismo los fieles quedan capacitados para participar en este sacrificio. No sólo recibir el cuerpo y la sangre del Señor, sino que, además, ellos mismos pueden tomar parte en la oblación, "ofreciendo la víctima inmaculada no sólo por las manos del sacerdote, sino incluso junto con él" 2. Esta es la doctrina del sacerdocio universal de los fieles (como distinto



Reflexiones Católicas.

del sacerdocio ministerial), que tanto subraya la reciente reforma litúrgica.

Las lecturas patrísticas de la Liturgia de las horas también nos instruyen acerca del bautismo y la eucaristía y tienen contenidos muy valiosos. Dos de las homilías que se leen durante la octava (el jueves y el viernes) están tomadas de la misma *Catequesis mistagógica* a la que ya nos hemos referido. En la primera de ellas, el autor de la homilía describe cómo el bautismo nos introduce en los misterios de la muerte y resurrección de Cristo. Así se expresa:

¡Oh maravilla nueva e inaudita! No hemos muerto ni hemos sido sepultados, ni hemos resucitado después de crucificados en el sentido material de estas expresiones; pero, al imitar estas realidades en imagen, hemos obtenido así la salvación verdadera.

La segunda instrucción trata de la unción del Espíritu Santo y de nuestra conformación con Cristo. "Hechos, por tanto, partícipes de Cristo (que significa Ungido) -nos dice-, con toda razón os llamáis ungidos" o Cristos. Y, después de haber explicado el simbolismo del óleo de la unción, declara: "Mientras se unge el cuerpo con aceite visible, el alma queda santificada por el santo y vivificante Espíritu".

El domingo de la octava de pascua es el gran obispo pastoral, san Agustín, quien se dirige a nosotros. La lectura está tomada de un sermón que dio a los neobautizados en la octava de su bautismo. Hay en sus palabras una nota de ternura y preocupación por esos nuevos cristianos que él mismo ha instruido con gran dedicación. Los exhorta a ser fieles a su llamada, a "revestirse del Señor Jesús" y perseverar en la nueva vida, seguros de que un día recibirán la gloria de la resurrección.

La lectura del miércoles de la tercera semana de pascua está tomada también de una instrucción bautismal. Se trata de la primera apología de san Justino mártir, que escribió dicho tratado en Roma al comienzo del siglo II. Es interesante por su gran antigüedad y por las informaciones que proporciona acerca de la administración de los sacramentos en una época tan remota. Habla del bautismo calificándolo de "consagración", nacimiento espiritual e "iluminación" (este



Reflexiones Católicas.

último término era el nombre que se daba al sacramento en los primeros tiempos). Por fin, el lunes de la sexta semana tenemos un extracto de un tratado sobre la Santísima Trinidad perteneciente al siglo IV y escrito por Dídimo de Alejandría.

Este gran teólogo seglar describe la actividad del Espíritu Santo en el bautismo:

El nos libera del pecado y de la muerte; de terrenos, es decir, de hechos de tierra y polvo, nos convierte en espirituales, partícipes de la gloria divina, hijos y herederos de Dios Padre, configurados de acuerdo con la imagen de su Hijo, herederos con él, hermanos suyos, que habrán de ser glorificados en él y reinarán con él.

La eucaristía.

El bautismo nos da acceso a la eucaristía, sacramento que completa la iniciación cristiana. (Antes la confirmación precedía a la primera comunión, y se administraba inmediatamente después del bautismo.) Nuestra incorporación a Cristo comenzó con el bautismo, y se completa con la participación en la eucaristía. Por el bautismo y la confirmación nos incorporamos al misterio pascual de Cristo; la eucaristía completa nuestra inserción en dicho misterio. Por eso los tres sacramentos forman una unidad aun en el caso de que se administren en diferentes etapas de la vida de una persona.

La liturgia del tiempo de pascua contiene también valiosos elementos de enseñanza acerca de la eucaristía, que conviene explicar a los fieles. Gran parte de esta doctrina se encuentra en la Liturgia de las horas y, por tanto, no está al alcance de la mayoría de los seglares. El clero encargado de la pastoral ha de hacer partícipe a su pueblo de esas riquezas que él asimila en la liturgia. El período entre pascua y pentecostés es ideal para una predicación sobre los sacramentos de la iniciación cristiana. Es también el tiempo tradicional para que los niños reciban su primera comunión. Se recomienda, además, que, durante este tiempo sacramental, se ofrezca a los enfermos más facilidad para recibir a menudo, incluso diariamente, la santa comunión.



Reflexiones Católicas.

Consideremos en primer lugar las lecturas del evangelio en la misa. Al contrario de lo que sucede con los demás evangelistas, san Juan no nos ha dejado un relato de la institución de la eucaristía. A pesar de ello, hay en su evangelio un fuerte énfasis sacramental. En él se encuentra, sin duda, el misterio de la eucaristía.

Las enseñanzas del Señor sobre la eucaristía se encuentran en el capítulo sexto del evangelio de san Juan, que trata de la multiplicación de los panes, a la que sigue el gran discurso del Señor sobre el pan de vida. El viernes de la segunda semana leemos la multiplicación de los panes (Jn 6,1-15). San Agustín y otros padres de la Iglesia nos explican que este milagro es signo de la eucaristía, y por eso da pie al discurso que le sigue.

Del lunes al sábado de la tercera semana se lee cada día una parte del citado discurso. Jesús conduce a sus seguidores de su preocupación por el pan material a realidades más profundas y espirituales. Declara que él es el "verdadero pan de vida".

Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca pasará sed.

La fe en él es un regalo del Padre; es ser "atraído por el Padre". Ir a Cristo por la fe y el amor es tener con certeza la vida eterna: "Yo lo resucitaré en el último día":

A medida que el discurso se encamina a la conclusión nos disponemos, casi imperceptiblemente, a la consideración de la presencia eucarística de Cristo. No es posible interpretar sus palabras en otro sentido que no sea el de su presencia real en el sacramento, puesto que dijo: "Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él".

En este punto conviene recurrir a las lecturas patrísticas de la Liturgia de las horas. Sorprende la fidelidad de sus escritos a la enseñanza de Cristo y cómo se afirma en sus instrucciones sobre la eucaristía la doctrina de la presencia real. El Oficio de lecturas del tiempo pascual contiene por lo menos siete homilías patrísticas que tratan sobre el misterio eucarístico 3.



Reflexiones Católicas.

Dos de ellas provienen de autores del siglo II, san Justino mártir y san Ireneo. Ambos insisten en la realidad de la presencia de Cristo en la eucaristía. Para el primero es precisamente "la carne y la sangre de aquel mismo Jesús que se encarnó"; el segundo declara que cuando el pan y el vino reciben la palabra de Dios, "se convierten en la eucaristía de la sangre y del cuerpo de Cristo".

San Hilario, en un extracto de su obra *De Trinitate*, afirma también la presencia real, desarrollando un punto de doctrina que surge del concepto de que la gracia del sacramento es operativa también fuera del tiempo de la comunión. Por la fe y el amor la presencia de Cristo en el corazón del creyente es permanente, la unión entre Cristo y el alma se profundiza por medio de la eucaristía. San Hilario no hace más que confirmar las palabras del Señor cuando escribe: "Si es verdad que la Palabra se hizo carne y que nosotros, en la cena del Señor, comemos esta Palabra hecha carne, ¿cómo no será verdad que habita en nosotros con su naturaleza aquel que, por una parte, al nacer como hombre, asumió la naturaleza humana como inseparable de la suya y, por otra, unió esta misma naturaleza a su naturaleza eterna en el sacramento en que nos dio su carne?"

La eucaristía es el sacramento de la unidad de la Iglesia. Esta es una idea sobre la que los padres de la Iglesia se detienen con frecuencia. Según san Fulgencio, obispo del Norte de Africa en el siglo VI: "La edificación espiritual del cuerpo de Cristo se realiza en la caridad...; esta edificación espiritual nunca se pide más oportunamente que cuando el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, ofrece el mismo cuerpo y la misma sangre de Cristo en el sacramento del pan y del cáliz".

El papa san León poseía un profundo sentido de la Iglesia como cuerpo de Cristo. Nunca pensaba en Cristo separado de la Iglesia. Para él, "la cabeza no puede estar separada de los miembros ni éstos separados de la cabeza". En sus reflexiones sobre la presencia de Cristo en su Iglesia, en la homilía que se lee el miércoles de la segunda semana introduce el tema de la eucaristía afirmando que el efecto que se produce en los que reciben este sacramento consiste en ser transformados en aquel a quien reciben:



Reflexiones Católicas.

Porque la participación del cuerpo y de la sangre de Cristo no hace otra cosa sino convertirnos en lo que recibimos y en hacernos portadores de aquel en quien y con quien hemos sido muertos, sepultados y resucitados.

Estos son algunos de los temas sobre la doctrina eucarística que se encuentran en las lecturas patrísticas señaladas para el tiempo pascual. Al leerlas se refuerza nuestra fe, y nuestro entendimiento se enriquece. Todo ello debería conducirnos a la renovación y a intensificar nuestra vida sacramental.

24.-LA SEMANA IN ALBIS

La octava pascual. Su interés actual.

La fiesta de Pascua está dotada de una octava, privilegiada entre todas las demás 14. Pero ¿cómo explicar la institución de esta octava, puesto que el tiempo pascual, como hemos afirmado al comienzo de estas páginas, era originariamente una solemnidad ininterrumpida que abarcaba todo el misterio redentor y representándole en su conjunto, sin distinguir sus etapas sucesivas? ¿Qué ha sucedido para que en esta solemnidad pascual de una duración de cincuenta días, se haya venido a insertar una octava que prolonga una semana la celebración de la resurrección del Salvador? La respuesta es muy sencilla. La octava de Pascua no fue universalmente admitida, en occidente como en oriente, sino a finales del siglo IV, es decir, en una época en que la significación primitiva de la "cincuentena" pascual había sido ya modificada sensiblemente. No era ya tanto la representación y el símbolo del único misterio divino y eterno de la redención, como "la conmemoración histórica, réplica fiel de los acontecimientos de la redención en su orden cronológico: muerte, resurrección, ascensión, misión del Espíritu Santo. Entonces se comprende que el ciclo antiguo de siete semanas se haya podido desdoblar en un nuevo ciclo de ocho días, definido tan sólo por el día de Pascua, por la resurrección, por uno de los actos redentores, y que el nuevo ciclo haya recibido sorprendentemente un carácter festivo y bautismal" 15.



Reflexiones Católicas.

Por otra parte, la Iglesia tenía sumo interés en prolongar durante una semana entera la solemnidad del día de Pascua, única fiesta bautismal del año, para permitir a los neófitos saborear, en su original frescura, la alegría de su bautismo y dar gracias a Dios por el insigne beneficio que acababan de recibir. Prolongar una semana la fiesta de Pascua era además seguir el ejemplo de los judíos, para quienes la solemnidad pascual duraba por lo menos siete días 16. Nuestra fiesta de Pascua está actualmente dotada de una verdadera octava que termina con el domingo *Quasimodo* 17. Sin embargo, tenemos fuertes razones para creer que, desde el principio, la celebración de la fiesta no se prolongaba más de siete días, los *dies baptismales*, y que se terminaba no como hoy, en el domingo *Quasimodo*, sino el sábado precedente, el sábado *in albis*, cuya importancia litúrgica era superior a la del octavo día, como se advierte aún por diversas peculiaridades 18.

La liturgia de la semana de Pascua no interesaba solamente a los neófitos que acababan de recibir el bautismo durante la noche pascual. Brindaba además, preferentemente, a todos los que habían tenido la dicha de nacer a la vida de Cristo resucitado, la ocasión de renovarse en la gracia de su bautismo y de expresar a Dios su agradecimiento cada vez más profundo. Además, los cristianos habían tenido mayor facilidad para unirse a los neófitos y tomar parte en las asambleas litúrgicas, durante la semana de Pascua, puesto que se habían suspendido los negocios seculares, cerrado los tribunales y prohibido los intercambios comerciales. Tenemos en este aspecto innumerables testimonios patristicos y disciplinares. Graciano, en el año 380 y Teodosio en el 389, prohíben las sesiones judiciales durante la semana que precede a la fiesta de Pascua y durante la siguiente. En un sermón que predicó como clausura de la semana de Pascua, san Agustín comprueba, no sin lamentarse, que los días de fiesta han terminado y que vuelven a reanudarse los contratos, los actos judiciales y los procesos 19. El concilio *in Trullo*, celebrado en 622, prescribe a los fieles dedicarse al culto divino, durante toda la semana, desde el domingo de Pascua hasta el domingo siguiente 20. Los concilios de Maguncia el año 813, Meaux en 845, de Ingelheim en 948, ordenan que la semana de Pascua se celebre en su totalidad 21. A comienzos del siglo XII es cuando se ve reducir la vacación laboral a las dos primeras ferias que siguen al



Reflexiones Católicas.

domingo de Pascua que han conservado hasta nuestros días una solemnidad especial.

En cuanto a los ritos que tenían lugar durante la semana pascual, "obligaban de algún modo a todos los cristianos a conmemorar automáticamente el aniversario de su bautismo. Las lecciones que se leían en ella, las oraciones que se recitaban, los gestos que realizaban catecúmenos y neófitos, todo avivaba en su espíritu el recuerdo de su propio bautismo; y los esplendores pascuales les recordaban la magnitud de los misterios que se habían operado en sus almas" 22.

Indudablemente, no es inútil, para apreciar en su justo valor el interés que presenta en la actualidad la celebración de la octava pascual, remontarnos a la época ya lejana en que numerosos neófitos participaban en una liturgia que había sido compuesta directamente para ellos y que estaba acomodada para hacerles tomar conciencia de todas las riquezas de su bautismo. De hecho sabemos que la elección de los diferentes textos del misal para la semana *in albis*, lecturas, oraciones y cantos, estuvo visiblemente inspirada por el afán de afirmar la fe de los recién bautizados y aumentar el fervor de su gratitud hacia quien les había comunicado su propia vida divina. Pero, por rica y atrayente que pueda parecernos la liturgia de la octava pascual encuadrada en el marco histórico en que se desarrollaba con tanto esplendor, procuremos no sacar la conclusión de que esta antigua y tan venerable liturgia no responde ya a nuestras propias necesidades y de que está desprovista, desde el punto de vista espiritual, de toda utilidad práctica. Conceder a la octava pascual un interés meramente arqueológico, no ver en ella otra cosa sino un respetable residuo del pasado, sería ignorar su profunda significación y suprimir su propia razón de ser. Pues la liturgia, nunca se insistirá demasiado en ello, carece de verdadero interés si no sigue siendo viva y actual. Aunque los textos litúrgicos de la octava pascual hayan sido seleccionados y compuestos en una época en que el sacramento del bautismo era administrado en diferentes condiciones y con una solemnidad que hoy no conocemos, sin embargo esos textos no han perdido nada de su propia virtud. Se ha dicho muy acertadamente, que "para todos los fieles, la semana *in albis* mantiene el recuerdo de la noche luminosa de Pascua, el santo orgullo de haber sido bautizados, la frescura de la infancia espiritual"23. No sólo



Reflexiones Católicas.

nos ayuda a profundizar en la significación de la fiesta de Pascua, sino principalmente nos permite revivir más profunda y extensamente este misterio.

Añadamos a esto que la restauración reciente de la vigilia pascual, debido a la importancia que en ella se concede a la renovación de las promesas del bautismo, refuerza al mismo tiempo la importancia de la semana *in albis* y le confiere, podemos decir, un suplemento de actualidad. Pues no todo ha terminado cuando, en la noche de Pascua, los cristianos han renovado sus promesas bautismales y que, por alimentarse con el Cordero, han participado en el misterio de Cristo inmolado y resucitado. Es menester aún que puedan disponer de algunos días para dar gracias al Señor por el beneficio recibido, y afianzarse en su conducta de verdaderos hijos de Dios.

Siendo el lunes de Pascua la única feria privilegiada de la octava, la Iglesia no puede, como, antiguamente, pedir a todos los bautizados, antiguos o recientes, participar en la misa estacional que, en principio, debería celebrarse solemnemente cada uno de los días de la semana pascual. No obstante, no sería pedir demasiado a los cristianos que asistieran, en lo posible, todos los días de la octava, y con verdadero espíritu de acción de gracias, al sacrificio eucarístico. ¿Por qué no restaurar en nuestras parroquias la antigua y saludable costumbre de terminar cada feria de la semana *in albis* con una reunión de los fieles en torno a la pila bautismal? Sabemos, efectivamente, que en la iglesia romana, el domingo de Pascua y los días siguientes, la celebración de las vísperas pascuales exigía una procesión al baptisterio y al oratorio de la cruz donde había tenido lugar la confirmación. En el transcurso de esta doble estación que se celebraba en estos lugares, se cantaban antífonas apropiadas, salmos y el *Magnificat* 14. No tenemos que insistir aquí en los detalles de esta función, de la que algunas iglesias de Francia han conservado ciertos vestigios 25. Pero nos parece que sería de gran interés volver a introducir, revalorizándola, una práctica que se podría fácilmente adaptar a las circunstancias actuales, y que sería muy apropiada para fomentar y desarrollar en los cristianos la devoción al bautismo.

La liturgia estacional.



Reflexiones Católicas.

Hubo una época en que, cada día de la octava, los neófitos de la noche pascual y numerosos fieles se reunían en uno u otro de los santuarios más venerables, tanto de la ciudad como del extrarradio urbano de Roma, para tomar parte en el sacrificio de la misa que se celebraba con todo el esplendor litúrgico que requiere una función estacional. Habiéndose celebrado la noche de Pascua en la archibasílica de Letrán, y habiendo tenido lugar la misa de la mañana en santa María la Mayor, los tres días siguientes se reunían en los grandes santuarios que se elevaban fuera de los muros de la ciudad, sobre los sepulcros de los tres grandes protectores de Roma 26. La misa estacional del lunes de Pascua se celebraba en san Pedro, en el Vaticano, donde se encuentra la sepultura del príncipe de los apóstoles; la del martes, en San Pablo extra-muros, donde reposa el cuerpo del apóstol de los gentiles; y la del miércoles, en san Lorenzo, en la vía Tiburtina, junto a la confesión del gran diácono, cuya memoria sigue siendo tan grata a la piedad romana. El jueves de la octava pascual, neófitos y fieles eran convocados en la basílica colocada bajo el patrocinio de los santos apóstoles, todos ellos testigos de la resurrección del Salvador. Desde hace mucho tiempo, la asamblea litúrgica se celebra en Santa María de los Mártires, panteón de Agripa transformado en basílica cristiana por el papa Bonifacio IV a principios del siglo VII 27. Finalmente, el sábado, último día de la semana, que en cierto sentido es la más solemne del año, la asamblea litúrgica tenía lugar en el santuario en que, siete días antes, los neófitos se habían convertido en hijos de Dios. Este mismo sábado, a la salida de vísperas y después de una estación en el baptisterio, los neófitos se reunían en una dependencia de la basílica de Letrán para despojarse, en una ceremonia conmovedora, de las túnicas blancas que se habían vestido al salir de la piscina sagrada". De ahí que los antiguos sacramentarios titulen al sábado de la octava pascual *Sabbatum in albis deponendis*, sábado de la deposición de las vestiduras blancas.

Las lecturas litúrgicas: el testimonio de las apóstoles.

Primitivamente, debía haber durante la octava pascual, en Roma y en Milán, dos series de misas, la primera celebrada de madrugada para los neófitos, y la segunda, a la hora de tercia, para honrar más especialmente el misterio de la Resurrección 29. El formulario actual se cree que proviene de



Reflexiones Católicas.

la fusión de estos dos tipos, fusión ciertamente realizada antes de finales del siglo VII. En todo caso, la liturgia de la octava, tal como nos la ha conservado nuestro misal romano, armoniza acertadamente los textos referentes a la resurrección del Salvador con los que se refieren al bautismo, puesto que, según san Pablo, por este sacramento penetramos en el misterio de Cristo inmolado y resucitado 30.

La resurrección del Salvador es el hecho históricamente probado sobre el que se asienta nuestra fe. "Si Cristo no resucitó, declara san Pablo, vana es nuestra predicación, vana nuestra fe" 31. La Iglesia deseando confirmar y fortalecer nuestra fe, nos recuerda, en sus lecturas litúrgicas, los más decisivos testimonios concernientes al hecho de la resurrección del Señor. Los evangelios de los diferentes días de la semana pascual, tomados intencionadamente, y según el orden tradicional de los cuatro testigos canónicos, nos transmiten la narración auténtica de múltiples apariciones de Cristo resucitado 32. Naturalmente, para el domingo *Quasimodo* se reserva la lectura del pasaje en que san Juan narra la aparición en el cenáculo que tuvo lugar el octavo día después de la resurrección del Salvador.

Las epístolas de la semana pascual nos permiten oír ante todo los principales testimonios de la resurrección de Cristo dados por los apóstoles. A san Pedro corresponde el honor, como es lógico, de tomar el primero la palabra. El es quien durante la misa estacional del lunes de Pascua, eleva su voz en esta basílica vaticana, en la que permanece espiritualmente presente, para atestiguar que Dios ha resucitado a su Hijo al tercer día de su muerte 33. Al día siguiente, el martes, mientras los fieles y neófitos se reúnen en la basílica erigida sobre su tumba, san Pablo viene a su vez a dar testimonio de Cristo resucitado 34. El miércoles de Pascua, oímos una vez más a san Pedro presentarse como testigo de la resurrección del Salvador y afirmar que si los judíos han matado al autor de la vida, Dios lo ha resucitado de entre los muertos 35.

Las epístolas de los tres últimos días de la octava nos hablan del bautismo y sus consecuencias. La lectura del jueves nos brinda una viveza y frescura de estilo cuando el autor del libro de los Hechos de los apóstoles nos cuenta el bautismo del etíope, oficial de la reina Candaces, durante su retorno de Jerusalén a Gaza 36. La Iglesia, como es justo, confía a san



Reflexiones Católicas.

Pedro el cuidado de hablarnos el viernes y el sábado, con la autoridad que le es propia, de la necesidad y grandeza del bautismo. La epístola del viernes nos muestra que este sacramento es para nosotros el único medio de entrar en la Iglesia, al que prefiguró el arca famosa donde, por orden de Dios, se refugiaron Noé y los suyos para escapar del diluvio 37.

La epístola del sábado, verdadera conclusión de este septenario bautismal, tiene especial importancia 38. Si la Iglesia, apropiándose este texto de san Pedro, se dirige más directamente a los neófitos que debían despojarse, en este último día de la semana *in albis*, de las túnicas blancas, símbolo de la inocencia bautismal, entiende además que debe extenderse a los demás fieles. En esta lectura se pueden distinguir tres partes. San Pedro exhorta en primer lugar a los nuevos cristianos a despojarse de toda maldad, volviendo a la sencillez de la infancia, y a alimentarse de la leche espiritual del evangelio:

Amadísimos: Despojándoos, pues, de toda maldad y de todo engaño, de hipocresías, envidias y maledicencias, como niños recién nacidos apeteded la leche espiritual, para con ella crecer en orden a la salvación, si es que habéis gustado cuán suave es el Señor.

San Pedro recuerda a continuación a los bautizados que habiéndose convertido en piedras vivas de la Iglesia, deben apoyarse mediante la fe en Cristo, fundamento inquebrantable colocado por Dios mismo, y rechazado por los judíos incrédulos:

Acercaos a El, como a piedra viva rechazada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios. Vosotros, como piedras vivas sois edificados en la casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por Jesucristo. Por lo cual, en la escritura se lee: He aquí que yo pongo en Sión una piedra angular, escogida, preciosa, y el que creyere en ella no será confundido.

Para concluir, el príncipe de los apóstoles, después de haber aludido a la maldición que pesa sobre todos los que han rechazado a Cristo, reconoce la eminente dignidad de los



Reflexiones Católicas.

cristianos a los que proclama "linaje escogido", "sacerdocio real", "pueblo santo", cuya misión consiste en dar testimonio de aquel que de las tinieblas los ha llamado a su admirable luz:

Para vosotros, pues, los creyentes, es honor, mas para los incrédulos esa piedra, desechada por los constructores y convertida en cabeza de esquina, es piedra de tropiezo y roca de escándalo. Rehusando creer, vienen a tropezar en la palabra, pues también a eso fueron destinados. Pero vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para pregonar el poder del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Vosotros que un tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios; no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis conseguido misericordia.

No hay pasaje en la sagrada Escritura que haga resaltar mejor que este texto de san Pedro las insignes prerrogativas que se derivan del bautismo.

Los cantos de la misa: la entrada en la tierra prometida.

Los cantos responden a las lecturas, pues también ellos celebran tanto la resurrección de Cristo como los efectos maravillosos del bautismo. Todos hacen resaltar, dentro de la obra redentora, la manifestación de la sabiduría y poder divinos. Pero las piezas musicales que más merecidamente reclaman nuestra atención son con toda seguridad esas sabrosas antífonas de entrada que la Iglesia ha tomado, casi todas, con su libertad acostumbrada, del Antiguo Testamento.

La más notable de estas antífonas es la del día de Pascua, de la que ya hemos hablado anteriormente. Las antífonas de los días siguientes, desde el lunes hasta el sábado *in albis*, acentúan el doble aspecto del bautismo que prefiguró antiguamente el paso del mar Rojo. Por el bautismo, Dios nos ha rescatado de la servidumbre del príncipe de este mundo, y además nos ha dado acceso a la verdadera tierra prometida, el reino de los cielos, ya realizado en la tierra en la Iglesia.



Reflexiones Católicas.

La antífona del lunes de Pascua recuerda a todos los cristianos como a los neófitos, que el "señor les ha introducido en una tierra que mana leche y miel", para que su ley, la ley evangélica, esté siempre en sus labios a la par que en el corazón 39. La antífona del martes afirma a su vez que, por las aguas del bautismo, el Señor ha dado a beber a los cristianos su propia sabiduría. Si son dóciles a la acción del Espíritu Santo que viene a ellos, esta sabiduría divina, lejos de doblegarse, se consolidará y se desarrollará, y los glorificará por toda la eternidad 40. Cristo en persona nos deja oír su voz en la antífona del miércoles. Se dirige a quienes por el bautismo se han convertido en hijos de Dios:

Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino, *aleluya*, que os está preparado desde el principio del mundo, *aleluya, aleluya, aleluya* 41.

Este reino que Cristo ha venido a instaurar sobre la tierra y que se consumará en la gloria del cielo, no es otro sino la Iglesia 42. La antífona del jueves proclama otro gran beneficio del bautismo. Cristo, Sabiduría encarnada, ha abierto la garganta que el pecado había hecho enmudecer y ha desatado las lenguas de quienes no podían hablar. Lo cual ha permitido a los nuevos bautizados, durante estas fiestas pascuales, alabar unánimemente, a una sola voz y con un solo corazón, la mano victoriosa del Señor que les ha ordenado atravesar las aguas del bautismo para librarlos de la esclavitud del pecado 43. Pues nadie es capaz de alabar y bendecir al Señor si, por el bautismo, no ha pasado de la muerte a la vida - declara el salmista 44. ¿No es gran privilegio de los bautizados poder alabar como conviene la sabiduría y la misericordia del Salvador y entonar un cántico nuevo, el del agradecimiento? 45.

Sin embargo, los neófitos de la noche pascual no podían entrar en la verdadera tierra prometida sino después de haber escapado del poder del demonio, como antiguamente los israelitas no pudieron ocupar la tierra de Canaán sino después de ser libertados de la esclavitud de Egipto. Ahora bien, la antífona del viernes nos muestra al Señor renovando por el bautismo, en favor de los neófitos, el prodigio que había realizado antiguamente anegando en las olas del mar Rojo todo el ejército del Faraón, carros y caballeros:



Reflexiones Católicas.

El Señor los sacó llenos de esperanza, aleluya, y el mar anegó a sus enemigos, aleluya, aleluya, aleluya 46.

La antífona del sábado *in albis*, último día de esta gozosa semana, enlaza con la precedente, pues nos presenta al Señor sacando a los recién nacidos de su penosa servidumbre, con transportes de júbilo semejantes a los que sintieron los israelitas al huir de la tierra de Egipto:

Así sacó a su pueblo gozoso, aleluya, y a sus elegidos llenos de alegría, aleluya, aleluya 47.

Por lo demás, es muy natural que el septenario bautismal termine en la radiante alegría de Pascua, esa misma alegría a la que la Iglesia nos invita tan vivamente cada día de la semana, repitiendo en el gradual y en los versículos del oficio la invitación del salmista:

Este es el día en que actuó el Señor; sea nuestra alegría y nuestro gozo 48.

La mayor parte de los versos aleluyáticos enuncian brevemente el motivo de esta alegría, la resurrección de Cristo. Porque "ha resucitado de la tumba el Señor que por nosotros fue suspendido en el madero de la cruz" 49; "El Señor ha resucitado verdaderamente y se apareció a Pedro" 50; "Cristo ha resucitado, El que ha creado todo y ha tenido piedad del género humano" 51; "Pregonad a las naciones que el Señor reina sobre el madero de la cruz" 52.

Las oraciones: de la fiesta de Pascua a la alegría eterna.

Mediante sus lecturas, que recuerdan los principales testimonios referentes a la resurrección de Cristo, la Iglesia se dedica a consolidar la fe de todos los bautizados. En los cantos de la misa, en las antífonas de entrada concretamente, para estimular a los cristianos a la gratitud y a la alegría, resalta a través de evocaciones, de sabor eminentemente bíblico, las maravillosas consecuencias del sacramento que, arrancándoles de la esclavitud del pecado, les abre las puertas del reino celestial. En las diversas oraciones que reza el sacerdote en cada misa: colecta, oración sobre las ofrendas y poscomunión, la Iglesia se preocupa de obtener para todo el



Reflexiones Católicas.

pueblo fiel el pleno desarrollo de la vida bautismal. Esta preocupación es la que inspira la colecta siguiente:

Oh Dios que con la solemnidad pascual has traído al mundo la salvación; dignate derramar sobre tu pueblo dones celestiales para que merezca alcanzar la perfecta libertad y progrese en el camino de la vida eterna 53.

Teniendo en cuenta que la eucaristía es el verdadero alimento de la vida bautismal, la Iglesia pide el sábado *in albis*, último día del septenario, que por la virtud de este sacramento se produzca en los cristianos un constante aumento de la verdadera fe 54. Pero no se puede tener fe verdadera, fe viva, sin que la vida práctica esté conforme con las exigencias del bautismo. Por esto la colecta del martes pide para los nuevos bautizados y para los antiguos, la gracia de conservar, mediante una conducta verdaderamente cristiana, el misterio que han recibido por la fe. En cuanto a la colecta del viernes, pide a Dios que reproduzcamos en nuestra actividad lo que profesamos celebrando la solemnidad pascual.

Naturalmente, puesto que el bautismo comunica a los cristianos una nueva vida, la vida de Cristo, es necesario que exista en todos los "renacidos de la fuente bautismal", y esto es lo que pide la Iglesia el jueves de Pascua, unidad en la fe y en la caridad 55. Que derrame el Señor el Espíritu de su caridad para que, alimentados con los sacramentos de Pascua, por su misericordia permanezcan unidos en santa concordia 56.

No basta que la celebración del misterio pascual proporcione a todos los bautizados un sabor anticipado, más o menos pasajero, de las alegrías eternas; la Iglesia sobre todo desea que esta celebración sea para todos un medio eficaz de llegar a la bienaventuranza eterna. De ahí esta petición que formula la colecta del miércoles:

Oh Dios que nos alegras cada año con la solemnidad de la resurrección del Señor; concédenos benigno que, por las fiestas celebradas en el tiempo, merezcamos llegar a las alegrías eternas.



Reflexiones Católicas.

Y expresa exactamente este mismo deseo en la colecta del sábado *in albis*:

Oh Dios todopoderoso, que la devota celebración de estas fiestas pascuales nos merezca llegar a la alegría eterna.

Esta oración parece muy apropiada para cerrar el septenario gozoso, pues se trata de que no sólo todos nosotros los bautizados que celebramos la fiesta pascual, regocijándonos en la tierra por la victoria conseguida por Cristo sobre la muerte, ya hace siglos, sino también de que nos dispongamos a reunirnos con nuestra cabeza en la gloria del cielo para participar también nosotros de la alegría de su resurrección.

25.-EPÍLOGO DEL SEPTENARIO BAUTISMAL

EL DOMINGO "QUASIMODO"

La aparición del día octavo.

El septenario bautismal termina el sábado *in albis*, llamado así en nuestro misal porque en este último día de la semana antiguamente los neófitos se despojaban de las túnicas blancas que habían vestido la noche de Pascua después de su bautismo. Pero para superar el número *siete*, número perfecto de la antigua ley y para alcanzar el número *ocho*, número perfecto de la ley nueva 57, pareció útil y conveniente transformar en verdadera octava, añadiendo el domingo, el antiguo septenario bautismal. Los más antiguos sacramentarios convierten ya al domingo que sigue a la semana *in albis* en día octavo de Pascua 58. Los libros litúrgicos actuales: misal, breviario, martirologio, titulan a este domingo: *Dominica in albis, in octava Paschae* 59. Por este motivo, este domingo llamado comúnmente de *Quasimodo* por las primeras palabras de la antífona de entrada, se nos presenta como una especie de complemento o última conclusión del septenario bautismal.



Reflexiones Católicas.

Hemos visto que cada feria de la semana implicaba la celebración de una misa estacional en la que los fieles se unían a los neófitos de la noche pascual. La misa del Domingo *Quasimodo* es también una misa estacional, pero la función litúrgica, en vez de celebrarse en una de las grandes basílicas de la ciudad o del extrarradio urbano de Roma, tiene lugar extra muros en un modesto santuario de la *Vía Aurelia* que se edificó en el siglo IV, sobre la tumba de un pequeño mártir de doce años, san Pancracio, y restaurado en el siglo VII por el papa Honorio.

Todo el interés litúrgico de este domingo de *Quasimodo* se centra en el evangelio de la misa y las consecuencias que de él se derivan. Es normal, puesto que estamos en el octavo día después de Pascua, que la Iglesia nos ofrezca como lectura el trozo del evangelio de san Juan donde se nos narra la escena de que fue testigo ocho días después de la resurrección del Salvador 60. En efecto, por la tarde del primer día de la semana, Cristo se apareció a sus apóstoles reunidos en el cenáculo de Jerusalén, les mostró sus manos y su costado que había sido taladrado. Pero santo Tomás que no había asistido a esta aparición del Salvador, se negó a creer que Cristo hubiese resucitado. Entonces, nos cuenta san Juan,

Los otros discípulos le decían:

-Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó:

-Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días -estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos, llegó Jesús-, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:

-Paz a vosotros.

Luego dice a Tomás:

-Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.



Reflexiones Católicas.

Contestó Tomás:

-¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dice:

-¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

La fe en Cristo Señor.

La breve exclamación del apóstol en presencia de Cristo resucitado expresa admirablemente la fe de nuestro bautismo. El acto realizado por santo Tomás es un acto que procede de una fe tan total como profunda y viva, puesto que de un solo golpe, reconoce a Jesús como su "Señor" y su "Dios". Sustancialmente todo el Credo. Cuando el intendente de la reina de Candaces expresó en el camino de Gaza el deseo de ser bautizado, el diácono Felipe le dijo: "Si crees con todo tu corazón, todo es posible". Como respuesta, el eunuco hizo entonces esta sencilla profesión de fe: "Creo que Jesús es el Hijo de Dios" 61. Y Felipe le bautizó inmediatamente. Esta misma fue, firme y plena, la profesión de fe de san Pedro en Cesarea: "Tú eres el Hijo de Dios vivo" 62. Efectivamente, conviene que enfoquemos nuestra fe no como la adhesión a una verdad doctrinal, a una enseñanza moral o religiosa, sino sobre todo como adhesión personal a otra persona, la persona de Jesús reconocido como nuestro Dios y Señor. Para san Pablo, la fórmula "Jesús es el Señor", es la expresión de la fe cristiana y resumen de todo el evangelio. Encierra sustancialmente las condiciones de nuestra salvación: "Porque si confesares con tu boca al Señor Jesús y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo" 63. "Pues -observa en otro lugar- nadie puede decir "Jesús es el Señor", si no es bajo la acción del Espíritu Santo" 641.

Crear que Jesús es el Señor, o mejor, creer en el Señor Jesús, es evidentemente creer en su resurrección de entre los muertos y en su glorificación; es creer, al mismo tiempo, en su filiación divina, en su misión, en su evangelio, en toda su obra, en la Iglesia y en las enseñanzas de ésta. Es, por



Reflexiones Católicas.

consiguiente, reconocer los derechos que, por su sacrificio, ha adquirido el Redentor sobre nosotros y nuestra total dependencia respecto de El. Pues es el Señor, de todos y cada uno, "nuestro Señor", como preferimos llamarle con ternura y reverencia profunda.

Pero no debemos reconocer a Cristo, como "Señor nuestro" sin someternos totalmente a El, sin plegarnos a su voluntad, sin cumplir su ley, sin rendirle el homenaje de nuestra alma y todas sus potencias, el homenaje del cuerpo con todos sus miembros 65. Indudablemente, creer en el Señor Jesús implica inicialmente una adhesión de la inteligencia iluminada, por la luz divina, pero esta adhesión no es completa, efectiva, si no abarca todo nuestro ser en una absoluta sumisión a la voluntad del Señor.

¿Hay algo más significativo a este respecto que la actitud de san Pablo en el momento de su conversión? Esta actitud ofrece por otro lado cierta semejanza con la de santo Tomás cayendo a los pies del Salvador. Santo Tomás no podía decidirse a creer que Jesús, que había sido crucificado y sepultado, hubiese resucitado como había predicho. Su estado de espíritu era el de los demás discípulos antes de que el Señor se apareciera. Santo Tomás estaba desanimado, desalentado. Sin embargo, no debiéramos afirmar que había perdido realmente la fe en Cristo, pues siempre formó parte del colegio de los doce y continuaba viviendo como discípulo del Maestro. Las disposiciones de san Pablo en el momento de su conversión eran muy diferentes. Resuelto adversario de Cristo, lo perseguía en los miembros de su Iglesia. Cuando se dirigía a Damasco, respiraba amenazas de muerte contra los discípulos del Señor 66. Desde el momento en que cae en tierra como fulminado por Cristo resucitado en las condiciones que conocemos, san Pablo quedó cambiado y transformado por la fuerza de la gracia. Reconoce a su Señor en quien le ha vencido, y se pone generosamente a su disposición: "Señor, ¿qué quieres que haga?" 67.

Fidelidad a Cristo Señor y victoria de la fe.

Según el ritual actualmente en uso, la primera pregunta que hace el sacerdote a quien se presenta para recibir el bautismo, es ésta: "¿Qué pides a la Iglesia de Dios?". A esta pregunta, el catecúmeno debe responder, o si se trata de un



Reflexiones Católicas.

infante, el padrino responde en su nombre: "la fe" 68. Esto no debe sorprendernos. Indudablemente, si el candidato no tenía ya la fe en su corazón, no pediría el bautismo. Pero aquí la Iglesia, como lo hacía san Agustín, identifica de algún modo el bautismo y la fe 69. Ya Tertuliano llamaba al bautismo "signo de fe", y también "sello de la fe» 70. Según la expresión tradicional empleada por san Agustín y frecuentemente repetida por santo Tomás, el bautismo es el "sacramento de la fe" ". En efecto, por el bautismo el cristiano entra en comunión de fe con la Iglesia, se adhiere perfectamente a Cristo, del que se convierte en miembro vivo, se compromete en su servicio. En consecuencia, solamente merece el nombre de fiel aquel cuya vida está conforme a este compromiso.

Ahora bien, en el pensamiento de la Iglesia, la octava pascual ofrece a todos los cristianos una ocasión favorable para renovarse en su fe en el Salvador. Con la antífona de la comunión, que está tomada del evangelio del día, la misa del domingo *Quasimodo* termina precisamente con esta recomendación que, prescindiendo del discípulo recalcitrante, se dirige a todos y cada uno de los bautizados: "No seas incrédulo, sino creyente".

También es importante que en la práctica de la vida cristiana conservemos el beneficio de la renovación producida en nuestras almas mediante una fervorosa celebración de la solemnidad pascual. Esto es lo que nos hace pedir la Iglesia en la colecta del domingo:

Concédenos, Señor todopoderoso que, habiendo celebrado las solemnidades pascales, conservemos, con tu gracia, su fruto en nuestra vida y costumbres.

Está fuera de duda que el hecho de revivir litúrgicamente cada año el misterio pascual tiene como efecto hacer más profunda y sólida nuestra convicción de que Cristo resucitado es el Señor, "Nuestro Señor" para cada uno de nosotros. Nos ayuda a comprender mejor la naturaleza del bautismo y el alcance de nuestro compromiso. Recibimos de Cristo mismo mayor luz y fuerza para responder con mayor fidelidad a las exigencias de nuestra fe. La sumisión al influjo de Cristo viviente, se hace en nosotros más total, más absoluta, más conforme a nuestra consagración bautismal. Cada fiesta de Pascua merece ser considerada como el punto de partida de una



Reflexiones Católicas.

nueva vida, no solamente para los neófitos que acaban de nacer a la vida de Cristo resucitado, sino para todos los cristianos que han participado en la celebración de la solemnidad pascual renovándose en la gracia de su bautismo. De unos y otros se puede decir con toda verdad que caminan en una nueva vida.

Cuando san Juan afirma en la epístola de la misa 72 que nuestra fe ha vencido al mundo, se comprende en seguida que se trata de la fe que implica un compromiso total en servicio del Señor, la fe del bautismo. En realidad, solamente Cristo es el único vencedor del mundo, como lo ha dicho 73. Ahora bien, incorporado a Cristo por el bautismo, el cristiano participa en su victoria en la medida en que permanece bajo el influjo del Salvador resucitado, viviendo y actuando en él.

Es inútil repetir que, para vivir su bautismo y responder fielmente a sus exigencias, es necesario ante todo guardar la pureza de la fe. Renovados en Cristo por la celebración de las solemnidades pascuales, los cristianos, como los neófitos, deben asimilarse a los recién nacidos. No pueden crecer y desarrollarse en Cristo sin alimentar su alma con la leche purísima del evangelio 74. De ahí arranca esta recomendación que la Iglesia dirige maternalmente a todos sus hijos para introducirles, mediante la antífona de entrada, en la liturgia del domingo *Quasimodo*:

Como niños recién nacidos, *aleluya*; con toda sabiduría 75, apeteded la leche espiritual sin engaño, *aleluya, aleluya, aleluya*.

Finalmente, la Iglesia no acertaría a concluir los días que siguen a la celebración de la verdadera Pascua, estos días que Romano Guardini llama tan acertadamente "días de tránsito hacia lo eterno", sin pedir por última vez al Señor que, después de haber sentido la alegría de la solemnidad pascual, pueda un día gozar de la plenitud de una alegría eterna. ¿No sucede el fruto a la flor?

.....

14. La octava de Pascua es hoy, con la de Pentecostés, la única octava privilegiada de primer orden, es decir, que excluye cualquier otra fiesta, sea la que sea su solemnidad.



Reflexiones Católicas.

Pero la octava de Pentecostés no fue instituida sino después de la octava de Pascua y a imitación de ésta. del sábado in albis), la leche sin mezcla, no falsificada, representa más bien la doctrina del evangelio.

15. F. VANDENBROUCKE, *Les origines de l'octave pascale: QLP 37* (1946). El autor de este artículo afirma que la octava pascual estaba universalmente admitida en oriente a fines del siglo IV. Existía en Milán en tiempos de san Ambrosio, y en África en tiempos de san Agustín quien, en sus sermones, pone de relieve el carácter bautismal de la octava. En cuanto a Roma, la octava pascual existía seguramente desde el siglo V.

16. Lev 23, 4 y 5.

17. Ya en el sacramentario gelasiano, el domingo *Quasimodo* se titula: *Octava Paschae*.

18. *El canto Haec est dies, los Alleluia añadidos al Benedicamus Domino, la secuencia Victimae Paschali, el prefacio del día de Pascua, el Communicantes propio, todas estas diversas particularidades litúrgicas de la semana pascual cesan desde el sábado. Por otra parte, el despojarse de las túnicas blancas tenía lugar igualmente el sábado in albis deponendis en la misma basílica de Letrán donde los neófitos habían recibido el bautismo durante la noche pascual.*

19. *Serm. 259: PL 38, 518.*

20. HEFFELE-LECLERCQ, *Histoire des Conciles, 3, p. 571, can. 66.*

21. *Ibid., 4, p. 773*

23. Dom J. GAnj~ *El misterio pascual y su liturgia, p. 217.*

24. La descripción completa de las vísperas pascales se halla en el Año litúrgico de Dom GUÉRANGÉFi, Aldecoa, Burgos 1956; así como en el folleto de Dom GAu.r~, *El misterio pascual y su liturgia. Barcelona, 1959, p. 209.*

25. En algunas iglesias la procesión se celebra aún después de las vísperas del día de Pascua; se dirige a la pila bautismal, deteniéndose ante la cruz triunfal suspendida a la entrada del



Reflexiones Católicas.

santuario; se cantan antífonas, una oración, y se vuelve cantando el salm *In exitu* que recuerda la salida de los judíos de la tierra de Egipto y que en estos momentos celebra la liberación de la esclavitud del pecado por el bautismo. Por lo demás, esta costumbre, allí donde existe, no es uniforme; tiene algunas variantes según los lugares.

26. Las misas estacionales de Septuagésima y Quincuagésima se celebraban sucesivamente en estas mismas basílicas, pero siguiendo el orden inverso, ascendente, comenzando por san Lorenzo y terminando en san Pedro.

27. La estación del viernes en Santa María de los Mártires no debió ser anterior al siglo VII. Ignoramos en qué santuario de Roma podía tener lugar en esta época. Apoyándose en algunos textos de la misa donde se alude a la muerte redentora, algunos autores suponen que la estación del viernes de Pascua era como una réplica de la estación del viernes santo que tenía lugar en la basílica de Santa Cruz de Jerusalén: Cf. MOLIEN, *Liturgie de l'année*, 2, p. 384.

28. La descripción de esta ceremonia se encuentra en el Año litúrgico de Dom Guéranger, 3, p. 192 s.

29. Esta doble celebración cotidiana tal vez justificaría la brevedad del oficio romano durante la octava de Pascua.

30. Rom 6, 3 y s.

31. 1 Co 15, 14.

32. El evangelio de san Mateo (28, 1-7) se lee en la primera misa de Pascua, y el de san Marcos (16, 1-7) en la segunda. Los dos días siguientes, lunes y martes, se lee la narración de dos apariciones de Cristo resucitado según san Lucas (24, 13-55, 36-47). Finalmente, el miércoles, el jueves y el sábado, las lecturas están tomadas del cuarto evangelio (21, 1-14; 20, 11-18; 20, 1-9). Se debería saber por qué la distribución de estas últimas lecturas no ha seguido el mismo orden de san Juan. En cuanto al evangelio del viernes, está tomado de san Mateo (28, 16-20). Se trata del relato de la aparición de Cristo que ordena a sus apóstoles enseñar y bautizar a todas las naciones.

33. Hech 9, 34-43.



Reflexiones Católicas.

34. Hech 13, 26-33.

35. Hech 3, 12-15, 16-19.

36. Hech 8, 26-40.

37. 1 Ped 3, 18-22.

38. 1 Ped 2, 1-10.

39. En el pasaje del Exodo, de donde está tomada la antífona (9, 5, 9), Moisés predice a los hijos de Israel la liberación de la esclavitud de Egipto y la entrada en la tierra prometida. Aquí la Iglesia, que se dirige a los cristianos, pone los verbos en pasado, porque la figura ya se ha cumplido.

40. Ecl 15, 3, 4, 5. También aquí la adaptación del texto bíblico está hecha con gran soltura y verdadera libertad.

41. Mt 25, 34.

42. Se puede observar que en todos estos textos litúrgicos el bautismo está considerado desde la perspectiva que abre a los cristianos la entrada del cielo. Muy merecidamente, pues la vida eterna que confiere el bautismo es ya germinalmente la vida del cielo. La gracia es la semilla de la gloria, *semen gloriae*. Entrar en la Iglesia por el bautismo es entrar en el reino de Dios que, comenzado en la tierra, se consumará en el cielo.

43. Sab 10, 20-21. El texto de esta antífona de entrada alude al cántico que entonaron los israelitas después de atravesar el Mar Rojo: Cf. Ex 15, 9.

44. "No son los muertos los que te alabarán, Señor, sino los que vivimos alabamos al Señor": Sal 113, 17, 18. - Según los judíos, las almas que descendían al "sheol" no podían alabar a Dios.

45. El salmo que sirve de antífona de entrada, que está hoy reducido a un sólo versículo, se halla aquí introducido con toda naturalidad por el canto de la antífona. El salmo *Cantate Domino* representa el cántico de aquellos a quienes el bautismo ha abierto la boca.



Reflexiones Católicas.

46. Sal 77, 53.

47. Sal 104, 43. - El vocablo *electi* designaba precisamente los candidatos al bautismo.

48. Sal 117, 24. - El versículo de este responsorio, que varía cada día de la semana in *albis*, está tomado del mismo salmo 117, salmo por excelencia del tiempo pascual, como ya hemos dicho.

49. Aleluya del martes de Pascua.

50. Aleluya del miércoles.

51. Aleluya del jueves.

52. Aleluya del viernes.

53. Colecta del lunes de Pascua.

54. Poscomuni3n del s3bado.

55. Colecta del jueves.

56. Poscomuni3n del domingo y lunes de Pascua.

57. Sobre el simbolismo del octavo d3a, Cf. Dom HILD, *La mystique du dimanche*: LMD 9 (1947) 7-37. Principalmente las p. 23 y s.

58. Por ejemplo, *los sacramentarios gelasiano y gregoriano*.

59. Hoy en nuestros libros lit3rgicos, este domingo despu3s de Pascua se titula *Domin3ca in albis*. Deber3a titularse m3s exactamente *Dominica post albas* (es decir, depuestas). Este es el t3tulo que le dan algunos sacramentarios gregorianos, como el de Padua.

60. Jn 20, 19-31.

61. Hech 8, 37.

82. Mt 18, 16.

63. ROM 10, 9.



Reflexiones Católicas.

64.1 Cor 12, 3.

65. La revista "Vers l'unité chrétienne", boletín del Centro *Istina* (abril 1952), se lamenta con toda razón, de que en la formulación del acto de fe, tal como lo proponen nuestros manuales de catecismo, ni siquiera se nombre la persona de Cristo. Sería necesario afirmar lo mismo del acto de caridad. La misma revista hace esta observación muy justa: "Otra ventaja de esta manera de ver en la persona de Cristo el objeto central de nuestra fe consiste en que nuestra fe aparece entonces de golpe en la complejidad de un acto humano que compromete todo nuestro ser, corazón, espíritu y voluntad. Efectivamente, es un acto por el cual una persona (nosotros) se relaciona con otra persona viva (Cristo), reconociendo y aceptando en todo su alcance lo que su misterio comporta y exige".

66. Hech 9, 1.

67. Hech 9, 6. - La Vulgata pone estas palabras después de otra narración de la conversión de san Pablo: Hech 22, 10.

68. *Rituale romanum, Ordo baptismi.*

69. "Sacramentum fidei, fides est": *Epist.* 98, n. 9.

70. *De spectaculis*, 24: PL 1, 656; *De Paenitentia*, 6: PL 1, 1239.

71. El axioma "Baptismus est fidei sacramentum" se halla repetido unas veinte veces por santo Tomás que lo cita en la mayor de su raciocinio en cuatro pasajes de la *Suma teológica*. El catecismo del concilio de Trento ha subrayado este nombre del bautismo. Lo explica así: "Se llama sacramento de la fe, porque aquellos que lo reciben hacen profesión general de fe cristiana; san Agustín es testigo de ello".

72. 1 Jn 5, 4-10.

73. Jn 16, 33.

74. Como todos saben, en la antigüedad había costumbre de dar a los neófitos, después de la comunión, una mezcla de leche y miel bendecida por el pontífice. Era una manera de



Reflexiones Católicas.

darle a entender que el bautismo les había introducido en la tierra prometida. El vaso de leche se empleó a veces, concretamente en las pinturas de las catacumbas, para simbolizar la eucaristía. Pero aquí, según el contexto de la carta de san Pedro, de la que está tomada la antífona de entrada, (Cf. epístola del sábado *in albis*) la leche sin mezcla, no falsificada, representa más bien la doctrina del evangelio

75. El texto de la Vulgata pone *rationabile*, en neutro. Esta es la lectura que ofrece, como hemos visto, la epístola del sábado *in albis*. Aquí, en el texto de la antífona, leemos *rationabiles*. Las traducciones omiten ordinariamente esta pequeña modificación del texto litúrgico. Sin embargo, no carece de interés. *Rationabiles* es un plural que se refiere necesariamente a *infantes*. Estos, aunque sean recién nacidos están dotados de la sabiduría que les ha comunicado el bautismo y la confirmación, participando de la sabiduría de Dios.

26.-¿QUÉ SIGNIFICA PASCUA?

Meditación sobre Mt 28, 16-20 I

Introducción

Cuando al creador de un nuevo género de historia sagrada se le ocurrió, allá por el año 70 d.C., disponer en forma cuasi-biográfica los contenidos de la vida y obra de Jesús, le resultaba obvio que la historia de Jesús no podía concluir con el entierro del crucificado (Mc 15, 42-47). El final cruento que Jesús asumió conscientemente sobre sí no se hubiera convertido en objeto de proclamación expresa si la ejecución en la cruz a manos de seres humanos, y tan infamante a los ojos de aquella época, hubiese quedado como la última palabra sobre el caso Jesús. Al final del libro, nuestro evangelio de Marcos, el autor hace que un ángel proclame, a las mujeres que han llegado hasta la tumba de Jesús, el mensaje pascual: «¡No temáis! Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde lo pusieron. Ahora id y decid a sus discípulos y a Pedro: se os adelanta a Galilea; allí lo veréis tal como os lo dijo» (16, 6s.).

«Relatos de apariciones»



Reflexiones Católicas.

Ese «ver» se sitúa más allá de la actividad terrena de Jesús. Por eso al primer evangelio le podía bastar con esa alusión a la aparición que había de tener lugar ante los discípulos. De otra manera lo plantearon los autores de los evangelios redactados dos o tres decenios más tarde. La antigua tradición confesional, recibida ya en legado por el apóstol Pablo, presentaba como fundamento de la resurrección de Jesús un escueto: «se dejó ver por Cefas...» (1 Cor 15, 5). Los autores de los evangelios más recientes y de los Hechos de los Apóstoles experimentaron la necesidad de desarrollar ese «se dejó ver» mediante extensos relatos de apariciones (Lc 24, 13-35.36-53; Hech 1, 4-11; Mt 28, 16-20; Jn 20, 19-23.24-29; 21, 1-23). Para ello aprovecharon, sin duda, tradiciones preexistentes, pero desde el primer momento lo que no pretenden es ofrecer relatos existentes y transmitidos por los receptores de las apariciones.

Uno de los frutos paralelos de la meditación que vamos a hacer sobre esta muestra ejemplar de «relato de aparición» puede, sin duda, consistir en suscitar una comprensión más plena de este dato inconcuso de la investigación. Ya que con los relatos de las apariciones nos situamos ante unos pasajes de la Sagrada Escritura que, tanto por sus afirmaciones más inmediatas como por la suma diversidad de ellas, suponen para nuestra fe una piedra de toque que apenas tiene parangón con otras perícopas de la Biblia. ¡Y no se trata de una cuestión marginal, sino de un enunciado fundamental del credo cristiano!

Actualidad permanente

Estos relatos de las apariciones, tan provocadores, no deben ser motivo, precisamente, de dificultades para nuestra fe, sino que, por el contrario, deben contribuir a que nos sintamos felices de poseerla. Por ello hemos de intentar descifrar qué es lo que estas perícopas nos quieren comunicar. Al fin y al cabo adquirieron la configuración que ahora tienen del empeño por servir a una proclamación actual y actualizante y lo que pretenden es subrayar, de modo más o menos visual, la verdad de la fe pascual recibida y desarrollar su sentido y su significado dentro de la economía salvífica. ¿Qué significado tiene el obrar de Dios en el Jesús crucificado? ¿Qué significa para su persona, para su causa, para la Iglesia y para los creyentes concretos? ¿Qué significado cobra la Pascua aquí y



Reflexiones Católicas.

ahora? Estas son las preguntas a las que intentan responder los relatos pascales. De pasada, será bueno tener en la memoria el carácter netamente peculiar de cada uno de estos escritos. Pues cada uno de los evangelistas, a los que en este caso se añade también el autor de los Hechos de los Apóstoles, se dirige con unas particulares intenciones teológicas a un determinado círculo de lectores. Por eso los relatos de apariciones que ellos habían recibido, no los transmitían al pie de la letra y tal como los conocían por tradición. Precisamente el relato que nos ocupa de la aparición a los doce discípulos es uno de los que cada uno redactó, y en parte configuró, de distinta manera de acuerdo con sus peculiares intereses teológicos y pastorales. Y sin embargo esa orientación actualizante no priva a los relatos de apariciones de su valor particular. Siguen testimoniando y desarrollando la única fe pascual del kerigma apostólico sobre Cristo. También la situación hacia la que dirigen su mensaje es, en sus aspectos esenciales, la misma que nosotros vivimos y en la que somos llamados a la fe. Es la situación de la época postapostólica. En ello reside su permanente actualidad.

El acorde final del evangelio eclesial

La escena final del evangelio de Mateo (/Mt/28/16-20) es el ejemplo destacado de entre todos los relatos de apariciones existentes en los evangelios. El autor de nuestro evangelio es un maestro reconocido de la técnica de composición. Ya A. von Harnack afirmaba que la formulación del «Manifiesto» del Cristo exaltado (28,18b-20) era toda una obra maestra. Difícilmente se podrán decir más cosas y de mayor entidad en 40 palabras. La perícopa final que nos ocupa es a la vez la recapitulación del mensaje pascual y una especie de sumario de todo el evangelio de Mateo que, como evangelio de la Iglesia y de su ley vital, gozó durante los primeros siglos, no sin motivo, de la más alta valoración entre todos los escritos evangélicos.

Obra maestra de composición

Echemos un vistazo a la organización transparente de nuestra perícopa. Una breve introducción narrativa (vv. 16-18a) prepara su auténtico núcleo, el Manifiesto del Resucitado (vv. 18b-20). Desde el punto de vista formal es probable que este manifiesto con sus tres motivos (presentación del que habla y



Reflexiones Católicas.

de su poder, misión, promesa) emplee elementos de un «formulario del pacto» veterotestamentario con la intención de definir, ya por el mismo procedimiento, a la Iglesia del Cristo exaltado como la comunidad salvífica de los últimos tiempos y como pueblo de la nueva alianza. Un rasgo característico del plenipotenciario de Dios que aquí nos habla lo constituye, en concreto, ese cuádruple «todo» y «todos» que, como expresión de totalidad y definitividad, recorre todo el manifiesto de Cristo. Para facilitar la interpretación del contenido de este fragmento extraordinariamente denso, vamos a transcribir la organización del texto y una traducción lo más fiel posible del mismo.

MATEO 28, 16-20

I. INTRODUCCIÓN NARRATIVA (vv. 16-18a)

16 Los once discípulos fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado.

17 Y al verlo se postraron ante él, aunque dudaban.

18a Y acercándose Jesús les habló y dijo:

II. MANIFIESTO DEL RESUCITADO (vv. 18b-20)

(1) La palabra plenipotenciaria:

18b Se me ha dado todo poder en el cielo y sobre la tierra.

(2) El mandato misionero:

19a Así que, id, haced discípulos a todos los pueblos,

19b bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

20a y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.

(3) La promesa de asistencia:

20b Y mirad, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

1. La introducción narrativa

(vv. 16-18a)



Reflexiones Católicas.

«Los once discípulos fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado» (v. 16) La frase introductoria hace mención de personas y del lugar del acontecimiento subsiguiente. Por muy simples y obvios que puedan parecer estos datos en un primer momento, nos comienzan a hablar con plenitud si atendemos a los matices subyacentes que ya comienzan a resonar.

Los once «discípulos»

Mateo habla de «los once discípulos». No nos dejemos impresionar por la diferencia que supone respecto a la tradición confesional de 1 Cor 15, 3b-5 en que se cita a «los doce» como receptores de la aparición. Lo hace así porque sólo el número pleno «doce» transmite la imagen de los representantes del pueblo de Dios escatológico. Después de la traición de Judas, sin embargo, lo consecuente, y a la vez lo justo desde el punto de vista histórico, es que Mateo haga partícipes a los «once» de la aparición que en su escrito corresponde a la de 1 Cor 15, 5 (cfr. Lc 24, 33: «los once y sus acompañantes»). A esos once los presenta, expresamente, como «discípulos». La palabra griega correspondiente habría que traducirla en realidad como «aprendices», «alumnos», y así debemos dejar que nos suene. La razón de ello es que, en la intención del evangelista, esa designación no alude únicamente a los discípulos de Jesús de entonces, sino también a nosotros y a todos los cristianos. «Discípulos», «alumnos» es uno de los conceptos eclesiológicos más importantes del evangelio de Mateo. Los «doce discípulos» han sido propuestos, una y otra vez con anterioridad, como los representantes del auténtico seguimiento de Jesús, es decir, del verdadero ser cristiano. Por ello el encargo misional podrá formularse en forma condensada con un «haced discípulos (a todos los pueblos)». Es más, puede que ese interés en el significado ejemplar que tiene para todos los cristianos el seguimiento de Jesús por los once sea también el motivo por el que este evangelio eclesial no aluda ni narre la primera aparición a Cefas.

Vuelta a Galilea

FE/PASCUAL: Un sentido más profundo religa igualmente nuestra perícopa con el dato de lugar «Galilea». De inmediato y fundamentalmente esa localización se nos propone sin duda



Reflexiones Católicas.

porque Galilea era el lugar que la tradición asignaba a la aparición ante el grupo de los discípulos. En la medida en que todavía es perceptible para nosotros, todo habla a favor de que las apariciones primeras y decisivas, las dirigidas «a Cefas, después a los doce» (1 Cor 15, 5) tuvieron lugar en Galilea. Después del final catastrófico de Jesús en el patíbulo, los discípulos volvieron a sus localidades de procedencia en Galilea. Este hecho es bastante significativo, puesto que si luego son los mismos discípulos los que emprenden el retorno a Jerusalén para proclamar en la capital al ejecutado como resucitado y como Mesías confirmado por Dios, algo tuvo que haber sucedido en Galilea que les forzaba a presentar una fe tan inaudita e imposible para cualquiera de las diversas modalidades judías de expectativa de un salvador. La fe pascual de los primeros discípulos de Jesús tiene que descansar sobre un acontecimiento que no es explicable únicamente a partir de los discípulos, sino que debe ser tal que por sí mismo tuvo capacidad de hacer surgir en ellos la fe por vez primera.

Galilea: Punto de partida y culminación de la revelación de Cristo

GALILEA/SIGNIFICADO: Pero «Galilea» implicaba para nuestro evangelista mucho más que el nombre del lugar de la aparición a los discípulos que le atribuía la tradición. En el más antiguo evangelio de Marcos se leía escuetamente que Jesús, tras la prisión de Juan el Bautista, se había dirigido a Galilea y que allí había proclamado la Buena Nueva de la proximidad del Reino de Dios (1,14). Mateo amplió este dato, que tomaba de las fuentes, con la adición, plenamente acertada desde el punto de vista histórico, de que Jesús, en vez de Nazaret, había hecho de Cafarnaúm, a orillas del lago de Genesaret, su lugar de residencia. Pero para designar la situación añadía, de manera tan sorpresiva como geográficamente irrelevante, dos referencias de lugar totalmente anacrónicas y que ya hacía tiempo habían dejado de utilizarse, a saber: «en el territorio (de las tribus) de Zabulón y Neftalí». Como lo confirma la cita reflexiva que sigue a continuación, lo hizo para poder presentar la actividad reveladora de Jesús en una Galilea muy infiltrada de paganismo; se realizaba así la predicción profética (4, 12-16). Con esa finalidad fundió en uno, con libre elección y traducción, los textos griego y hebreo de Is 8, 23 y 9, 1s para formar la siguiente cita bíblica: «Tierra de Zabulón



Reflexiones Católicas.

y Tierra de Neftalí, tierra junto al mar y más allá del Jordán, Galilea pagana; el pueblo que estaba sentado en la oscuridad ha visto una gran luz; a los que estaban en el reino de sombras de la muerte les apareció una luz» (v 15s).

Naturalmente que acudiendo a una frase profética de la Escritura, el evangelista pretendía simultáneamente salir al paso de la objeción judía, por la que le echaban en cara al supuesto Mesías Jesús el que hiciese centro de su actividad la despreciada y semipagana Galilea en lugar de Jerusalén y Judea: con la aparición del Mesías Jesús se habría cumplido lo anunciado por el profeta Isaías. Sin embargo, nuestro evangelista quiere decir algo más. Por el hecho de que Jesús haya elegido a Galilea como la tierra de la promesa y cumplimiento escatológico, queda ya de manifiesto, desde el comienzo de la actividad terrena de Jesús, el destino universal del mensaje salvífico.

Sin duda que, precisamente en nuestro evangelio, se pueden leer frases de Jesús que confirman cómo respetó el privilegio de Israel como pueblo de elección divina, y hasta qué punto, mediante su propio esfuerzo misionero y el de sus discípulos, pretendió preparar particularmente a Israel para que se convirtiese en el heredero salvífico (10, 5s; 15, 24; 10, 23). Pero a la vez existe otro aspecto que suscitaba en no menor grado el interés del evangelista: el del sorprendente obrar de Dios. Éste se orientaba también, desde el comienzo, a través del obrar de Jesús, hacia personas de las que no hubieran podido suponer tal cosa todas las tendencias teológicas del Israel de la época. Por eso «Galilea» le dice a nuestro evangelista mucho más que el nombre de un lugar históricamente «accidental» de la aparición a los discípulos. Más allá de su sentido geográfico, el nombre de esa región cobraba un peso específico teológico particular. Allí donde había dado comienzo la actividad reveladora de Jesús, tenía también lugar su conclusión. Galilea como lugar de la aparición que va a realizarse prefigura ya el nuevo arranque de la proclamación salvífica basada en el Viernes Santo y la Pascua: el mandato de misionar «a todos los pueblos» (v. 19).

No difuminar la persona del Cristo exaltado



Reflexiones Católicas.

Otro de los grandes centros de interés de la predicación pascual protocristiana se nos pone de manifiesto mediante esta equiparación consciente de la región donde comienza y aquella donde concluye la actividad reveladora de Jesús. El Jesús resucitado y ensalzado hasta Dios y hasta una existencia igual a Dios no es un mero símbolo, ni una figura mítica similar a la de una divinidad cáltica como las de las religiones místicas contemporáneas. Es el mismo en persona que el Jesús de Nazaret terreno e histórico.

EVS/ORIGES/CAUSAS: ¿Por qué se llegó a la confección del primer escrito evangélico precisamente al final de la generación de los testigos presenciales del obrar de Jesús? Una de las razones, fundamental sin duda, fue, con toda certeza, el peligro creciente que experimentaba la substancia de la fe pascual. A medida que iban desapareciendo los primeros testigos, sobre todo en las comunidades de fuera de Palestina, se iba haciendo más amenazante el peligro de perder de vista la religión existente entre el Evangelio de Jesucristo y la concreta e inconfundible figura de Jesús de Nazaret en su actividad e historicidad. A ese peligro hizo frente el creador del género literario «evangelio» mediante la pregunta sistemática acerca de la relación existente entre el Evangelio del Cristo exaltado y llegado a su plenitud salvífica y el Evangelio del Jesús terreno. La concepción de esta nueva forma de proclamación de Cristo se vio también co-inspirada por la motivación pastoral de salvaguardar de manera eficaz al Señor celeste invisible contra la volatilización y disolución de su figura, que estaba amenazada especialmente por la Gnosis «cristiana». Esa misma intencionalidad es la que persigue también, a su manera, nuestra perícopa de aparición. Galilea, en cuanto lugar de la revelación del resucitado, implica, a su vez, la religión del Evangelio de Jesucristo a la palabra y al obrar histórico de Jesús, que había comenzado en Galilea. El Jesús que se va a manifestar a sus discípulos como Kyrios celeste, no es otro que Jesús de Nazaret, el que había hecho su aparición en Galilea con su proclamación autorizada del mensaje de Dios y de su Reino. ¡Entonces, precisamente entonces, había que subrayar este aspecto! ¿Y hoy? ¡Qué bueno sería que los teólogos actuales no se dejasen llevar por la tentación de minusvalorar (en favor del Jesús plenamente humano), las proposiciones de fe acerca del Cristo resucitado, activo, al que hay que esperar en cuanto representante del obrar judicial y salvífico de Dios,



Reflexiones Católicas.

llegando casi a tratarlas como claves de las que de hecho se puede prescindir!

«El Monte»: lugar de la Revelación divina

Con esto no hemos agotado aún toda la fuerza expresiva, de fondo, que posee el versículo inicial. Nuestra perícopa es la única que sitúa la aparición a los once sobre un monte de Galilea, superando así la tradición más conocida. Pero no habla de «una montaña», lo que sugeriría la idea de un monte determinado y concreto de Galilea que habría que buscar en un mapa. Ni siquiera se habla de «un monte alto», como en la perícopa de las tentaciones o en la de la transfiguración (4, 8; 17 1). «El monte» del que aquí se habla no es otro que el «monte» del llamado Sermón de la montaña, ese compendio en tres grandes capítulos que recoge frases de Jesús conservadas por tradición acerca del tema de la verdadera justicia exigida para entrar en el Reino de Dios (Cap. 5-7). Cuando allí se nos dice a manera de introducción: «Al ver aquel gentío, subió al monte», la cuestión a debatir no es a cuál de los numerosos montes de Galilea se refiere. Montes como el Sinaí y el Horeb constituyen, desde el Antiguo Testamento, lugares de grandes revelaciones de Dios. Esa función teológica en cuanto lugar de revelación divina es la que compete precisamente también al «monte» de Mt 5,1 sobre el que se sienta Jesús a la manera del antiguo poseedor de la autoridad y del maestro judaico en particular. La razón por la que el evangelio sitúa su escena conclusiva, la aparición decisoria ante los once discípulos, «sobre el monte de Galilea», no ofrece la menor duda. La posición sobre «el monte» pretende aclarar y remachar lo que ya quedaba expresado con la tradicional localización de tipo más general «Galilea»: El Resucitado que se revela sobre «el monte» no es otro que el que fue el Revelador durante su actividad terrena. Lo que haya de decir el Resucitado constituye su última palabra reveladora, su manifiesto para la Iglesia que ahora comienza a existir.

La desazón del lector de la Biblia

Con toda verosimilitud el evangelista ha elegido «el monte» como lugar teológico de la aparición a los discípulos, en razón de su significado simbólico. ¿No es esto un hueso duro de roer que ha de llenar de una justificada desconfianza al lector de la



Reflexiones Católicas.

Biblia que se aproxima a ella de buena fe? En realidad el motivo propiamente dicho de esa desazón es bien laudable. Al fin y al cabo, en la fe pascual nos estamos jugando nuestra fe en Cristo, tal como ya lo formuló sin rodeos uno de los primeros testigos apostólicos. Por ello desearíamos conocer con la mayor seguridad y exactitud qué, cómo, cuándo y dónde aconteció todo aquello. Ese deseo es de suyo totalmente razonable. Y sin embargo tal desazón puede resultar que no sea más que un falso escándalo. Y ello porque se parte, ya de salida, de un falso supuesto que no tiene en cuenta las posibilidades del género Evangelio y en particular lo específico de las narraciones de apariciones. Una vez más hay que dejar hablar primero a los hechos, en nuestro caso el dato global inmediato de los relatos de apariciones. Y como nos queremos dedicar a la meditación de nuestro texto con buena conciencia, será oportuno echar un vistazo a otras escenificaciones de la misma aparición a los discípulos.

Otras escenificaciones de la aparición a los discípulos

La aparición a los once y sus acompañantes que refiere Lc 24, 33, o bien 36-49, viene caracterizada, como la de Mt 28, 16-20, como primera y última aparición a los once. El evangelio de Lucas hace que esta aparición concluya expresamente con la despedida definitiva del Resucitado a sus discípulos (24, 50-53). No supone cambio fundamental alguno el que los Hechos que continúan su Evangelio vuelvan, por sus buenas razones, a situar como introducción la escena final del evangelio y hagan que el Resucitado se aparezca a los once y conviva con ellos, cuarenta días por cierto, antes de ser elevado ante sus ojos y desaparecer (Hech 1, 1-11). Prescindiendo del hecho de que, según Lucas 24, además de los once están también presentes «sus acompañantes», a los que se suman los dos discípulos de Emaús, esta aparición tiene lugar en Jerusalén. Lo mismo sucede con la primera aparición del evangelio de Juan a «los discípulos» (20, 19-23), entre los que se cuentan en todo caso, como lo muestra el contexto, «los doce» (ausente Tomás). La localización de la aparición a los discípulos en Jerusalén hace posible que ésta ocurra ya en la tarde del domingo de pascua, presupuesto expreso de Lucas y Juan. Para una aparición a los discípulos que tuviese lugar en Galilea esa fecha sería demasiado temprana; en todo caso así lo consideran Marcos y Mateo, puesto que ambos presuponen que la mañana del domingo de pascua es el momento en el



Reflexiones Católicas.

que los discípulos pudieron tener noticia de la aparición del Resucitado que había de tener lugar en Galilea (Mc 16, 7s), o de hecho la tuvieron (Mt 28, 9s.). Esos dos datos, de lugar y de tiempo, referentes a la primera aparición a los discípulos, no pueden en modo alguno ser simultáneamente ciertos desde el punto de vista histórico. Lo mismo se diga respecto de la diversa localización de la aparición, una vez sobre «el monte» de Galilea (Mt 28) y otra en una casa de Jerusalén como presuponen Lc 24 y Jn 20. Pero lo que resulta más extraño es el conjunto que detectamos al contemplar la diversidad en las descripciones del mismo acontecer de la aparición: su comienzo y final, la conducta, modo de obrar y de hablar del Resucitado y la reacción de los discípulos.

Un buen modelo bíblico de exposición

¿Habrá que tomar en serio algo semejante? Por supuesto; siempre y cuando estemos dispuestos a abrirnos a la especificidad e intencionalidad de estos fragmentos de «proclamación evangélica». Las diferentes exposiciones de la única y misma aparición a los discípulos no podrían confirmarnos de un modo más patente que a la fe pascual le interesaban esas escenificaciones desde unos puntos de vista radicalmente distintos de los relativos a la cuestión acerca del dónde, cuándo y cómo de la aparición. Como lectores actuales de la Biblia que somos, pasamos por alto con excesiva facilidad el papel enorme y obvio que la forma narrativa ha jugado desde siempre en la tradición bíblica y en la proclamación. En particular habrá que tener en cuenta el punto de arranque del que con toda probabilidad surgió el «relato» de apariciones, por lo menos los del tipo del que estamos tratando.

El punto de partida se lo suministró la descripción arcaica del impulso revelador que hizo surgir la fe pascual, presentado mediante un «se hizo visible», «se dio a ver», «se dejó ver». Aunque este dato no nos permite por sí solo captar en su concreción el suceso en el que se basa la fe pascual, tenemos en el apóstol Pablo un testigo expresivo apoyado en fuentes auténticas, que calificaba la aparición que le aconteció ante Damasco, claramente de suceso revelador (Gal 1, 15s) y que del mismo modo patente confirmaba el «se dejó ver» (a Cefas, etc.) como caracterización adecuada de su propia experiencia pascual (1 Cor 15, 3-8). Ese «se dejó ver», por



Reflexiones Católicas.

otra parte, no es más que la fórmula corriente con la que los relatos veterotestamentarios de apariciones de Dios introducen al Yahvé que se deja ver y habla de manera antropomorfa. Y como Jesús, conforme al sentido de la fe pascual, había sido ensalzado por la resurrección a un modo de existencia y a una capacidad de acción igual a la divina, era obvio que la expresión narrativa «se dejó ver» acudiese sin gran esfuerzo, partiendo del modelo veterotestamentario de revelación. ¿En base a qué habríamos de prohibirles a los predicadores protocristianos, incluidos nuestros evangelistas, el empleo de esa forma de exposición?

Libertad narrativa de la predicación pascual protocristiana

También los detalles, tales como la diversidad en el comienzo de la primera aparición a los discípulos, están al servicio de la realización de los intereses de la predicación protocristiana. Si los once experimentan en Jerusalén, y por cierto ya «al tercer día» tras la ejecución de Jesús, una Cristofanía, el lugar adecuado no era el de un lugar público, la calle, la plaza del templo, ni siquiera el interior del templo, sino más bien una casa en la que los discípulos estuvieran reunidos y apartados. Es natural que hasta se presenten las puertas de la casa cerradas (Jn 20, 19), dato con el que en la fuente escrita empleada por el relato joaneo de la aparición (20, 19-23) podría haber quedado ilustrada la fuerza del Resucitado que salta todas las barreras. Por lo demás, resulta ya significativo que ni en Lc 24, ni en Jn 20 se nos diga de qué casa se trataba. Lo único que se presupone es la existencia de una casa, de un alojamiento. Tomemos como ejemplo la descripción lucana de la aparición. Esta hace que el Resucitado se presente de repente en medio de los discípulos reunidos en una estancia, lo que daba pie, de la mejor manera posible, al peculiar comienzo de la escena de Lucas: llenos de pavor los discípulos creen «ver un fantasma».

Con ello se estaba suministrando la posibilidad de que el Resucitado en persona demostrase la realidad de su resurrección mediante el gesto de ofrecer sus manos y pies para que los tocaran y mediante la acción de comer un trozo de pescado asado. Es posible, si no probable, que esta forma de presentación pretendiera salir al paso de un slogan con el que se ridiculizaba la fe pascual: ¡Todo aquello eran paparruchas! ¡Los crédulos seguidores de Jesús se habían



Reflexiones Católicas.

ofuscado con un fantasma! Para los fines perseguidos por la presentación lucana de la aparición a los discípulos que, como la joanea (que ya posee otros matices), sitúa el acontecimiento en Jerusalén, una casa era en definitivas cuentas el espacio más indicado.

Tampoco hubieran faltado casas y lugares de reunión en Galilea. Pero esa casa, o sea, «la casa», no existía en cuanto lugar teológico y cristológico. Sólo «el monte» le permitía al autor del evangelio de Mateo aludir, mediante una indicación previa más precisa de tipo local, a la identidad del Jesús terreno con el Resucitado y proclamar su aparición como conclusión de su actividad reveladora. Si nos seguimos empeñando en mantener el presupuesto inexacto de que todas y cada una de las narraciones de apariciones pretenden transmitir relatos vivenciales originarios, llevaremos a los predicadores neotestamentarios y a nosotros mismos hacia un callejón sin salida, callejón del que no podríamos dar marcha atrás de forma responsable. ¡La verdadera responsabilidad frente al texto sagrado exige que estemos honradamente dispuestos a ceder la palabra, en primer lugar, al texto en sí y no a nosotros mismos!

Esto va también para una última peculiaridad de nuestro versículo introductorio. La conclusión del relato del sepulcro de Marcos hacía un énfasis especial en el hecho de que las mujeres, por el miedo y pavor que sentían, no contaran nada a nadie. En Mateo, por el contrario, las mujeres se apresuran a abandonar el sepulcro y se dirigen a donde están los discípulos para proclamarles el mensaje pascual del ángel. De camino les sale al paso el Resucitado. Esta «aparición de camino», que con toda probabilidad hay que adjudicar al evangelista, le permite hacer que sea el Resucitado en persona quien pronuncie la predicción del ángel, pero ya como instrucción y promesa a los discípulos: «deben ir a Galilea; allí me verán» (28, 9s). Mediante este eslabón redaccional, nuestro evangelista, que tras el relato de la tumba vacía tenía aún que complementar su narración apologética sobre los guardianes del sepulcro (28, 11-15), puede con toda claridad preanunciar la escena final de Galilea que tanto le importaba. En primer lugar, como es obvio, hace referencia a nuestro versículo introductorio (v. 16), que habla de cómo los once llevan a cabo la instrucción recibida del Resucitado. Pero también, mediante la promesa «allí me verán», que va ligada



Reflexiones Católicas.

a la instrucción, se va preparando el escenario de la aparición que comienza en el v. 17.

«Y al verlo se postraron ante él, aunque dudaban» (v. 17)

¿Llevaban mucho o poco tiempo los once discípulos reunidos en «el monte»? ¿Vieron a Jesús descender desde arriba? ¿O lo vieron surgir en el horizonte o aparecer repentinamente sobre la tierra? Todas estas son preguntas ociosas. Ni una palabra se nos dice acerca del modo concreto en que se produjo esa visión. Y tampoco se hace la más mínima alusión a la forma en que acabó la aparición. Ni se nos dice, por ejemplo, que Jesús desapareciera de pronto de su vista, ni que los discípulos abandonaran «el monte». El evangelista que presenta a Jesús enviando a los discípulos a misionar a las naciones, presupone que a nadie se le va a ocurrir que los once se quedaran en «el monte». Una vez más podemos constatar que no estamos ante una descripción documental del acontecimiento ocurrido a los discípulos que dio pie al nacimiento de la fe pascual. Por consiguiente, no se trata de responder a la pregunta de en qué consistió en concreto esa experiencia.

«Y al verlo»

El mismo texto nos incita a preguntar qué es lo que pretende el evangelista al mencionar, en una frase subordinada, casi de pasada, la visión que tienen los discípulos. La respuesta hay que buscarla en la inclusión redaccional, ya citada, de nuestra perícopa en la que se aparece de camino a las mujeres. Gracias a ésta los once ya se han enterado de la resurrección de Jesús y, conforme al encargo del Resucitado, se han dirigido a Galilea a fin de «ver» a Jesús. Que el Resucitado cumpliría su palabra era algo tan natural que el evangelista no necesita más que constatar su cumplimiento en una frase secundaria a manera de primer acorde, para poder dedicar los verbos principales a describir la reacción de los discípulos.

Reacción de los discípulos

Sobre esta reacción carga sin lugar a dudas el acento del versículo 17. Y por ello esa reacción es la que nos suscita un particular interés, toda vez que se plantea un problema característico de la época postapostólica en la que también



Reflexiones Católicas.

nosotros vivimos. ¿Cómo reaccionaron los discípulos? La postración respetuosa con la que ya había hecho Mateo que las mujeres respondieran a la aparición del Resucitado, expresa la disponibilidad al reconocimiento de la dimensión divina de Jesús. El mismo Mateo, en su conclusión adicional a la perícopa del caminar sobre las olas, hace que los discípulos presentes en la barca se postren ante Jesús y confiesen: «Verdaderamente eres el Hijo de Dios» (14, 33); ¡eres Señor de los elementos a la manera del mismo Dios!

¿Por qué el evangelista no se detiene en ese postrarse de los discípulos ante el Resucitado? La palabra griega que sólo él utiliza para expresar su «dudar» designa una inseguridad interna, un titubeo dubitativo, una fe insuficiente (cfr. 14, 31). Y, por cierto, los que dudaron no fueron sólo «algunos» de los doce, tal como a veces se traduce dando a la frase un sentido restrictivo. No; todos vieron a Jesús; todos se postraron; todos dudaron. Sólo así se debe interpretar el versículo 17.

¡Al menos «dudaron»!

¡Los discípulos dudaron! Al menos ésta es una afirmación que el lector y el oyente actuales pueden entender bien: si algún relato que conozcamos o imaginemos puede suscitar dudas justificadas será, sin duda, el que nos quiera comunicar la impresión o la afirmación de que alguien realmente muerto haya vuelto a la vida. ¡Anunciamos tu muerte, Señor, proclamamos tu resurrección, hasta que vuelvas glorioso! ». Quienquiera que haya pronunciado esta confesión sin pasar sobre ella superficialmente, habrá percibido dentro de sí el rondar de la tentación. ¿Puede ser verdad, realmente, que Jesús no haya quedado muerto para siempre, sino que continúe existiendo como un Yo eficaz e interpelable? ¿No pudieron esos supuestos testigos primeros de la fe pascual haber sufrido un engaño? ¿No pudo haber sido la fe pascual mero producto de su propio anhelo y deseo?

¿Invento de una concepción moderna de la realidad?

No pensemos que reflexiones de este tipo sean hallazgo del pensamiento moderno, tan centrado en una concepción crítica del mundo y de la realidad. Por decirlo de manera global, sólo son una generación más jóvenes que la misma fe pascual. A medida que los primeros testigos iban muriendo o habían



Reflexiones Católicas.

desaparecido del horizonte de las dispersas comunidades cristianas del mediterráneo, se hizo oír, como era de esperar, la pregunta dubitativa que reflejan de modo incontrovertible los relatos de apariciones de los escritos neotestamentarios tardíos. La duda, a veces hasta la incredulidad racionalista de los discípulos, junto con su superación, constituyen, después del motivo central de la misión, la constante principal de las escenas de aparición. En la misma línea se sitúa el motivo de la identificación del Resucitado con el Jesús crucificado. La catequesis no podía rechazar de forma más taxativa la sospecha de credulidad o alucinación de los discípulos que mediante este tema de la duda. Y ese modo de proceder no carecía de base en la realidad, ya que los discípulos, con toda seguridad, esperarían cualquier cosa menos lo que en adelante habían de proclamar como acontecimiento pascual. Por supuesto que los relatos de apariciones no refieren la duda e incredulidad de los discípulos por razones históricas, sino por interés pragmático.

«¡Bienaventurados los que, sin ver, creen!»

El más claro en este sentido es el autor del evangelio de Juan, que tematizó el motivo de la duda en una aparición adicional, formulada sólo por él, a los once o, mejor dicho, a los doce (20, 24-29). El doceavo discípulo de esta perícopa, Tomás, no sólo pone en duda el «hemos visto al Señor» de sus condiscípulos; se niega a creer con toda decisión y determinación, mientras no le sea probada de manera literalmente tangible la realidad e identidad del Resucitado. «Si no veo en sus manos las heridas de los clavos y no pongo mi dedo en las heridas de los clavos y no pongo mi mano en su costado, no creeré». Conocemos la moraleja de toda la narración, puesta por el evangelista en boca del Resucitado en persona: «Porque me has visto has creído. ¡Bienaventurados los que, sin ver, creen» (20, 29). ¡Creer sin haber visto! Ese es, sin duda, el único camino que la segunda generación cristiana tiene para acceder a la salvación. Tal es también la situación de cada generación postapostólica y, por consiguiente, también la nuestra. Nuestra fe pascual no puede ser más que la repristinación de la fe de los primeros testigos. No puede apelar a una «visión» propia, ni a un acontecimiento revelador que nos hubiera sido concedido. No contentarse con ello implicaría, ni más ni menos, que poner en cuestión la



Reflexiones Católicas.

auténtica dimensión histórica de la revelación de Cristo.
¡Bienaventurados los que, sin ver, creen!

El mismo y, sin embargo, ... el totalmente Otro

La perícopa de Mateo que estamos tratando da un paso más en esta enseñanza acerca de la fe pascual. ¿Cómo se explica esa simultánea duda de los once si son los mismos que los que, en su elaboración de la perícopa del caminar sobre las aguas, se postran y reconocen expresamente la plenitud divina de poder de ese Jesús que camina sobre las olas del mar como lo haría el mismo Yahvé? Aquella adoración se dirigía al Jesús terreno y no al resucitado del que ahora tratamos. El que los discípulos se postren y simultáneamente duden, tiene por objeto hacernos presente un momento esencial de la fe pascual que resultaba evidente desde el primer momento. El Jesús exaltado hasta Dios que, como en otros tiempos Yahvé, se hace visible en una aparición, es idéntico a nivel personal con el Jesús que vivió y actuó sobre la tierra y sin embargo es también alguien diferente, un Yo totalmente supramundano que supera el espacio y el tiempo. Desde el comienzo, la resurrección no se concibió como mera revivificación, como retorno de Jesús a su existencia terrena precedente. La duda de los discípulos se orienta, en nuestra perícopa, hacia la dimensión plenamente divina del resucitado.

Esto queda confirmado con la peculiar continuación de la escena. En ella la duda no se supera mediante la comprobación de la corporalidad del aparecido (Lc 24, 36-42), ni mediante la referencia a las heridas corroboradoras de la identidad personal (Jn 20, 20.24-28). La cuestión acerca del fundamento de la certeza de la fe pascual no tiene su respuesta en una confirmación sensible, sino únicamente en la subsiguiente palabra del mismo resucitado que formula el sentido y significado del acontecimiento pascual. Esta palabra preñada de historia y generadora de futuro es lo permanente, eso que impide que nuestra escena pueda tener una conclusión narrativa. Y como respuesta de los discípulos y de todos los cristianos, no permite más que la fe inconvencible y la obediencia total, con la firme certeza de la constante presencia graciosa del Señor de la Iglesia.

«Y acercándose, Jesús les habló y dijo» (v. 18a)



Reflexiones Católicas.

En una situación semejante no cuadra una intervención oral de los discípulos titubeantes entre la fe y la incredulidad. La palabra capaz de solucionar y superar la situación sólo puede provenir de la boca del que ahora comienza a actuar. Y este personaje no puede ser introducido en escena (el género de relato de aparición no nos permite esperar otra cosa) más que mediante un modo de expresión objetivante, «mitológico». «Y acercándose, Jesús les habló y dijo». Tenemos ante nosotros un giro que sólo aparece en Mateo, quien, en su libro sobre Jesús lo intercala muy a menudo en fragmentos que ha recibido de la tradición, y lo hace para enfatizar el comienzo de una alocución o de una actuación. También en este caso sirve, primariamente, para introducir al Resucitado que comienza a hablar. Pero a la vez pretende dar a entender al lector que quien ahora habla a los discípulos es el mismo en persona que les hablaba durante su actividad terrena, cosa que nos revela el empleo que hace del nombre propio, Jesús.

«Y Jesús les dijo»

«Y Jesús les dijo». ¿Cómo puede ser esto, si las formulaciones kerigmáticas nada saben de ninguna manifestación verbal del Resucitado y ni siquiera los relatos de apariciones permiten reconstruir las palabras originarias del Resucitado (en contraposición con los numerosos «logia» del Jesús terreno)? ¿Qué pretende el majestuoso manifiesto subsiguiente, si el Resucitado nunca se expresó en forma proposicional, sino que fueron los discípulos, Cefas y los once, los que, en base al impulso revelador del acontecimiento pascual que les fue comunicado y que no podemos captar en su concreción, formularon la obra de Dios que se había operado en el crucificado?

Nos equivocáramos de medio a medio si por ello echásemos en saco roto la alegría que suscitan las palabras de Cristo en los relatos de apariciones y en concreto las de nuestra perícopa. La posterior reflexión sobre el mandato misionero nos ofrecerá la oportunidad de meditar sobre el punto crucial que plantea una alocución del Resucitado. De momento traigamos de nuevo a la memoria el planteamiento histórico objetivo en términos generales. Y éste no puede ser otro que la cuestión de si las palabras de nuestro manifiesto suponen una articulación y desarrollo exactos de la fe pascual originaria y de sus consecuencias teológicas, basados en los



enunciados más antiguos. La respuesta a esta pregunta deberá conducirnos, como un hilo de Ariadna, a través de la meditación del manifiesto de Cristo. De aquel Evangelio se puede afirmar lo que el autor de la doble obra lucana proponía en su prólogo, dirigido al ilustre Teófilo, como meta de su tarea de escritor: «para que te convenzas de lo bien fundado de las enseñanzas en las que has sido instruido» (Lc 1, 4).

27.-¿QUÉ SIGNIFICA PASCUA?

Meditación sobre Mt 28, 16-20

II

2. El manifiesto del Resucitado (vv. 18b-20)

1. La palabra plenipotenciaria

«Se me ha dado todo poder en el cielo y sobre la tierra» (v. 18b)

Esto fue, por tanto, lo que había sucedido con el Jesús crucificado al que los discípulos habían abandonado el Viernes Santo. Dios había pronunciado su palabra a favor del Jesús ejecutado como supuesto pretendiente mesiánico, tal como nos lo da a entender el pasivo «teológico»: "Se me ha dado». Para llevar a plenitud su obra salvífica Dios le ha concedido a Jesús la participación en su propio poder mediante la Resurrección.

Sentido fundamental del acontecimiento pascual

Tal es el sentido fundamental del acontecimiento pascual. Ciertamente que, mediante la Resurrección, la muerte ha sido definitivamente vencida de manera que Pablo puede concluir: Así como Dios ha resucitado a Cristo, también nos resucitará a nosotros (1 Cor 6, 15; 2 Cor 4, 14). Pero la pascua implica, desde el principio, incomparablemente más que un primer



Reflexiones Católicas.

caso de la resurrección universal de los muertos esperada en Israel como preludio del juicio. Nuestras fuentes no permiten abrigar la menor duda de que, para la mentalidad de la fe primigenia, en virtud de la pascua, se daba una respuesta a la pretensión de Jesús de haber sido enviado como revelador definitivo y proclamador plenipotenciario del Reino escatológico de Dios. La obra de Dios en el crucificado fundamentaba una situación histórico-salvífica exclusiva y no transferible en cuanto tal; situación que competía únicamente a Jesús. La misma llegada del Reino escatológico de Dios, aún por acontecer, queda religada a la persona de Jesús. A través de ese Jesús, Mesías plenipotenciario, Dios revelará su poder y traerá la salvación definitiva. Este sentido fundamental del acontecimiento pascual es el que proclama la palabra reveladora que abre el manifiesto de Cristo.

La inmediatez divina del Hijo

El «se me ha dado» presupone la relación personal del Padre con el Hijo. De la peculiaridad de esta relación filial hablaba ya aquella singular palabra plenipotenciaria de la fuente de los logia que apunta igualmente al Resucitado: «Todo me fue entregado por mi Padre y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre lo conoce nadie sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo» (Mt 11, 27par). Esa filiación divina exclusiva capacitaba a Jesús para ser el definitivo revelador de Dios y de sus intenciones salvíficas. La gran palabra «todo me fue entregado» se refería en el contexto anterior de nuestro evangelio al mensaje de Dios y del Reino de Dios que Jesús proclamaba y hacía real a lo largo de su actividad terrena, como si estuviera en lugar de Dios. De hecho Jesús había reivindicado ya poder, poder divino, durante su vida terrena. Si Mt 11, 27 decía: «Todo me fue entregado por mi Padre», ahora se afirma de manera más expresa: «Se me ha dado todo poder». Y el carácter universal e ilimitado de este poder se subraya aún más con la adición, típica en Mateo, de «en el cielo y sobre la tierra». Ese poder del Resucitado abarca todo cuanto demanda la realización plena del plan salvífico de Dios.

¡Jesucristo es Señor divino!

El poder divino del Cristo exaltado es la coronación y plenitud del hablar y obrar plenipotenciarios del Jesús terreno. Con esta palabra plenipotenciaria Mateo no está anunciando una fe



Reflexiones Católicas.

pascual nueva. Solamente dice de forma más explícita lo que ya implicaba la súplica primitiva «Ven, Señor Jesús». Ese ruego de la comunidad primitiva únicamente tenía sentido porque ya desde el comienzo se creía que el Jesús resucitado era el salvador dotado del poder de decisión propio de Dios, de modo que la revelación definitiva del Reinado de Dios, la meta última de todos los caminos de Dios con la humanidad había de venir por medio del Señor exaltado. No de otra manera se expresan todas las formulaciones confesionales que articulan el acontecimiento pascual como elevación de Jesús a compañero mesiánico del trono de Dios con las palabras «sentarse a la derecha de Dios», o como instauración en cuanto «Hijo de Dios», tal como lo formula la antiquísima fórmula confesional judeocristiana de Rom 1, 3s, aduciendo también textos de la Escritura entendidos de modo mesiánico.

Nuestra palabra plenipotenciaria expresa en modo más breve lo que proclamaba ya un canto a Cristo, prepaulino, en su entusiasmo himnico, como obrar de Dios en el humillado hasta la muerte: «Por eso Dios lo elevó sobre todo y le otorgó el nombre sobre todo nombre para que ante el nombre de Jesús doblen la rodilla todos los poderes en el cielo, en la tierra y bajo la tierra y toda lengua confiese: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp 2, 9-11).

¿Exponente de una insoportable ideología de poder?

D/DOMINACION/QUE-ES: ¡Por la resurrección, Jesús se ha convertido en Kyrios, Señor, representante del poderío divino que todo lo abarca! ¿Será, por tanto, el Superego de un sistema insuperable de dominación total, el representante del modelo arcaico, ya abandonado, del rey absoluto que se burla de toda conciencia de emancipación, de cualquier libre autorrealización del individuo? Es posible que surjan complejos reflexivos anclados en una ideología totalmente determinada por la experiencia de la deficiente dominación humana, pero en este caso están fuera de lugar porque no concuerdan con la realidad. Quien ha sido dotado con ese poder inaudito es alguien que ha soportado el peso de una vida humana y ha tenido que experimentar la fuerza del mal. Es ese Jesús que con sus palabras y acciones se identificó plenamente con la voluntad salvífica de Dios, con el Dios creador de salvación que libera al hombre hacia una libertad activa y que, en consecuencia, renunció a ejercer derechos de



Reflexiones Católicas.

dominación según el modelo de los Señores de las naciones y de los grandes de este mundo que para serlo utilizan la violencia; en lugar de la fuerza, hizo del amor servicial la dimensión fundamental de su vida y la vivió así hasta la muerte (Mt 20, 25-28). A través de este último mensajero divino, que entendía su misión como un servicio altruista, es como Dios quiere instaurar su «dominación». El «dominio» de Dios quiere decir, en razón del mismo concepto, revelación de la salvación definitiva. El «Reinado de Dios» es, en boca de Jesús, la quintaesencia de la vida, de la alegría, de la auténtica liberación del ser humano de sí y para sí. Y esa liberación sólo se nos comunica mediante la entrega creyente a ese Jesús ensalzado a Kyrios igual a Dios, mediante el que Dios quiere revelar su dominación en cuanto estado de vida plena.

PABLO/LIBERTAD: Dejemos que nos lo afirme así un confesor de la fe en Cristo libre de toda sospecha, alguien que pensaba que debía hacer un servicio a Dios persiguiendo a las comunidades cristianas de Judea, antes de ser conducido ante Damasco hasta la fe en el escándalo que suponía un Mesías crucificado y resucitado. Aquel teólogo profesional que era Pablo se había sentido profundamente preocupado por la pregunta acerca del éxito de la vida y la existencia humanas. Casi cada página de sus cartas nos revela hasta qué punto era Pablo sensible al peligro a que estaba expuesto el ser humano por los poderes hostiles a la vida y esclavizantes, por el pecado, la enfermedad y la la muerte, por el error judaico acerca de la «autojustificación» del hombre, tanto como por la locura pagana en sus múltiples maneras de creer en el destino. Pues ese mismo apóstol, portaestandarte de la libertad y que predicaba insistentemente que el acontecimiento salvífico era una liberación, nunca deja de presentarse a sí mismo, al comienzo de sus cartas, con el título de «esclavo de Jesucristo». A través de esa denominación nos está hablando la verdadera humildad y el auténtico orgullo de un hombre que se sabe al servicio de un Señor dominador que es el único capaz de aportar la salvación al ser humano.

Precisamente porque la fe apostólica pascual confiesa a Jesús resucitado como Kyrios igual a Dios, da su aquiescencia a un dominador cuyo Reino no es de este mundo. Hasta tal punto no es de este mundo que su poder puede aparecer ante el



Reflexiones Católicas.

mundo como impotencia, como una piadosa ilusión, toda vez que ese Señor no emplea la fuerza de los dominadores terrenos. El rasgo característico de este Señor lo constituye el poder del amor que sale a la búsqueda, amor que suscita la convicción y la confianza, que no pretende la muerte del pecador, sino que desea conducir a todos los seres humanos a la vida. Precisamente de eso va a hablar la siguiente disposición «testamentaria» del plenipotenciario de Dios.

2. El mandato misionero

«Así que id, haced discípulos a todos los pueblos» (v. 19a)

La «Cristología» es, por su mismo concepto, «Soteriología»: discurso acerca del Salvador y su obra salvífica. Siempre que se habla de Jesús como del Cristo-Mesías, se está hablando de él como del salvador prometido. La institución de Jesús como Kyrios igual a Dios no se realizó por sí misma, sino en razón de nuestra salvación. A eso hace referencia el «así que», mediante el cual el encargo de la misión universal se va a vincular al envío plenipotenciario precedente.

La hora de la Iglesia de las naciones

La comunidad salvífica formada por todos los pueblos es el fruto de Jesús muerto «por los muchos», por los innumerables de todas las naciones, y resucitado para el acabamiento de su obra salvadora. La convicción unánime de todo el Nuevo Testamento es que la existencia de la Iglesia presupone la muerte y exaltación de Jesús. Esa convicción ya la expuso con anterioridad nuestro evangelista mediante una frase que prenuncia el obrar del Cristo exaltado: «Tú eres Pedro y sobre esa piedra edificaré mi Iglesia...» (16, 18). A pesar de toda la diversidad de formulaciones y aplicaciones particulares, la idea del envío de los discípulos por el Resucitado constituye, de hecho, el elemento central de todas las escenificaciones de la aparición a los once. La formulación de esta perícopa nos resulta ya tan conocida desde la infancia que difícilmente percibimos en ella algo que suscite nuestro interés. Naturalmente hablamos con exactitud si la denominamos encargo de misión universal a los discípulos. Pero ¿percibimos con ello el dramatismo económico-salvífico con el que a todas luces pretende concientizar a los lectores del evangelio de Mateo la exacta formulación del mandato misionero?



Reflexiones Católicas.

Este recapitula simultáneamente, con una densidad maravillosa, el proceso y el avance de la revelación de Cristo pretendidos por Dios. Jesús respetó la pretensión de primacía de Israel en cuanto pueblo elegido y propiedad de Dios y quiso con su esfuerzo misionero y el de sus discípulos preparar a Israel y sólo a Israel como heredero de la salvación. Esto nos lo recuerda especialmente el evangelio de Mateo, que entre otras cosas tiene un interés particular en dejar en claro que no es Jesús, sino el mismo Israel, el responsable de no haber accedido a la fe en su Salvador. Mateo es el único que recoge en su evangelio frases de Jesús que formulan expresamente esta limitación en el objetivo misionero (15, 24; 10, 5s). «No vayáis hacia los gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos (semipaganos), sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (10, 5s). Nuestro evangelista hace que el Resucitado reasuma ese «id» con el que Jesús había enviado a sus discípulos a la misión palestina; pero ahora, en lugar de la comunidad étnica israelítica que se ha quedado sin pastor, el objetivo de la misión son «todos los pueblos». Con ello, y no en última instancia, Mateo está pagando tributo a la situación histórica eclesial de su época. La evolución que de hecho se había producido hasta la constitución de una Iglesia en la que quedaban eliminadas las diferencias entre judíos y gentiles es reconocida y aceptada como algo querido por Dios; más exactamente, como el encargo del Señor a la Iglesia. La limitación de la predicación misionera a Israel queda superada a nivel económico-salvífico por el acontecimiento pascual, lo mismo que la promesa hecha en tiempos pasados del advenimiento de los gentiles a la salvación del Reino de Dios revelado (8, 11). Viernes Santo y Pascua fundamentan el nuevo comienzo del mensaje salvífico a todos los hombres.

DO/I-NACIMIENTO: La Iglesia primitiva, que ya pocos años después de su nacimiento estaba formada por creyentes de diversas naciones, ha percibido vivamente y en toda su importancia el significado económico-salvífico de la Pascua. En lugar del Sábado, heredado de los judíos, distinguió de manera particular al primer día de la semana como día de la resurrección de Cristo en el que se celebraba la proclamación eucarística de la Muerte y la Resurrección del Señor. Aún en tiempos neotestamentarios, ese día recibía la honrosa denominación de «domingo», el «día del Señor». ¿Nos recuerda todavía el domingo la hora exacta del nacimiento de



Reflexiones Católicas.

la Iglesia compuesta por todos los pueblos? No es casualidad que la mayor parte del año litúrgico gire bajo el signo de la celebración de la revelación pascual.

El ser. cristiano como «discipulado» permanente

CR/DISCIPULO: PREDICACION/CV: La misión es la mediación de la salvación donada en Cristo y que se ha de llevar a cumplimiento por medio de El. Su primer contenido será informar acerca de lo que Dios ha hecho por medio de Jesús y en Jesús y el cumplimiento pleno a que quiere conducirlo. Y esto lo sabe muy bien nuestro evangelista. Sin embargo, renuncia al empleo expreso de conceptos propios de la terminología misionera protocristiana, tales como «predicar», «proclamar la Buena Nueva». Quien llega a oír el mensaje salvífico de Jesucristo, quien lo conoce, no es ya cristiano automáticamente. Es más, según los escritos neotestamentarios tardíos, que ya habían tenido que debatirse con el doloroso fenómeno de los cristianos apóstatas, éstos están en una situación peor que antes, cuando todavía eran paganos y aún no poseían «el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pe 2, 20s). La predicación misionera pretende bastante más que un mero instruir. Apunta a la conversión del individuo. Ha de conducir a los hombres hasta el ser cristiano. Por eso nuestro evangelista apunta a esa meta cuando recapitula la tarea del envío plenipotenciario en el encargo de «hacedlos discípulos (míos)», «hacedlos alumnos (míos)». Por esa misma razón, ya anteriormente no había contemplado a los doce tanto como «apóstoles», cuanto como los discípulos ejemplares, como discípulos de Jesús que se van ejercitando en la voluntad de Dios proclamada y explicada por El (27, 57) y que van practicando el ser cristiano como un seguimiento de Jesús. Son los alumnos de un maestro del que se puede afirmar algo que no se puede decir de ningún maestro judío ni de ningún maestro cristiano: Vino para «dar cumplimiento» a la ley y los profetas (5, 17). Vino a descubrir en su sentido exacto, no desfigurado, la voluntad del Dios que dona la salvación, y a llevarla a cumplimiento. En cuanto tal maestro es el auxiliar bondadoso de los que se entregan a su seguimiento, porque los ha liberado de la carga pesada de la casuística legal de entonces y puede calificar su demanda de acomodarse a la voluntad salvífica de Dios como yugo suave (11, 28-30; 23, 4). Pero como esta escuela implica una dotación para el ingreso en la



Reflexiones Católicas.

salvación del Reino de Dios, la realidad aludida con esta denominación supera cuanto conocemos en el mundo como relación maestro-discípulo.

En el mundo escolar de los maestros judíos y en el de los filósofos griegos llegaba un momento en que el alumno lo había aprendido todo. A diferencia de cualquier género de alumnado, los discípulos de Jesús nunca dejan de serlo. Ser discípulo equivale a ser cristiano, y esto significa no haber acabado nunca, tener que vivir constantemente el seguimiento de Jesús. Pero aunque el manifiesto de Cristo que estamos estudiando, con la formulación del mandato de misión universal (y por razones muy claras en las que habremos aún de detenernos), pone ya en un primer plano la realización existencial del ser cristiano, no olvida por ello el fundamento plenamente gracioso de la existencia cristiana, tal como lo patentiza el primer «modo de proceder» que sigue y plasma de manera inconfundible el encargo general de «hacer discípulos», «hacer cristianos».

¿En qué se basa propiamente el mandato misionero?

Antes de pasar adelante no podemos eludir una cuestión que concierne al mandato misionero en su totalidad. Ya conocemos el envío plenipotenciario por parte del Resucitado como motivo central de toda la escenificación de la aparición al grupo de discípulos. Concederemos con toda espontaneidad que no podía ser de otra manera. ¡Si los discípulos, después de la ejecución de Jesús en Jerusalén, comienzan a ganar para la fe en el Mesías Jesús, crucificado y resucitado, a los israelitas y con ello a reunir a la comunidad escatológica de los herederos de la salvación, ese nuevo arranque ha de partir de un encargo expreso del Resucitado! De no ser así, la Iglesia sería una mera creación de los hombres y no la oferta de Dios y de su Cristo.

Pero ¿en qué se basa la legitimación de los discípulos si, según la convicción casi unánimemente compartida, el Resucitado no habló ni, por supuesto, transmitió expresamente un mandato misionero universal? De hecho la historia misionera de la primera generación de la que tenemos conocimiento, apenas si nos permite presuponer la conciencia inicial de una instrucción expresa de Jesús, ya del terreno ya del exaltado, en base a la cual hubiera que proclamar el



Reflexiones Católicas.

Evangelio a todos los pueblos, incluidos los gentiles, después de su resurrección. Los Hechos de los Apóstoles ejemplifican con el episodio de Cornelio la cuestión de si estaba permitida la recepción de paganos en la Iglesia. Sólo después de dos signos milagrosos del cielo se decide Pedro a bautizar al capitán pagano. Aún más importante resulta el llamado Concilio de los Apóstoles al final de los años cuarenta. En él se planteaba a discusión la espinosa cuestión de si los paganos podían ser recibidos en la Iglesia y alcanzar la salvación sin tener antes que asumir el status de los judíos obligados a cumplir con la ley ritual de Moisés. Ni en este caso ni en el anterior se le ocurre a nadie citar durante el debate un encargo misionero universal expreso del Resucitado; no lo mencionan ni el protoapóstol Cefas ni el apóstol vocacional de los gentiles, Pablo. ¿Será que las palabras de misión de los relatos de apariciones refieren a fin de cuentas un suceso carente de cualquier género de legitimación?

El asunto no debe hacernos perder el sueño También a este respecto el acontecimiento pascual supone el cumplimiento de lo que ya había comenzado con la actividad reveladora de Jesús. Ya durante el transcurso de su actuación terrena Jesús había formulado el principio del envío plenipotenciario (Mt 10, 40; 10, 16; 10, 5s.), poniéndolo en práctica mediante la participación activa de sus discípulos en la predicación del Reino de Dios (Mt 6, 7-12). Entre los discípulos enviados por él a la misión palestina, con la que Jesús quería ampliar su propia actuación, se encontraban con seguridad los que la antigua tradición confesional mencionaba como receptores de apariciones: Cefas y los once (cfr. I Cor 15, 3b-5). Pues si estos primeros discípulos llegaron, mediante el acontecimiento denominado «aparición», a la firme convicción de que Dios había confirmado a Jesús como revelador escatológico y lo había revalidado como el salvador que se esperaba, lo lógico es que esa convicción, que les había sido donada y a la vez se les imponía, fuese entendida por ellos como un encargo vinculante. Esta convicción debió llevar a Cefas y a los once a la conciencia subsiguiente de que tenían que testimoniar y predicar esa fe recién adquirida. El que también ellos comenzasen a predicar a Cristo en Israel, en Jerusalén, en reconocimiento del privilegio histórico-salvífico de ese pueblo, pone tan poco en cuestión la legitimación de principio de su misión como el modo y manera providenciales con los que la expansión de la fe en Cristo traspasó muy pronto las fronteras



Reflexiones Católicas.

étnicas de Israel aceptando en su seno, en medida creciente, a personas pertenecientes a los pueblos del área mediterránea que se convirtieron en «discípulos» de Jesús, el Kyrios exaltado. No tenemos por tanto el más mínimo motivo para sentirnos inseguros. La validez objetiva del mandato misionero no depende en absoluto de que el Resucitado haya o no haya hablado. Lo que el evangelista pone en boca del Resucitado formula, ni más ni menos, el sentido eclesial del acontecimiento pascual.

(«Así que id, haced discípulos a todos los pueblos), bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (v. 19b)

«Haced discípulos» abarca la totalidad: el hacerse cristianos y el mantenerse cristianos. Lo confirman las siguientes «normas de ejecución» que desarrollan, en cuanto al contenido, el encargo misionero general. Esto queda patente desde el punto de vista sintáctico por el hecho de que se unen a la frase anterior como proposiciones participiales.

El Sacramento fundamental de la Pascua

¿De qué manera se convierten en cristianos todos esos seres humanos procedentes de «todos los pueblos»? No se unen a los que confiesan a Cristo sólo por un acto de propia decisión. Por su mismo origen y naturaleza, la Iglesia es mucho más que un club en el que se pueda «entrar» o «salir» por propia elección. La incorporación a la Iglesia se produce, desde siempre, mediante un misterioso acontecimiento por el que el individuo es atraído, por pura gracia, al ámbito de actuación del único salvador, Jesucristo, religándose a El. En la misma época de los apóstoles no faltaron puntos controvertidos que fueron objeto de discusión entre los dirigentes judeocristianos y cristianos procedentes del paganismo. Pero de lo que no tenemos la más leve noticia es de que se haya discutido jamás acerca de la necesidad salvífica de este acto de iniciación.

BAU/SO-PASCUAL: Pretender despotenciar el Reino de Dios, quintaesencia de la salvación, a mera función del obrar humano; pretender diluir la teología y la Cristología en una antropología y sociología con tinte religioso, no es más que una manifestación virulentamente morbosa de una teología



Reflexiones Católicas.

moderna que tiene en contra a la vez al kerigma y al sacramento iniciático del cristianismo apostólico. Por supuesto que nuestro evangelista comparte la convicción generalizada entre todos los cristianos de que la recepción del bautismo presupone la fe personal en el poder salvador que reside en la muerte y resurrección de Jesucristo. Pero, por otra parte, un manifiesto conclusivo puede y debe ser breve. Únicamente ha de mencionar de forma expresa el acontecimiento salvífico decisivo. Y éste es el sacramento del bautismo que pone al hombre en relación con el Dios trinitario, relación que el hombre no puede establecer por sí mismo. El ser cristiano no se fundamenta en la autorrealización del ser humano (que, por lo demás, se contradice en su empeño y fracasa constantemente en él), sino sobre la actuación de la gracia divina que se le adelanta.

¿A qué viene ese rito «mágico»?

BAU/SO-FUNDAMENTAL: «Percibo bien el mensaje, pero me falta la fe». ¿Qué puede ser el bautismo sino una ceremonia exterior pasada de moda? ¿Para qué sirve esa acción mágica realizada sobre recién nacidos que carecen de conciencia y de capacidad de decisión? ¿Para forzarlos de antemano a la asistencia a las clases de Religión y asegurarlos como cotizadores potenciales del impuesto religioso? ¡El don salvífico del Bautismo como oportunidad vital, como posibilidad de una vida con sentido y de una nueva capacidad de vivir! No hay que llamarse a engaño y sí ser conscientes de hasta qué punto los mismos cristianos han perdido el sentido del sacramento fundamental de la Iglesia. Y esto no siempre porque no estén dispuestos a creer. Se puede caer en la tentación de no ver en el bautismo más que un rito externo de recepción, sobre todo si se contempla el acto sacramental aislado, sin percibir su contexto dentro de la historia de la revelación.

Precisamente sobre ese contexto habrá de meditar una y otra vez el cristiano si quiere poner cuanto está de su parte para el fortalecimiento de su fe. El bautismo sacramental realiza el mensaje fundamental de toda la Biblia, mensaje que se mantiene como una buena noticia, nueva y portadora de dicha, desde el comienzo de la revelación de Cristo hasta el punto culminante de la pascua. ¡Se trata del mensaje de la primacía de la gracia de Dios!



Reflexiones Católicas.

El mensaje de la primacía de la gracia

GRACIA-PRIMACIA: Este mensaje resplandece con toda su claridad por vez primera sobre el trasfondo de la predicación penitencial de Juan el Bautista. Este se comprendía a sí mismo como el último enviado de Dios que, ante la inminencia del juicio, debía llamar a los israelitas a la conversión y al cumplimiento definitivo de la voluntad de Dios. Jesús reconoció en ese predicador del juicio a un profeta auténtico, enviado por Dios. ¿Por qué, entonces, no continuó su predicación del juicio y su bautismo de conversión? ¿Con qué derecho puede a su vez Jesús, que al fin y al cabo se presentó en gran proximidad temporal a Juan, considerarse el último mensajero de Dios aunque no continuara la actividad del Bautista? Su aparición nos suministra una respuesta diáfana: porque el mensaje que había de dirigir a Israel, comparado con la predicación del Bautista, suponía un comienzo totalmente nuevo.

Jesús no partía de la amenaza del juicio venidero y, en consecuencia, no hablaba en primer término de lo que los hombres habían de hacer para poder superar ese juicio. Para Él el primer plano lo ocupaba el obrar salvador de Dios, previo a todo obrar humano y actuante ya en sus palabras y acciones. La inclinación salvífica de Dios hacia los hombres, que acontecía mediante Él, precedía a la proclamación del juicio condenatorio sobre los pecadores que permanecen en su obstinación. En primer lugar Jesús proclamaba al Dios inconcebiblemente bueno para los seres humanos, que sigue los pasos del pecador y le perdona gozoso; al Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos y pecadores (Mt 5, 45). El publicano, consciente de que no tiene en su haber más que pecados, recibe el perdón (Lc 18, 9-14). Jesús quería acercar a los israelitas de su tiempo a ese Dios que, mediante su amor creador previniente, otorga la felicidad al pecador para que ya desde ahora viva del amor de ese Padre y bajo su cobijo.

La fe percibe esa misma iniciativa del obrar salvífico de Dios en el proceso de la revelación de Cristo. Dios, que había hecho donación a Israel de su Ley como una guía para vivir, ha prescindido de su mismo don gracioso de tal modo que los seres humanos, aun no teniendo en cuenta esa ley, puedan ser justificados sin realizaciones morales previas: en razón de



Reflexiones Católicas.

su gracia, mediante la salvación en Cristo Jesús (Rom 3, 21-24). «Dios ha demostrado su amor por nosotros en el hecho de que Cristo haya muerto por nosotros cuando todavía éramos pecadores». El apóstol no puede finalmente concebir la infamante ejecución de Jesús en el patíbulo, ese «escandaloso» e «insensato» modo del obrar de Dios, más que como manifestación del insondable amor de Dios y de la amorosa entrega de Jesucristo (Rom 5, 6-8; Gal 2, 20). Para él, con la recepción del Bautismo acontece, por tanto, la aplicación de la fuerza redentora de la muerte y resurrección de Cristo. Ser bautizado significa ser «co-crucificado» y «co-revivificado» con Cristo, de manera que para el cristiano quede muerta la fuerza del pecado esclavizador y así reciba una nueva vida en Cristo (Rom 6, 4-8). Gracias al Pneuma, el don de la fuerza vivificadora divina, se puede decir del bautizado: «El que está en Cristo es una criatura nueva: lo antiguo ha desaparecido, ha surgido lo nuevo» (2 Cor 5, 17). Y porque el acontecer salvífico del Bautismo supone un acto de pura gracia, la Iglesia primitiva que, como es natural, comenzó bautizando adultos, pudo, sin el más mínimo titubeo, comenzar a practicar el bautismo de niños no llegados todavía al uso de razón.

Creer en el acontecimiento salvífico del Bautismo quiere decir creer en el mismo amor creador y antecedente de Dios que Jesús proclamó durante su actividad terrena como comienzo del obrar escatológico de Dios... El ser humano sólo puede devenir cristiano gracias a la actuación salvadora de Dios en Jesucristo. En esto quiere hacernos meditar expresamente el manifiesto de Cristo que estamos considerando, cuando concretiza en primer término el encargo misionero como administración del sacramento fundamental de la pascua que es el Bautismo.

El Bautismo «en el nombre de Jesucristo»

¿Cuál es el enunciado del mandato de bautizar? El apóstol Pablo, lo mismo que el autor de los Hechos de los Apóstoles, que escribía casi una generación más tarde, hablaba únicamente del Bautismo «en el Nombre» o también «en el Nombre de Jesucristo». De entre todos los escritos del Nuevo Testamento sólo el evangelio de Mateo conoce el bautismo «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». En lugar de «Jesucristo», de repente se habla aquí del «Hijo». Y



Reflexiones Católicas.

totalmente nueva es esa adición «del Padre» y «del Espíritu Santo». ¿No estaremos palpando aquí una «invención» dogmática posterior? Considerarlo así sería precipitado y superficial. Un vistazo a la historia de la fe de los primeros tiempos bastará para convencernos de algo distinto. La antigua expresión de bautizarse en el nombre o para el nombre de Jesucristo subrayaba el efecto inmediato y más esencial del Bautismo, la apropiación del bautizado por el Señor y, con ella, la purificación del pasado y la apertura a una nueva vida.

BAU/EN-NOMBRE-XTO: Esta denominación del Bautismo, que servía también de fórmula bautismal, expresaba sin duda de manera adecuada el aspecto esencial. Por supuesto que no tuvo su origen en la intención de suministrar una definición dogmática exhaustiva del Bautismo cristiano. Más bien se produjo por una necesidad de tipo práctico. El «Bautizo», la inmersión en el agua (como indica de suyo la palabra), no era algo que se produjese por vez primera en la nueva comunidad de los creyentes en el Mesías Jesús. El judaísmo poseía numerosas prácticas ablutorias. Piénsese igualmente en los baños rituales diarios de los piadosos de Qumrán. Habrá en concreto que recordar aquellos ritos de ablución que presuponían un administrador, un «bautizante». Los paganos que se convertían a la fe judaica recibían el llamado Bautismo de prosélitos. En la memoria reciente estaba sobre todo el Bautismo de Juan, quien era ya conocido entre sus coterráneos judíos como el «Bautista» por excelencia. Al menos muchos de sus seguidores seguían considerando que el último y decisivo enviado de Dios no era Jesucristo, sino el bautista penitencial del Jordán. En consecuencia, seguían administrando el bautismo de Juan, como nos lo testimonian repetidas veces los escritores tardíos del Nuevo Testamento. Por ello, cuando los cristianos querían hablar de su baño por inmersión, que era la forma como se practicaba el Bautismo en los tiempos neotestamentarios, se veían obligados a caracterizarlo de manera más concreta. Ese aspecto nuevo, peculiar e inaudito de su rito del agua, lo expresaba con precisión la predicación apostólica al hablar de un Bautismo «en el nombre de Jesucristo» o bien, de manera equivalente en cuanto al contenido, «en Cristo (Jesús)».

¿Un proceso de «invención» dogmática?



Reflexiones Católicas.

Supongamos por un momento que se hubiese mantenido vigente en la Iglesia hasta nuestros días la antigua fórmula de administración del Bautismo «Yo te bautizo en el nombre de Jesucristo». Por supuesto que, en ese caso, el Bautismo habría tenido el mismo sentido y efecto salvífico que el que tiene nuestro empleo de la fórmula de administración bautismal trinitaria, de época más reciente. La conciencia de esa identidad de sentido está testimoniada con toda claridad. Aunque la «Doctrina de los doce apóstoles», escrita en torno al año 100 d. C., aduce la fórmula bautismal trinitaria como forma prescrita (7, 1.3), curiosamente menciona también a su lado el Bautismo «en el nombre del Señor» (9, 5). Lo mismo hacen otros escritos de los siglos segundo y tercero cuando ya era universalmente conocido el evangelio de Mateo y se le reconocía como Sagrada Escritura. Con la ampliación de la fórmula bautismal de un solo miembro, acaecida a lo que parece en la segunda generación cristiana, lo que se hacía era ilustrar, únicamente, aspectos ya presupuestos y expresados por la predicación apostólica acerca de Cristo. No se podía proclamar que Jesús era «el Cristo», el mediador de la salvación, sin hablar simultáneamente de Dios: del Dios que había resucitado y ensalzado a Jesús, de Dios en cuanto «Padre» que había enviado al Hijo como revelador y salvador. Ya un «apóstol de Jesucristo por vocación» proclamaba a Jesús como «el Hijo», gracias al cual, los que se bautizaban en él se convertían en hijos adoptivos del Padre y coherederos con el Hijo. Y para el mismo apóstol Pablo no hay existencia cristiana, ni Iglesia, sin «el Espíritu (Santo)», por cuyo medio sigue actuando y dando vida el Cristo exaltado, sin ese Espíritu que confirma a nuestro espíritu en el convencimiento de que somos hijos de Dios. Por eso a partir de las epístolas paulinas auténticas empezamos a encontrarnos con enunciados que hablan de la actividad y colaboración de Dios, de Cristo y del Espíritu (Santo), por más que la secuencia de los tres nombres sagrados pueda cambiar dependiendo de la intencionalidad temática (1 Cor 12, 4-6; 2 Cor 13, 13; 1 Pe 1, 2; Jn 14, 16s.26; 15, 26). «Existen diversos dones de la gracia, pero sólo un Espíritu. Existen diversos servicios, pero sólo un Señor. Existen diversas fuerzas que actúan, pero sólo un Dios: El obra todo en todos» (1 Cor 12, 4-6) .

Para caracterizar en todos sus rasgos personales el acontecimiento salvífico fundamentado en la revelación de Cristo, hubo que hablar de la interrelación y de la unidad en el



Reflexiones Católicas.

obrar de Dios, del Cristo y del Espíritu Santo. Justamente ese dinamismo es el que condensa en la fórmula más breve el mandato bautismal de Mateo, al juntar «el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Y como en la concepción bíblica el «nombre» manifiesta la naturaleza y el obrar, ese «en el nombre», empleado una sola vez, da a entender, al menos de forma implícita, que la unidad en el obrar se basa en la unidad del ser.

Que esta fórmula trinitaria breve y precisa haga su aparición en nuestras fuentes por vez primera en una formulación del mandato de bautizar no es mera casualidad. Al hacer esta formulación, el autor del evangelio de Mateo ha utilizado una fórmula de administración del Bautismo que ya era usual en su tiempo. Desde mucho antes la administración del Bautismo iba precedida por una introducción en las verdades fundamentales de la fe. Esto nos hace comprender cómo, con el tiempo, se produjo una ampliación de la fórmula bautismal de un solo miembro. Por medio de esa ampliación se pretendía, también en el mismo instante de la administración del Bautismo, expresar en forma concisa y recordarle al bautizando lo que éste había escuchado a lo largo de la catequesis bautismal anterior: que el don salvífico que se le otorgaba en ese momento por medio del Bautismo era obra y regalo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Con esto, una vez más, nos sentimos interpelados en nuestro propio comportamiento como creyentes. Nos bautizan, bautizamos y hacemos bautizar «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». No nos debe inquietar en absoluto el que nuestro evangelista revista el mandato bautismal con el ropaje de la fórmula trinitaria de administración del Bautismo de época más reciente, fórmula que expresaba el acontecimiento del Bautismo de manera más explícita que la antigua, que sólo citaba el nombre de «Jesucristo». Nuestro evangelista estaba en su derecho al proceder así. Los autores de los escritos evangélicos pretendían servir a la proclamación, fundamentación y explicación actuales del mensaje de Cristo. Lo único importante, por lo que se refiere al mandato bautismal de Mateo como por lo que atañe a la realización de nuestra fe personal, es que esa fórmula trinitaria de administración del Bautismo esté conforme con la revelación. Y en este sentido no tenemos la más mínima razón histórica para titubear en nuestra fe, ya que esta confesión



Reflexiones Católicas.

trinitaria no hace más que situarse en la línea de consecuencia interna de lo que la predicación apostólica confesaba acerca de la colaboración de Dios, de Cristo y del Espíritu (Santo).

Lo que nos debe preocupar

Lo que sí nos debe preocupar es más bien el peligro de una fe raquílica en exceso. Confesiones verbales de la fe no nos suelen faltar a los cristianos de hoy. Como bautizados que somos comenzamos nuestras oraciones con la invocación "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». ¿Pero esa confesión hace mella también en nuestro pensamiento y en nuestros sentimientos más íntimos? ¿No la pronuncian nuestros labios como una fórmula ya muy usada, hasta manida? Eso sucede porque en nuestra conciencia no se hace presente lo que esta brevísima recapitulación del credo pretendía explicitar y revivir, como Buena Nueva, entre los catecúmenos de la Iglesia primitiva. El Dios invisible, realidad que sustenta y abarca la totalidad del universo, se ha acercado a nosotros en Jesús de Nazaret. El amor creador y la donación de Dios se nos han aproximado como «el Padre» y se nos han manifestado en un hombre visible y verdadero, Jesús, que simultáneamente es "el Hijo» en cuanto que habla y actúa a partir de una exclusiva inmediatez a Dios, de una manera como no lo había hecho ningún mensajero de Dios antes que El. La misma fuerza del amor creador de Dios es la que se reveló en el envío del Hijo, en la entrega de su vida y en su resurrección de eficacia salvífica.

Por medio del Hijo unido al Padre, por el Bautismo, somos en un sentido verdadero hijos de Dios y nos situamos bajo la operatividad del Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, que es el Espíritu de Cristo (Rom 8, 9); «habéis recibido el Espíritu que os convierte en hijos, el Espíritu en el que clamamos: ¡Abba, Padre!» (8, 15). ¿Cómo podría un ser humano atreverse a afirmar que está tan próximo a Dios, por sus propias fuerzas, que le puede llamar «Abba», «papá», igual que un niño habla con su padre terreno? El que podamos llamar Padre a Dios es en sí gracia, efecto del Espíritu de Dios en Cristo, puesto que sólo la relación de filiación que se nos ha concedido nos capacita para esa forma tan obvia de alocución. El Espíritu de filiación que nos ha sido regalado en el Bautismo pretende y trabaja en nosotros para que la mentalidad del hijo sea igual que la voluntad del Padre. El Pneuma en cuanto fuerza vital



Reflexiones Católicas.

divina que hemos recibido en regalo nos capacita y convoca a expulsar de nosotros el pecado y a producir «los frutos del Espíritu» como una «nueva creación». «Y la vida terrena de ahora la vivo por la fe en el Hijo que me amó y se entregó por mí» (Gal 2, 20).

«(Así que id, haced discípulos a todos los pueblos...) enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (v.20a)

Ser cristiano quiere decir vivir realmente la vida nueva recibida como don en el Bautismo. Únicamente es válida la fe que se hace eficaz por medio del amor, la fe viva (Gal 5, 6). Esa fe debe poner por obra «todo» lo que Jesús mandó. Parte inalienable de la inserción graciosa en el acontecer salvífico la constituye la puesta en práctica de la voluntad de Dios, que plantea exigencias y configura a la persona humana.

El modo de vida de la Iglesia

Por última vez aparecen aquí los términos «enseñar» y «mandar» cuyos campos conceptuales son tan característicos de Mateo. Lo mandado por Jesús no implica nada diverso de «la voluntad de Dios anunciada en la ley y los profetas, expuesta y realizada con autoridad en la doctrina de Jesús y recapitulada en el mandamiento del amor» (G. Bornkamm). Esa autoridad semejante a la de Dios queda también reflejada en ese «todo lo que (os) he mandado», que no aparece más que en este pasaje en todo el Nuevo Testamento. El evangelista está empleando para ello una expresión de la Biblia griega que surge constantemente en el Pentateuco para designar la voluntad llena de autoridad de Dios. Con la reivindicación de esta expresión veterotestamentaria se está volviendo a insistir en que Jesús, ya durante su actividad terrena, enseñó y ordenó con la plenitud divina de poder. Su exposición bondadosa y conminatoria de la voluntad de Dios ha recibido una sanción definitiva mediante su resurrección y exaltación a Señor mesiánico. Ella determina la totalidad del régimen de vida del pueblo escatológico de Dios que ahora se va congregando de entre todos los pueblos.

Responsabilidad de los maestros de la Comunidad salvífica de Cristo



Reflexiones Católicas.

Este Cristo exaltado es el maestro por excelencia; «pues uno solo es vuestro maestro: Cristo» (Mt 23, 10). La enseñanza de los discípulos, de la que se hace mención por vez primera en nuestro evangelio, no puede hacerse, por tanto, más que por encargo del Señor ensalzado. Esto supone una tarea cargada de responsabilidad. Los predicadores postpascuales sólo pueden enseñar lo que Jesús ordenó. Y deben proclamarlo sin reducciones, sin sustraer nada de lo ordenado. Pero esto no basta: esa enseñanza exige más que la mera transmisión de saber e información. Nuestro evangelista califica muy conscientemente desde el principio a los doce dándoles el papel de discípulos, de alumnos, llamados al seguimiento de Jesús. Para ello habrían de ejercitarse en la fe y en la obediencia, en la renuncia y la disponibilidad al sufrimiento, en el seguimiento de Jesús. La frase de Cristo no habla, por tanto, únicamente del cumplimiento por los bautizados de lo ordenado por Jesús; alude también al compromiso personal de los predicadores, presentados expresamente como «discípulos» y «cristianos» e interpelados como tales. Si su tarea de convertir a todos los hombres en discípulos únicamente se concretizara en el esfuerzo porque todos los bautizados guarden y enseñen a guardar lo ordenado por Jesús, aún no se cumpliría la intencionalidad de las exigencias de Jesús. Para llevar a cabo el encargo misionero del Señor exaltado, la palabra de la predicación ha de ir sostenida y acompañada por la praxis vital existencial del discipulado de Jesús. La confesión puramente verbal de Jesús como Señor celestial no es suficiente ni para el cristiano predicador ni para el oyente.

Hoy como ayer, la precariedad del cristiano

Por supuesto llama la atención que únicamente se mencione lo ordenado por Jesús como objeto de la enseñanza posterior a la Pascua. Si tenemos en cuenta la época de composición de nuestro evangelio, esto no nos ha de maravillar. Con él nos hallamos ya al final de la segunda generación cristiana. El celo religioso de la etapa inicial se ha diluido. La ley de la masa se va imponiendo. La costumbre y la inercia ganan terreno. La pertenencia a la comunidad cristiana va siendo, cada vez más, un asunto de tradición familiar. Van haciendo su aparición tendencias laxistas. El nombre de Cristo se ve blasfemado porque personas no cristianas afirman y tienen motivo para afirmar que muchos cristianos no son ni diferentes ni mejores



Reflexiones Católicas.

que los demás. El evangelista se ve, además, confrontado con un movimiento entusiasta de origen cristiano-pagano para el que, con la llegada del tiempo de Jesús, han quedado absolutamente abrogados «La Ley y los Profetas» (5, 17ss). Al aludir a los once, que como es obvio ya no vivían por entonces, el evangelista pretende interpelar, sobre todo, a los maestros y pastores de su época. Estos han de intervenir en contra de los «falsos Profetas» (7, 15ss) y poner el mayor énfasis posible en las consecuencias, sobre todo ético-morales, que se siguen de la recepción del sagrado Bautismo.

Pero de esa acentuación del obrar propio, condicionada por las circunstancias, no deberíamos deducir falsas conclusiones. También aquí el «debes» iba precedido con claridad meridiana por el «puedes», en este caso la palabra de la gracia de filiación recibida como don por el Bautismo. Ese nuevo comienzo de la predicación y de la apropiación de la salvación fundado en la pascua abarca también, para nuestro evangelista, la totalidad del mensaje salvífico, el Cristo terreno y el ensalzado. La frase conclusiva de nuestro manifiesto hablará por tanto, también, del obrar salvífico de ese Señor exaltado presente entre nosotros.

28.-QUÉ SIGNIFICA PASCUA?

Meditación sobre Mt 8, 16-20

III

3. La promesa de asistencia

«Y mirad, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (v. 20b)

A la Iglesia que vive entre la Pascua y el Juicio final se le pregunta si descubre y camina en este mundo, en fe y



Reflexiones Católicas.

obediencia, por la senda de la salvación. «Estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida...» (7, 14). El «y mirad» introductorio llama la atención del lector para que escuche la frase final del Señor resucitado. En su marcha a través del tiempo y del mundo la Iglesia no está abandonada a si misma. Por última vez vuelve a resonar la palabra clave «todos», tan característica de nuestro manifiesto crítico. El mismo Cristo que ha sido hecho participe por la Resurrección del poder total de Dios (v. 18b), que ordena una actividad total (misionar «todos los pueblos», hacer «todo» lo ordenado por él) (v. 19-20a), corrobora a la Iglesia su presencia permanente y su asistencia constante para todo el tiempo que dure el mundo.

¿Qué fue de la Ascensión de Cristo?

ASC/SIMBOLISMOS: De hecho, no se hace en estas líneas la mas mínima alusión a una despedida o desaparición del Resucitado que está hablando. ¿No es éste un aspecto que nos debería dar que pensar? ¡Por supuesto que el Resucitado se halla en el cielo! En este contexto nos vienen a la memoria, con toda naturalidad, los relatos lucanos de las apariciones. Estos nos presentan al Resucitado despidiéndose de los discípulos con una bendición (Lc 24, 50s), o bien elevándose ante sus ojos hasta que una nube lo rodea y lo oculta a sus miradas (Hech 1, 9-11). Es muy comprensible que esas escenas lucanas de despedida, en particular la más extensa de los Hechos de los Apóstoles, se nos hayan grabado intensamente, tanto más si tenemos en cuenta que la imagen de la ascensión visible al cielo ha marcado las representaciones pictóricas en Occidente. ¡No hay por qué alarmarse!

También esa visualización apunta a un aspecto esencial del suceso pascual que vamos a someter de inmediato a consideración. Por ese motivo podemos seguir, hoy como ayer, celebrando sin perplejidades la «Ascensión de Cristo» como fiesta propia del tiempo pascual, en este caso no ya como «octava» sino como «cuadragesimava» de la Pascua, si se nos permite emplear esa expresión desacostumbrada. Tendremos por tanto que meditar ahora sobre el auténtico sentido y el contenido de verdad que tiene la «ascensión» de Jesús.



Reflexiones Católicas.

En primer término, no podemos ceder a la impresión de que el kerigma apostólico, y en general los numerosos testigos restantes y los testimonios del Nuevo Testamento, hayan suprimido algo, por el hecho de que no digan nada acerca de una Ascensión visible del Resucitado. Nada de eso. No es casual que la separación visible y la visible elevación del aparecido se nos presenten precisamente en los escritos lucanos, escritos que, por motivos bien conocidos desde hace tiempo, pretenden asegurar la realidad de la Resurrección de Jesús mediante la constatación de la corporeidad del Resucitado y que, como también sucede en los Hechos de los Apóstoles, hacen que el Resucitado conviva y coma con los Doce durante cuarenta días. El autor no pretendía presentar estas visualizaciones tan concretas como relatos originarios de vivencias, tal como lo da a entender él mismo suficientemente. En su doble obra dedicada al mismo Teófilo, se permite presentar dos escenificaciones muy diversas de la despedida de Jesús, situándolas además en dos momentos diversos y no conciliables: en el evangelio, durante la tarde del domingo de Pascua, como conclusión clara de la única aparición a los Once; por el contrario, en los Hechos de los Apóstoles, la presenta como conclusión de la convivencia de cuarenta días del Resucitado con esos mismos Once.

El acontecimiento pascual como «Ascensión»

Pero como cristianos deseamos saber si podemos recitar con buena conciencia el «subió a los cielos» del Credo y celebrar la fiesta de la «Ascensión de Cristo». Si tenemos en cuenta que la representación lucana de una elevación de Jesús ante los ojos de sus discípulos no es sino una consecuencia de una escenificación secundaria del «se dejó ver», no negamos con ello la cuestión, sino que avanzamos hacia el sentido y contenido del acontecimiento pascual trayendo a consideración las posibilidades expresivas condicionadas por la cosmovisión de entonces.

Dentro de lo que es la imagen bíblica del cosmos, el cielo se imagina como un lugar, como una cúpula consistente sobre la que descansa el palacio o templo de Dios. La cúpula celeste, el firmamento, se concibe como la divisoria entre el más acá y el más allá. Presuponiendo esta imagen del cielo como lugar donde reside Dios, era normal que el acontecimiento pascual se formulase también como Ascensión de Jesús, como un ser



Reflexiones Católicas.

elevado, una subida o algo similar, aun tratándose de un suceso como el de la Pascua, que ningún hombre había percibido. La denominación «Ascensión» expresa de este modo un elemento esencial de la fe apostólica pascual: Jesús ha sido liberado de los condicionantes vitales terrenos precisamente por la Resurrección.

Superación de la imagen espacial

La fe en la Resurrección del Crucificado afirma, desde el comienzo, algo más, a saber, su ascensión en una existencia de poder vital y operativo igual al de Dios; la institución de Jesús como representante del obrar salvífico y judicial de Dios. Eso mismo lo formulaba ya la expresión plenipotenciaria que introducía nuestro manifiesto, como sentido básico del acontecimiento pascual. El Nuevo Testamento no habla en ningún sitio de esa posición de poder del Cristo crucificado en el sentido de una lejanía espacial o temporal. La fe pascual nada tiene que ver con un Cristo lejano, sino con un Cristo cercano y presente a nosotros. «En lugar de la convivencia espacial y temporal con sus discípulos de entonces, se da ahora la comunidad con los seres humanos de todos los tiempos y de todo el mundo» (F. Hahn). Por eso la fe pascual no vuelve la vista atrás hacia la actividad del enviado escatológico de Dios, concluida con su muerte. La mirada se orienta fundamentalmente hacia adelante, hacia el obrar salvífico del Señor exaltado. Tal es la unánime convicción del Nuevo Testamento. El evangelio de Juan, que hace confluir con tanta fuerza la proclamación pospascual de Cristo con las palabras del Jesús terreno, puede en consecuencia hacer que Jesús asegure ya la víspera de su muerte: «No os dejaré huérfanos, sino que volveré a vosotros. Todavía un poco y el mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis porque yo vivo y vosotros viviréis» (14, 18s.).

«Yo estoy con vosotros»

Esta formulación de la frase conclusiva de Cristo hace destellar por última vez el poder divino del Resucitado. «Yo estoy contigo», «Yo estoy con vosotros» constituye la expresión más densa con la que Yahvé se dirigía en las Sagradas Escrituras, ya fuese a Israel en conjunto, ya a los hombres más responsables de él, cuando lo que estaba en juego era un encargo especial o un particular peligro. «Yo



Reflexiones Católicas.

estoy contigo...» (Ex 3, 12). «Como estuve con Moisés, también estaré contigo; nunca te dejaré en la estacada ni te abandonaré» (Jos 1, 5). Pero es sobre todo en los esbozos históricos veterotestamentarios donde aparece la expresión «contigo» y «con vosotros» como «fórmula condensada de la teología de la alianza y del gracioso y ayudador «estar con» de Yahvé con su pueblo y con individuos concretos» (H. Frankenmölle).

¡Pascua significa esto también! Con esos discursos-YO que son exclusivos de Dios, el Resucitado puede asegurar su presencia autorizante, activamente auxiliadora y salvadora. Hasta tal punto se ha identificado Dios con el Jesús de Nazaret resucitado. Este, en cuanto Kyrios igual a Dios, se sitúa por encima del espacio y del tiempo. De la misma manera que Dios, puede hacerse presente en todo tiempo y en todo lugar. «Y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido quiere decir: Dios con nosotros" (1, 23). Con ese nombre, «Emmanuel», fue introducido Jesús al comienzo de nuestro evangelio. Lo que aquel nombre prometía se ha cumplido con una amplitud universal merced a la pascua: una vez resucitado, Jesús es el Señor divino, cercano y presente a nosotros.

«Con» cada generación de la Iglesia

«Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Esta aseveración de la presencia graciosa de Cristo tiene validez para todo el tiempo y para cada fracción temporal del pueblo escatológico de Dios. La mirada del evangelista, que escribe hacia finales del siglo primero, se dirige, más allá del presente, hacia el futuro. Cuán próximo o lejano esté el fin de este decurso temporal y con él la parusía del Señor, es algo que queda plenamente indeterminado. Lo importante también en este caso, conforme a la concepción bíblica del tiempo, no es la cantidad, sino la cualidad de ese tiempo, el contenido de novedad que califica al tiempo de la Iglesia que irrumpe con la Pascua. Ese es el perdurable «estar con» del Señor exaltado.

Esa permanente presencia graciosa de Cristo se refiere a todas las generaciones de la Iglesia, por muchas que puedan sucederse. La perícopa de la aparición de Mateo no habla expresamente, por supuesto, de generaciones que hayan de seguir a la de los «Once discípulos»; como tampoco lo hacen



Reflexiones Católicas.

los relatos de aparición de los evangelios restantes. Tampoco era de esperar partiendo del género de «relato de aparición». El lenguaje de nuestro evangelista, que por una parte casi seguro que no cuenta ya con la presencia en vida de miembros del grupo de los Doce y por otra parte tiende su mirada por encima del presente propio hacia un largo período temporal del mundo todavía desconocido, es, con todo, suficientemente claro. Cuando refiere la promesa de asistencia de Cristo no tiene únicamente en consideración a los Once discípulos, que por supuesto eran los destinatarios directos del manifiesto de Cristo. Incluía también a todos aquellos otros que además} y después de los Once, proclamaban el mensaje salvífico; más aún, también a todos aquellos que en su tiempo y en el futuro se lo transmitiesen a los hombres. A todos cuantos trabajan en ese servicio particular del Señor exaltado se les promete la asistencia defensora y fortalecedora.

La promesa solemne de esa eficaz presencia de la gracia de Cristo se dirige igualmente a todo el discipulado postpascual. En la concepción de nuestro evangelista, éste se ve representado por los «Once discípulos». Son aludidos los bautizados de «todos los pueblos»; por tanto también nosotros. La «poca fe», esa fe a medias, plagada de dudas, supone, en la concepción del evangelista, una tentación que pone en peligro la existencia de cualquier discípulo (Mt 14, 30s.). ¿O es que somos ya unos racionalistas tan recalcitrantes que estamos incapacitados para una fe viva en la presencia y auxilio del Señor? Si tal es el caso, dejemos que la primera cristiandad nos dé una lección. Ella sentía aún profundamente el «estar con» de su Señor exaltado. Un «profeta» que hablaba en el Espíritu y en el nombre del Señor exaltado dio expresión a esa bienaventurada vivencia de novedad: «Pues dondequiera que dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20). Lo que los piadosos doctores de la ley de Israel alababan como la gracia suprema del abandono en la voluntad de Dios, ha hallado su plenitud y realización escatológica por medio de la Pascua. La colección judaica de Dichos de los Padres conserva la siguiente sentencia: SEKINA/PRESENCIA: «Cuando dos se sientan y se ocupan con frases de la Torá, la Shekiná está entre ellos». La meditación compartida de las instrucciones divinas logra, por tanto, que Dios mismo se haga presente. A partir de la Pascua, es Jesús exaltado aquél en quien Dios se hace presente a los suyos. La «shekiná» del Antiguo Pacto, la



Reflexiones Católicas.

inhabitación prefiguradora de Dios, ha llegado a su plenitud con Cristo resucitado. Pues en El esa palabra, que es plenamente Palabra de Dios, se ha hecho hombre. El ha «puesto su habitación» (Jn 1, 14) entre nosotros de una forma muy distinta y mucho más real que lo que podía confesar la fe de la época profética acerca de Yahvé.

¿Un camuflaje para encubrir la expectativa futura de los primeros tiempos?

También nuestro evangelista presenta en varias ocasiones a Jesús prediciendo la venida del Hijo del hombre para juzgar. El hecho de que la «vuelta» de Cristo no hubiera ocurrido ni siquiera al final de la segunda generación, no disminuyó, al parecer, lo más mínimo su fe en el Jesús Salvador resucitado y que había de volver. Y la afirmación apodíctica de la asistencia del Cristo exaltado deja sin lugar a dudas espacio para un transcurso de tiempo indeterminadamente prolongado hasta la llegada de la parusía. ¿No contradice claramente todo esto las expectativas de futuro que bullían en los comienzos? ¿No hablan constantemente los teólogos de que Jesús vivió en una expectativa cercana del Reino? Y lo hacen con todo derecho. Todo el contexto de su predicación apunta a que el Reino escatológico de Dios puede, por así decirlo, irrumpir en cualquier instante.

Pero lo inmediatamente relevante para el punto que estamos analizando es más bien el proceso de la revelación de Cristo que culmina en el acontecimiento de la Pascua. Si Jesús proclamó esa llegada, aún por venir, del Reino de Dios como una obra y don de Dios, también ese revelarse de la salvación del Reino que se espera queda religado a la persona de Jesús, al Jesús Mesías al que se ha capacitado para concluir el obrar salvífico. Esa nueva fe trajo como consecuencia la expectativa de que el Mesías Jesús en persona intervendría muy pronto como juez y operador de la salvación. Tampoco se puede negar esta «expectativa próxima» postpascual. Pero en ese caso ¿cómo pudieron acomodarse los escritos de la segunda generación cristiana a un largo período de tiempo indeterminado e indeterminable sin caer en contradicción? ¡Algo no cuadraba! ¿No habrá resultado que la dura experiencia de una parusía que se iba retrasando indujo a hacer de la necesidad virtud falsificando la expectativa de futuro inicial? En este caso se juega algo más que una



Reflexiones Católicas.

cuestión histórica interesante. Lo que está sobre el tapete es la validez de nuestra fe y del mismo futuro salvífico.

¿No será nuestra fe en una salvación futura más que el sucedáneo camuflado de la ruda decepción que sufrió la primera generación cristiana? La respuesta afirmativa a esta cuestión no sería sino el caso típico de una conclusión apresurada que pasa por alto la realidad histórica. Antes que nada hay que traer a consideración otra circunstancia que supone un hecho tan incontrovertido como el de la expectativa próxima de los comienzos: el de que, además de la primera, tampoco la segunda ni la tercera generación experimentaron la parusía de Cristo y que esa realidad no provocó ni el más mínimo indicio de una crisis en los fundamentos de su fe. Precisamente este hecho tan elocuente demanda una explicación satisfactoria para la que la ciencia neotestamentaria está desde hace tiempo preparada. Rememoremos los datos más importantes. La firme expectativa de una plenitud de salvación que aún se había de producir, en ningún momento se basó en el conocimiento de fechas concretas. No existieron ni existen frases originarias de Jesús en las que El mismo haya puesto fecha determinada a la revelación final del Reino de Dios. No se puede, por tanto, argumentar diciendo que, por ejemplo, Jesús había afirmado que el Reino de Dios se revelaría aun antes de la desaparición total de la generación contemporánea a él.

PARUSIA/PROXIMA: Por el contrario, la expectación de la parusía se basaba única y exclusivamente en la misma fe pascual, en la fe en la plenitud de poder del Resucitado, en el poder que Dios tiene de hacer llegar la salvación definitiva. La «expectativa próxima» presuponía, por cierto, la fe inmovible en la parusía de Cristo, pero ésta, por su misma naturaleza, no era más que una forma particularmente intensa de la fe en la parusía. Esta intensificación es, por otra parte, plenamente comprensible desde el punto de vista histórico. La espera en una pronta venida de Cristo era la expresión de un anhelo de salvación que se alimentaba en una fe pascual viva. Más objetiva que la denominación usual de «expectativa próxima» sería la expresión de este fenómeno como un «esperar» en una pronta parusía. Al menos resulta confuso hablar de una «fe» inicial en una inmediata venida de Cristo. Si queremos precisar con un concepto filosófico la relación existente entre la «fe en la



Reflexiones Católicas.

parusía» y la «expectativa próxima» tendremos que afirmar que la segunda no supone más que un «accidente», algo, por tanto, que no afecta esencialmente a una materia: en este caso a la fe en la parusía. También aquí tenemos en el apóstol Pablo a un garante auténtico de la primera generación. El emplea la expectativa próxima como un punto de vista adicional para estimular a los creyentes a la actualización de la nueva vida exigida por la misma recepción de la salvación que ya ha tenido lugar. Con ello está utilizando la expectativa próxima como un motivo más de orden parenético, pero nunca la declara por sí misma objeto de fe.

Hay todavía otra razón fundamental por la que la cuestión de la fecha exacta no podía cobrar peso específico propio para la fe en la plenitud de la salvación futura. La decisión acerca del futuro salvífico ya había tenido lugar hacía tiempo. El esperado es alguien que ya ha venido en Cristo, alguien en quien y por medio de quien Dios ya ha actuado de modo definitivo para la salvación del mundo. Los creyentes en el Mesías Jesús no se diferenciaban de los demás seres humanos únicamente por el hecho de que veían en la exaltación de Jesús la garantía de la venida segura de la salvación, aunque por otra parte viviesen en un mero estado de expectativa privado de cualquier modo de posesión de salvación. No; en su visión de fe, la redención definitiva ya estaba asentada dentro de ellos. Experimentaban su presencia, su existencia en este mundo sometido al pecado y a la muerte; y la experimentaban como una presencia actual de la salvación.

Por los motivos enunciados es lógico que la experiencia de la prolongación del tiempo llevase a una distensión de la «expectación próxima» sin que por ello se cuestionase lo más mínimo la validez de la fe en la parusía de Cristo. La misma aparición por vez primera en el Nuevo Testamento de una negación de la parusía puede confirmar indirectamente esta afirmación. La verdadera razón esgrimida por los que negaban la parusía, contra los que hubo de intervenir el autor de la segunda carta de Pedro entre los años 120 y 140, no fue el hecho de que el tiempo siguiera adelante, sino una interpretación gnóstica de la fe en Cristo. Esos herejes afirmaban la absoluta presencia de la salvación y por ello rechazaban una plenitud salvífica aún por realizar; la rechazaban como algo superfluo; estaban en total contradicción con todos los testimonios del Nuevo Testamento



Reflexiones Católicas.

para los que la fe en la parusía de Cristo constituye una consecuencia irrenunciable de la misma fe pascual. Por consiguiente, no se puede hablar de una falsificación a posteriori de la fe original en el futuro salvífico, puesto que la cuestión acerca de cuán próxima o lejana pueda estar la «vuelta» de Cristo es irrelevante aun para nuestro manifiesto crístico.

Nuestra fe pascual en cuestión

«Yo estoy con vosotros todos los días...» La aseveración de la permanente asistencia graciosa de Cristo apela a nuestra disponibilidad personal a tener una fe decidida. El miedo paralizador ante el futuro no se detiene ni ante las puertas de la Iglesia. Los mismos teólogos cristianos se preguntan si el cristianismo tiene aún un futuro auténtico. La virulenta tentación de hacer desaparecer, o al menos reducir de modo manifiesto, el mensaje provocador del Jesucristo resucitado y actuante, tras la figura histórica del Jesús humano y tras su exigencia de un comportamiento interhumano ideal, ¿no se alimentará de manera determinante de la preocupación acerca del futuro del cristianismo? La oportunidad de supervivencia sólo la podría esperar una cristiandad que aportara sus claros y potentes impulsos en pro de un compromiso social y societario en la situación actual y en la futura, que tomara en serio como norma decisiva de actuación la Carta Magna del amor a todos y a todo. Por esencial e irrenunciable que sea ese aspecto de relevancia social de la fe y la vida cristianas, se está corriendo el peligro de perder de vista el centro de la fe cristiana, que no es otro que el futuro que se nos abre en el Cristo pascual, único capaz de proporcionar a los cristianos un firme apoyo para el presente y para el futuro.

FE/OPTIMISMO: ¿No tendremos honradamente que avergonzarnos cuando resuenan en nuestros oídos las voces múltiples, pero unánimes, de la fe pascual de los primeros cristianos? El autor de los Hechos de los Apóstoles tenía aún presente el martirio romano del apóstol Pablo ocurrido hacía años y sin embargo no concluía su escrito de predicación y propaganda con la relación del fin del gran apóstol de los pueblos. Acaba más bien con la noticia de que el apóstol, que vivía en libertad provisional, «predicaba el Reino de Dios y enseñaba lo que se refiere al Señor Jesucristo con toda libertad y sin obstáculos» (/Hch/28/31). Este final



Reflexiones Católicas.

sorprendente implica todo un programa: el futuro no está en manos del señor que se sienta sobre el trono de los césares en la capital del imperio, ni pertenece a los múltiples señores divinos propagados entonces por la fe pagana y sus numerosos cultos místicos. El futuro le pertenece al único y verdadero Señor divino, a Jesucristo. ¡Tal es la fe pascual viva que, segura de sí misma, mira hacia el futuro!

Se podrá objetar que en aquel entonces la fe resultaba más sencilla que lo que lo es hoy para una persona que ha de estar a la altura del pensamiento y de la comprensión moderna de la realidad. En la actualidad nos vemos confrontados, incluso en países cristianos, a un amplio frente de decidida incredulidad o por lo menos a la ignorancia de hecho de cuanto signifique cristianismo e Iglesia. ¿Cuántos son los que creen todavía seriamente que el Jesús crucificado no está tan muerto como cualquier otro difunto, sino que ha penetrado en una existencia de energía vital y llena de eficacia divina y que se habrá de revelar como el Salvador? No pensemos, sin embargo, que haya sido el pensamiento moderno el primero en formular su oposición a la fe pascual. El evangelio de Juan, escrito hacia finales del siglo primero, no está dominado casualmente por la alternativa fe-incredulidad. Su autor afrontaba manifiestamente una situación en la que era posible que el mensaje de Cristo experimentase un rechazo total hasta el punto de que llega a considerar que ese rechazo, en definitiva, se debe a un influjo diabólico. Pero: «Ahora se produce la condena de este mundo; ahora el dominador de este mundo va a ser expulsado afuera. Y yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (12, 31s). Se trata de todos esos que se dejan llevar con Cristo al espacio vital de Dios. Y por ello el Jesús de este evangelio proclama también el mandato del amor. Pero renuncia a la exposición particularizada de la voluntad de Dios. La exigencia fundamental que propone a los seres humanos, exigencia que atraviesa todo el evangelio, es la de la decisión por la fe en Jesucristo como revelador y mediador absoluto de la verdadera vida; la decisión por la fe en la fuerza salvadora de su Muerte y Resurrección: «Yo soy la resurrección y la vida. Quien crea en mí, aunque haya muerto, vivirá...» (11, 25).

Sólo mediante la confesión de Cristo Crucificado y Resucitado se puede comprender plenamente a Jesús de Nazaret. La mirada hacia el Señor exaltado y presente en ella capacitaba a



Reflexiones Católicas.

la joven Iglesia para resistir los ataques exteriores más duros. Aquel Juan lleno de carisma profético que hacia finales del gobierno del emperador Domiciano veía que se aproximaba a las comunidades cristianas de Asia menor una terrible persecución, intentaba con su Apocalipsis fortalecerlas para que se dispusieran a sufrir el martirio antes de renegar de su Señor divino Jesucristo, tributando culto al emperador. En ese dificultoso camino los fieles no están solos. La visión introductoria de ese libro proclama al Cristo celeste como alguien presente a sus comunidades, como el Señor que las auxilia y defiende. El es el Kyrios divino, el único que, empleando el estilo en primera persona, propio de Dios, puede afirmar: «Yo soy el primero y el último y el viviente; Yo estuve muerto, pero mira, estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Abismo» (1, 17-18) .

¿Estamos también nosotros dispuestos a seguir el camino de Jesús hasta su Resurrección, hasta su exaltación a Señor divino y realizador de nuestra salvación? ¿Estamos también dispuestos a creer en la presencia llena de eficacia de este Señor de la Iglesia? ¿A creer que su comunidad salvífica será conducida a buen término por El a través de las tormentas más peligrosas? ¿Estamos dispuestos a dejarnos interpelar y exigir «todos los días», a revitalizarnos a diario, a estimularnos y activarnos por ese Jesús que, en cuanto resucitado, es el Señor divino próximo a nosotros? Estas son las preguntas que propone a nuestra vida la consoladora promesa de asistencia que nos proclama el manifiesto final de Cristo que hemos estudiado.

29.-LA CINCUENTENA PASCUAL

-El "gran domingo". Así llaman algunos Padres orientales a este período de cincuenta días. Y es que todos los atributos que hacen del domingo un día de fiesta confluyen en la cincuentena. En este sentido hay que subrayar el carácter unitario de estas siete semanas, evitando fragmentaciones arbitrarias. Tampoco debiera cargarse el acento en algunas fiestas, privilegiándolas de manera que aparezcan como solemnidades autónomas (Ascensión, Pentecostés).



-Anticipación del Reino de los Cielos. Es otra de las características de la cincuentena. El cristiano que celebra la Pascua ha pasado con Cristo de este mundo al Padre. Si la cuarentena (cuaresma) es imagen de la vida temporal, la cincuentena es símbolo de la vida futura, de la vida eterna.

Durante esos días la comunidad cristiana anticipa místicamente su experiencia de comunión gozosa con el Padre en los cielos junto con Cristo.

30.-LA CINCUENTENA PASCUAL SEGÚN LA BIBLIA

1. Historia de la Fiesta de la Pascua judía

La festividad es designada por lo general en el Antiguo Testamento con el nombre de *pésah* que aparece 49 veces: 34 veces designa directamente el rito de la pascua y 15 veces la víctima del sacrificio. Va siempre precedida del artículo. Dos veces se designa expresamente la pascua como *hag* = *fiesta* (Ex 12, 14; 34,25b), cuyo sentido originario es "peregrinación". Por lo que en la Biblia designa casi siempre una de las tres grandes festividades de peregrinación: ázimos, semanas y tabernáculos. La aplicación más bien excepcional del concepto *hag* a la pascua indica que ésta, en el sedentario Israel, no poseía primariamente el carácter de una fiesta de peregrinación. No es fácil determinar la significación fundamental de *pésah*. El sentido etimológico sería: *alegrarse* (= la pascua es una fiesta de alegría); *saltar por encima, pasar por encima* (= Yahvé salta por encima de las casas de Israel cuando pasa por el país, para castigar a los egipcios). La palabra preferida por los LXX para traducir la expresión hebrea fue la griega *pásja*.

En el Nuevo Testamento, la palabra se transcribe de ordinario por *pásja*, en total 29 veces, y en el mismo sentido que en el Antiguo Testamento: a) Mt 26,2; Lc 2,41; 22,1; Jn 13,1; 18,39; 19,14; Hch 12,4; b) sacrificio: Mc 14,12.14; Mt 26,17; 18,28; 1Cor 5,7; c) como el rito: Mc 14, 16; Mt 26,18s; Lc 22,13; Hb 11,28. La festividad en la época de Jesús tenía dos partes: una que consistía en la fiesta de pascua propiamente dicha (que duraba la noche



Reflexiones Católicas.

del 14 al 15 de Nisán) y la fiesta de los panes ázimos o sin levadura (que se prolongaba una semana entera).

Los textos que hablan de la pascua son: a) Textos legales: Ex 12,21-27; Dt 16,1-8; Nm 9,1-14; Ex 12,43-49 junto con Ex 12,1-16; Exodo 12,1-14; Ez 45, 21-26; b) Textos históricos para la fiesta de la pascua: Nm 9,5; 14,1; Jos 5,10; 2Re 23,21-23; 2Cron 30,1-27; Esd 6,19-22; 1Cor 11,23-25; Mc 14,17-25; Mt 26,20-29 y Lc 22,14-23.

El cap. 49 del Libro los Jubileos nos presenta las ideas y prácticas dominantes entre los círculos judíos de cuño esenio alrededor del año 100 a.C. Filón y Flavio Josefo nos han dejado testimonio de la misma en sus obras: *De specialibus legibus* II, 145-161; *Ant Jud.* II,311-317; III, 248-251 (también aquí aparecen la pascua y la fiesta de los ázimos como dos festividades separadas); X, 70-72; XIV,2s; XVIII,29; XX,106. El documento rabínico más importante es el tercer tratado de la Misná Pasajim. Todos estos testimonios nos permiten conocer cómo se celebraba la Pascua en la época de Jesús.

Origen de la fiesta pascual

El texto fundamental lo encontramos en Ex 12,1-14 (de la tradición sacerdotal), que recoge una tradición muy antigua: la actitud en que debe realizarse el banquete cultural es la de los nómadas, que se hallan dispuestos a ponerse en marcha (vestido arremangado, sandalias, un bastón, apresuramiento). Como motivo de esta prescripción, se nos da sencillamente éste: "Es una pascua de Yahvé" (v.11). Se ha propuesto dos hipótesis:

1ª) ¿Se trata de una antigua fiesta de primavera de trashumantes pastores que más tarde se acomodó a la religión de Yahvé, incorporándole las narraciones sobre el éxodo? Los promotores de esta hipótesis la explican, en síntesis, diciendo que la pascua había sido todos los años el último banquete festivo cultural que los nómadas celebraban antes de trasladarse de los pastos de invierno a los pastos de verano. Por eso la pascua se cataloga entre los denominados *ritos de paso*. En ellos se subraya el deseo de alejar, mediante el sacrificio, los peligros que amenazan al hombre y a la naturaleza de parte de los poderes malignos.



Reflexiones Católicas.

El origen nómada de la pascua es de una evidencia manifiesta (Lagrange; De Vaux).

2ª) *¿Se trata de una fiesta de origen agrícola de Canaán?*

Se pretende ver en la fiesta de la pascua pre-israelita una fiesta cananea de comienzo de año, o un drama cultural que consistía en un éxodo cultural hacia el desierto. A ello se unieron recuerdos posteriores al éxodo histórico de Egipto. La pascua es decididamente una fiesta de año nuevo, que era celebrada por los hebreos de los primeros tiempos en la luna llena de primavera como una fiesta de peregrinación a un santuario preestablecido. Al rito original pertenecía un éxodo litúrgico al desierto, en el que se vivía en tiendas (Mowinkel, Segal).

Solución más aceptable: la pascua era una *fiesta de primavera de pastores trashumantes*. Entre los israelitas, la fiesta debía tener lugar del 14 al 15 de Nisán, es decir, en *la luna llena de la primavera*. La descripción de Ex 12,1-14, que remonta a una costumbre nómada muy antigua, corresponde totalmente a las relaciones y circunstancias de los nómadas. Por otra parte, la actuación salvadora de Dios en favor de su pueblo se integra plenamente en la fiesta y la consagra definitivamente en el pueblo de Israel. Los árabes proporcionaron igualmente un paralelo para la mejor comprensión de esta fiesta central (Lagrange, Henningar). Encontraron algunos rasgos comunes entre la *radschab* árabe y la pascua judía: ambas son fiestas primaverales de pastores; ambas son fiestas familiares, en las que el padre de familia ocupa la presidencia y en las que no se habla de un ministerio sacerdotal; el rito dominante es la ofrenda del primer animal que ha nacido en el rebaño. Igualmente completó el paralelo la fiesta árabe llamada *dabíha* (=sacrificio de una víctima, que se realiza en ocasiones muy marcadas). Se realiza para implorar la protección divina, para ahuyentar las maquinaciones tenebrosas de los malos espíritus y para robustecer la comunidad humana con el signo del banquete. También éstos son rasgos fundamentales de la pascua de los antiguos israelitas.

Los hebreos recogieron esta fiesta antigua y la convirtieron en un "recuerdo sacramental" (*zikkarón*) de la salvación de Yahvé. La religión judía es "histórica": se funda en unos acontecimientos salvadores sucedidos, que Yahvé realizó



Reflexiones Católicas.

por su pueblo. Y todas sus fiestas son históricas. De este modo, una fiesta, que en su origen fue naturalista o de la naturaleza, se ha convertido en *una fiesta central de la historia salvífica*. La inserción de las fiestas en la historia solo podía tener un sentido: el hacer experimentable la historia de la salvación siempre de nuevo como un "presente" de esa salvación. La fiesta se convierte así en un "memorial" de la acción salvadora de Dios. La pascua es calificada expresamente, en la ordenación fundamental litúrgica, como un *zikkaron* (Ex 12,14). Los participantes en la fiesta deben ser introducidos en ese hecho salvador y tomar parte en esa liberación (cfr. Ex 13,3s). A través de la fiesta conmemorativa sacramental, la acción salvadora de Yahvé para las futuras generaciones se convierte en un *hoy siempre nuevo*.

Transformación de la fiesta de la Pascua

En esta línea todos los detalles esenciales, o no, de la fiesta reciben una significación:

- a) el término original *saltar cultural*, se transforma en un "saltar Yahvé salvando a su pueblo";
- b) la *sangre con que se rocían las jambas* y los dinteles se pone en conexión con el hecho de que Yahvé, cuando hirió a los egipcios, perdonó a los israelitas (Ex 12, 27a; 12,13.23);
- c) *las hierbas amargas*, que antiguamente habían sazonado el banquete nocturno de los nómadas, recordarán en delante la amargura de la esclavitud egipcia;
- d) *los panes ázimos* es el pan de la aflicción de Egipto (Dt 16,3) y la prisa con que los israelitas tuvieron que huir y que no les dio tiempo para echar levadura a sus panes (Ex 12,39; 13,3.8);
- e) *la fiesta se realiza en primavera*, porque Israel salió de Egipto en primavera;
- f) consiste en una fiesta nocturna, porque la huída se realizó por la noche (Dt 16,1).



Reflexiones Católicas.

Todos estos significados son, claramente, transformaciones de sentidos posteriores, interpretaciones de un rito que se practicaba ya antes de la aparición de Yahvé en un sentido de historia de la salvación con su pueblo esclavizado. Los hebreos utilizaron las antiguas fiestas cultuales en servicio de la teología de la salvación e hicieron de ellas un reconocimiento a Dios que guarda a su pueblo para la salvación (cf. Ex 15,2)

La pascua y la fiesta de los ázimos

Ex 12,1-14 nos suministra los elementos esenciales del rito de la pascua en su forma más antigua, mientras que Ex 12,15-20 se centra en la fiesta de los ázimos. Todo induce a pensar que el comer durante siete días los panes ázimos, la solemnidad de los ázimos, era una fiesta agraria que adquirió por primera vez carta de naturaleza en Israel después de que las tribus se hicieran sedentarias en Canaán. Poco a poco con intensidad se califica la fiesta de los ázimos como hag, es decir, una fiesta de peregrinación (Ex 23,15; 34,18; Lv 23,6; Dt 16,16; 2Cron 8,13; 30,13.21; 35,17; Esd 6,22), con lo que se quería significar que la fiesta se celebraba en el santuario.

La adopción de la fiesta de los ázimos por los israelitas al tomar posesión del país, no significaba ciertamente que con ello renunciaran a la pascua nómada. Ellos siguieron celebrándola como una fiesta casera o familiar, independiente y desligada de los santuarios. La reforma cultual de Josías y la legislación deuteronomica, que hacían de la pascua una fiesta de peregrinación, cosa que ya era la fiesta de los ázimos, pusieron finalmente el fundamento para la fusión de ambas fiestas que en su origen eran distintas (Haag).

La pascua en tiempos del culto centralizado

El redactor de Dt 16,1 tenía ante los ojos la fijación cronológica de Ex 34,18, pero ahora la aplicó a la de la pascua, fiel a su empeño de sobrevalorar la fiesta de la pascua y de infravalorar la de los ázimos. En la ley deuteronomica hay que ver, ante todo, una voluntad decidida de colocar la pascua en lugar de la fiesta de los ázimos. Introdujo una innovación todavía más amplia para



Reflexiones Católicas.

las tres fiestas de peregrinación frente a su antigua procedencia. Mientras que en las normas de Ex 23,17; 34,23a; Dt 16,16 solamente se prescribe que los miembros varones del pueblo deben realizar la triple peregrinación al santuario, el legislador deuteronómico convoca a todo el pueblo a Jerusalén: hombres y mujeres, hijos a hijas, siervos y siervas, huérfanos y viudas, levitas y extranjeros (v. 11.14). Puesto que esperaba de la centralización de las fiestas de Jerusalén una renovación religiosa, debía hacer partícipe de ella a todo el pueblo. La centralización en el templo de Jerusalén pudo haber fomentado la unidad nacional pero, al mismo tiempo, privó al venerable rito de su carácter casero o *familiar* y lo expuso al peligro de la masificación y del formalismo. Y aun cuando más tarde surgieron nuevas innovaciones, sin embargo, se fijó definitivamente la orientación en la que debía desarrollarse la pascua de después del destierro.

La pascua del post-exilio

La fiesta anual de la pascua no podía ser simplemente, para la comunidad desterrada en Babilonia, como lo había sido anteriormente en la patria, un "recuerdo" (zikkarón; v.14) de la acción salvadora de Yahvé para con Israel en Egipto. Más bien debía inflamarse en ella "también la fiel y confiada esperanza" de una nueva obra de salvación ante los ojos de los pueblos. Aquí radica el motivo de aquella orientación hacia el futuro, hacia una salvación escatológica que, como veremos, es propia de la fiesta de la pascua desde la época neotestamentaria hasta el día de hoy. La voluntad salvífica de Yahvé *para* su pueblo tiene una vigencia eterna (Ex 12,14). La pascua aparece como una fiesta doméstica y no se habla en modo alguno de ningún santuario nacional y central. Pero no deja de causar extrañeza el énfasis con que se insiste en la comunidad de culto; porque una comunidad así existía ya en Babilonia (consúltese Ex 12,1-14; Lv 23,5-8 y Nm 28,16-25).

La pascua en la época helenística: tiempo de Jesús

En Esd 6,19-22; 2Cro 30 y 2Cro 35 se separa claramente la fiesta de la pascua de la fiesta de los ázimos. El estudio de las ordenanzas de después del destierro sobre la pascua ha arrojado un resultado doble: la centralización de la fiesta en



Reflexiones Católicas.

el templo de Jerusalén (sacrificio) y la acentuación del carácter doméstico y familiar del rito (banquete). Bajo este doble aspecto se celebró la pascua de los judíos hasta la destrucción del templo en el año 70 d.C. y, por tanto, también en tiempos de Jesús (Hagg). (NOTA: El contenido y el rito de la fiesta de la pascua en tiempos de Jesús puede verse en los comentarios del Jueves Santo).

2. La Cincuentena Pascual cristiana

Pascua judía-Pascua cristiana. Israel recordaba en la noche pascual cuatro grandes acontecimientos: creación, vocación de Abrahán y sacrificio de Isaac, salida y liberación de Egipto y la noche escatológica de la venida del Mesías. Jesús en la Cena (Celebración-Institución) y la Iglesia (Celebración) han asumido la realidad antigua y la transformaron radicalmente. Los acontecimientos del Antiguo Testamento son figura: *Todas estas cosas que les sucedieron a ellos eran como ejemplo para nosotros* (1Cor 10,11). Forman parte de la etapa preparatoria. Tienen consistencia en sí mismas, son expresión del poder salvador de Dios y de la experiencia religiosa de Israel, pero estaban orientadas a anunciar otras realidades definitivas y más universales. La Iglesia primitiva transformó las cuatro noches o acontecimientos que Israel celebraba en la Pascua:

- a) la noche de la primera creación es transformada en la celebración de la nueva creación en Cristo mediante el misterio pascual;
- b) la vocación y sacrificio de Isaac, el "unigénito" muy querido por Abrahán se transforma en la entrega del Unigénito del Padre hasta la Cruz;
- c) la liberación de la esclavitud de Egipto, en la oferta de liberación para toda la humanidad de la opresión de la ley, del pecado y de la muerte, ofreciendo a todos los hombres la posibilidad real de salvación total, universal y definitiva;
- d) la noche escatológica se cumple y se transforma plenamente en la Muerte y Resurrección de Jesús como acontecimientos escatológicos definitivos aunque todavía no de manera manifiesta (1Jn 3,1ss).



Reflexiones Católicas.

Con el Acontecimiento pascual de Jesús se realiza la nueva creación, se lleva a cabo la donación plena del Hijo de Dios, se garantiza la liberación de todos los hombres, se abre la puerta a una definitiva, plena y segura esperanza. La Muerte y la Resurrección de Jesús son la realización de la salvación escatológica en la plenitud de los tiempos, abierta hasta la Vuelta Gloriosa del Señor. De este modo la celebración antigua es transformada definitivamente en la nueva.

En realidad la Pascua cristiana no es la nueva Pascua, sino la "verdadera y auténtica" Pascua para nosotros los creyentes en Jesús, en su Persona y en su misión. Y este es el contenido esencial de la Cincuentena pascual. Adoptando este marco judío, la Iglesia cristiana lo llena de una realidad nueva, singular y original, es decir, la actualización de la Muerte y Resurrección de Jesús como los acontecimientos centrales de su vida y el envío del Espíritu Santo como Don escatológico por excelencia.

La celebración de la Cincuentena Pascual está íntimamente unida a la celebración del Domingo. Ambas celebraciones remontan a la era apostólica. Afirma el autor del Apocalipsis: *Caí en éxtasis un Domingo (kuriaké heméra = día del Señor) y oí detrás de mí una voz potente, como de trompeta (1,10)*. Igualmente sabemos por los testimonios del Nuevo Testamento recogidos, especialmente, en las fórmulas de la Institución de la Eucaristía (Mc 14,22-25; Mt 26.26-29; Lc 22,15-20; Jn 6,51; 1Cor 11,23-25) que hacia el año 36 la comunidad celebraba el Memorial de la Muerte y la Resurrección de Jesús. Así nos lo muestra el testimonio paulino especialmente. He aquí sus palabras: *Por lo que a mí toca, del Señor recibí la tradición que os he transmitido, a saber que Jesús, el Señor, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: "Esto es mi cuerpo entregado por vosotros; haced esto en memoria mía". Igualmente, después de cenar, tomó el cáliz y dijo: "Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; cuantas veces bebáis de él, hacedlo en memoria mía". Así pues, siempre que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelva (1Cor 11,23-26)*.



Reflexiones Católicas.

¿Influjo de la liturgia en los textos de la Cena? Parece probable el uso del relato de la Institución en la celebración de la Cena al igual que el influjo del culto en la formulación de las palabras de la Cena. Indicios: la plegaria antes y después de la Cena; formación de un lenguaje litúrgico cristiano; se difuminan los rasgos típicos de la Pascua; separación entre eucaristía y comida propiamente dicha; la celebración de la Pascua en la Iglesia primitiva; un profundo respeto por la fórmula sagrada en la línea de la tendencia a conservar ciertos elementos íntimos (disciplina del arcano), que se daba en el judaísmo primitivo y que pudo influir en la concepción cristiana de la enseñanza de Jesús. El uso litúrgico de los textos de la Cena influyó de diversas maneras en la transmisión y en la formulación de dichos textos (J.Jeremías). Consecuencia de este uso litúrgico es que las palabras de Jesús en la Última Cena se han transmitido exclusivamente en forma de textos litúrgicos.

Podemos descubrir un estrato prelitúrgico al que pertenecen, por ejemplo: 1) las oraciones antes y después de la comida junto con las palabras explicativas (porque ya el rito practicado, en Corinto parece que no coincide con la secuencia primitiva: fracción del pan-comida-bendición de la copa); 2) además, los rasgos típicamente pascales (porque la comunidad primitiva celebraba la Cena del Señor diariamente, después cada semana).

¿Podemos descubrir el texto más antiguo?

Las fórmulas de la Cena aparecen en cinco versiones (1Cor 11,23-25; Mc 14,22-25/Mt 26,26-29; Lc 22, 15-20; Jn 6, 51c). De una comparación de los textos se deduce que la más antigua formulación de las palabras explicativas podría ser la siguiente: *(recibid) esto es mi cuerpo / mi carne, esto mi sangre derramada por muchos.*

En esta fórmula de la Institución hay abundantes semitismos (hasta 23 en el texto de Marcos).

1º) La tradición de Mc y la de Pablo/Lc son independientes una de otra; además no pueden remontarse a una fuente griega común, porque las divergencias entre ambas tradiciones son demasiado grandes. Por otra parte, las dos



Reflexiones Católicas.

redacciones coinciden plenamente en los rasgos fundamentales de su contenido. Por tanto se puede afirmar que la base de ambas formas textuales radica en una tradición común de la Última Cena; de modo que nos encontramos ante "dos formulaciones independientes de una misma tradición". Esta tradición primitiva, como lo demuestra el análisis de Marcos, estaba formulada en arameo o en hebreo.

2º) El relato paulino de la Cena es la consignación escrita más antigua de las palabras de Jesús sobre sí mismo (probablemente en 54 o 57). Pablo debió recibirlo hacia el año 40 en Antioquía.

3º) Lucas es más antiguo que Pablo, Lucas remite a un estadio prepaulino de la forma paulina de la tradición. Marcos nos lleva a una época más temprana.

La formulación paulina es el resultado de una transformación de la tradición operada en ambiente griego antes del año 45. El texto de Lucas se formó a partir de este proceso de transformación iniciado a comienzos de los años 40. Todavía anterior a la formulación lucana es la tradición en lengua semítica que Mc nos transmite con toda fidelidad desde el punto de vista del lenguaje. Y con esta tradición llegamos al primer decenio después de la muerte de Jesús.

Es sorprendente que en las pocas líneas que ocupan las palabras de Jesús en la Última Cena encontremos nada menos que tres peculiaridades características del modo de hablar de Jesús:

En verdad os digo: para introducir y dar énfasis a las propias palabras (Mc 14,25) es un estilo absolutamente nuevo y original de Jesús, sin paralelos en toda la literatura judía y en el Nuevo Testamento fuera de los evangelios.

Tenga su cumplimiento (Lc 22,16). Una acumulación de "pasivos teológicos" como la que se encuentra en las "sentencias" de Jesús en todos los estratos de la tradición de los evangelios sinópticos (Mc, tradición de los "lógia", fuentes particulares de Mt y Lc) es tan llamativa, que bien



Reflexiones Católicas.

puede considerarse este uso como característico del modo de hablar de Jesús.

La predilección por comparaciones, parábolas y acciones simbólicas que se expresa en las palabras explicativas es, asimismo, una peculiaridad acusada de Jesús (J. Jeremías). De este modo, la Cena Pascual cristiana es una sustancial transformación de la celebración judía. Actualiza para la Iglesia de todos los tiempos, hasta la Vuelta del Señor, tanto la Muerte como la Resurrección de Jesús. En los textos actuales de la Pascua se recogen los dos aspectos fundamentales: banquete-comida escatológica y sentido sacrificial de la Muerte de Jesús en favor de toda la humanidad. A lo largo de la Cincuentena Pascual irán desgranándose las realidades teológicas, soteriológicas y pastorales de este misterio central de nuestra fe.

3. Los discursos kerigmáticos de los Hechos

Entendemos por *kerigma* el primer mensaje de los Apóstoles acerca de Jesús muerto y resucitado proclamado como acontecimiento escatológico central, como centro de la salvación, con la presencia perpetua del Espíritu Santo que garantiza la continuidad y eficacia de ese mensaje. Son seis discursos que se encuentran en Hch 2,14-40; 3,12-26; 4,5-12; 5,29-33; 10,34-43; 13,16-43; cf. 1Cor 15,1-11. Contienen cinco partes fundamentales:

- a) afirmaciones centradas en *Jesús mismo*, y en los hechos salvadores cumplidos en y por él;
- b) se recuerdan los testigos que testimonian de la Resurrección de Jesús con la referencia al Espíritu Santo, curaciones en su nombre, cumplimiento de las Escrituras;
- c) el conjunto de los acontecimientos y las pruebas que se aducen son una Revelación de la identidad total de Jesús: es el Señor, el Mesías, el Príncipe de la vida, el Salvador, el Juez de vivos y muertos;
- d) con estos acontecimientos se ha llegado a los tiempos mesiánicos esperados por el pueblo de Israel;
- e) la proclamación del mensaje tiene una finalidad concreta: una invitación a que el hombre entre en



Reflexiones Católicas.

comunión con Él mediante la conversión, el bautismo y el don del Espíritu Santo.

Algunos piensan en la existencia de un *esquema kerigmático* propio para los discursos misioneros de Hch 2-13. En la base de los discursos misioneros hay un esquema que se repite de una manera estereotipada, y explica el hecho diciendo que a Lucas "este tipo de predicación cristiana le parece como el corriente en su tiempo" (hacia el 90 d.C.), añadiendo: "Así se predicaba y así se debe predicar".

¿Cuál es el origen de este esquema kerigmático?

Los apóstoles poseían su propia memoria y su propia misión. El método judío de enseñanza consistía en hacer aprender a los alumnos (*talmidím*) de memoria. Parece que la predicación de Pablo en Antioquía de Pisidia (13,16-41) y algunos discursos de Pedro siguen las leyes de la predicación sinagoga. Los apóstoles y sus colaboradores inmediatos siguieron, sin duda, éste método de tal manera que, desde muy pronto, debió surgir un "modelo" de la predicación. Tal esquema-resumen sería histórico en sus rasgos esenciales, de tal manera que los apóstoles lo seguirían inevitablemente al narrar los acontecimientos salvadores de Dios realizados a través de Cristo. Hay un esquema elemental tras estos discursos y a pesar de ser compuestos tan tardíamente en su forma literaria, conservan algunos valores primitivos muy importantes para conocer la historia, la teología, la praxis misionera y cultural de la primera comunidad. Reflejan una cristología primitiva y no tan desarrollada como lo estaba ya en los tiempos en que Lucas redacta su obra. El lenguaje utilizado en los discursos, al menos de Pedro, es claramente primitivo y enteramente consonante con lo que las probabilidades del caso podría sugerir.

4. La Primera Carta de san Juan

La 1Jn es una de las perlas de la Escritura. El pensamiento se desarrolla en ondulaciones sucesivas, como las olas del mar, que van a romper, una tras otra, en la arena.
Esquema:



Reflexiones Católicas.

— 1,1-4: Prólogo.

— 1,5-2,17: *Tesis ética*: caminar en la luz es el signo cierto de la comunión con Dios.

— 2,18-27: *Tesis cristológica*: la fe en Jesús como Mesías es el fundamento de la comunión con Dios.

— 2,28-3,24: *Tesis ética*: practicar la justicia es el signo de que se ha nacido de Dios.

— 4,1-6: *Tesis cristológica*: el Espíritu que procede de Dios confiesa que Jesucristo ha venido en carne.

— 4,7-5,12: Ambas tesis fusionadas:

4,7-21: El amor sobre el fundamento de la fe.

5,1-12: La fe como fundamento del amor.

— 5,13-21: Conclusión

1Jn está enteramente centrada en los problemas intraeclesiales. El cuadro de la época, resultante de la carta, conduce a un estadio ya evolucionado de la formación cristiana comunitaria. La repetida mirada retrospectiva a lo que se anunció *desde el principio* (1Jn 2,7.24; 3,11; cf. 2Jn 5) supone una larga familiaridad con la fe cristiana. El autor habla como representante de un círculo cualificado de testigos del gran acontecimiento salvífico (1,1-3) para una generación que ya no está en contacto inmediato con tal acontecimiento, sino que apoya su fe únicamente en lo que oyó (3,11). La expectación inmediata de la parusía ha perdido su vitalidad. Todo ello supone un grado de evolución que sólo se alcanza a fines del primer siglo cristiano.

5. ALGUNAS CONCLUSIONES

De carácter doctrinal



Reflexiones Católicas.

- a) el autor combate contra un frente único, aunque entre los muchos "anticristos" (2,18) y "falsos profetas" puedan encubrirse distintos grupos;
- b) los herejes combatidos defienden tanto un error cristológico como puntos de vista morales equivocados (1,5-2,11);
- c) una orientación gnóstica que está demostrada por la terminología y la concepción ideológica (¿docetismo? ¿Cerinto?);
- d) los enemigos hay que buscarlos, sobre todo, entre los círculos cristianos procedentes del paganismo; esto se deduce de la forma de argüir, que nunca recurre a la prueba escriturística, de la preferencia por el título de Hijo de Dios para Jesús, etc.

En el aspecto ético práctico

- a) los gnósticos piensan que no es necesaria la redención por la sangre de Jesús (cf. 1,7; 5,6; 2,1; 3,8c; 4,10.14).
- b) La razón profunda es porque se figuran estar por encima de la condición pecadora y niegan los pecados personales (1Jn 1,8-10; 3,6.8; 5,18).
- c) No se sienten en modo alguno obligados por los mandamientos (1Jn 2,3s; 5.2s; 3,22.24).
- d) Desprecian en particular el mandamiento del amor fraterno (1Jn 2.9-11; 3,10.14s; 4,8,20; 5.2; 3.23; 4.7.11s).

El estilo se caracteriza por las frases homilético-parenéticas enlazadas con escaso rigor, por interpelaciones a los lectores y por las referencias retrospectivas. Se utiliza con frecuencia el paralelismo (antitético): la misma idea se expresa primero en forma positiva, para presentarla después de modo negativo o a la inversa. Este recurso estilístico presta a la afirmación cierto énfasis, pero produce indudable pesadez (algunos ejemplos: 1,5-10; 2,4.7.10-11; 4,7-8). Se trata de un estilo típicamente joánico (Jn 3,18a-b.20.21.36; 5,22-23.43-47; 6,53-54: 10,4-5: 12,44-49: 14,23-24: 15,6-7.19a.b; etc.). Es la verdadera antítesis



Reflexiones Católicas.

que trabaja con parejas de conceptos antitéticos (por ejemplo, 1Jn 3,7-10: 4,4-6: 5,18-19'4. Aunque éste es un medio retórico general, dentro de los escritos joánicos se fundamenta en una peculiar visión teológica del mundo (cf. Jn 3,3-5.11-13.19-21.31-32; 5,24-29; 8,21-23.4147; 9,39; 10,25s; 15,18-25;16,20-22; 17,14-15;18,36-37).

El autor subraya la paternidad de Dios y la idea de Dios como Padre de Jesucristo (1Jn 3,1; 4,7ss.14; 1,3; 2,22ss; 2,1). Nada se posterga en el mensaje de Jesucristo: la encarnación, la muerte expiatoria en la cruz, la parusía, son partes integrantes de la predicación. Las afirmaciones escatológicas (2,18.28; 3,2s) merecen particular atención, dado que en el resto se pone el acento sobre la posesión actual de la salvación. La visión histórico-salvífica no desaparece, en modo alguno, sacrificada a la "mística" supratemporal. Vibra aquí la vivencia de la recepción del Espíritu Santo por parte de la comunidad (1Jn 3,24; 4,4.6.13), no en el sentido de una experiencia extática, sino como una experiencia de fe, que se apoya en el sacramento del bautismo.

La vida de la Iglesia, familia de Dios

El autor comprende a la Iglesia como la familia de Dios (3,1-3) y es una comunidad compuesta de miembros a los que se les invita a una personal responsabilidad. Juan entiende que la Palabra crea y mantiene fuerte a la Iglesia (Jn 15) y es urgida a mantener y vivir en la unidad (Jn 17). En este clima vital hay que entender el sentido profundo de la 1Jn. Esto justifica el empeño en la recuperación urgente de la integridad de la fe cristológica para que la comunidad se mantenga fuerte, madura y unida.

La lealtad al Evangelio exige necesariamente una respuesta en la conducta recta y conforme al mismo; y esto será el signo de que realmente hemos nacido de Dios. Se insiste en que Dios es nuestro Padre fundando la promesa de que después le veremos y gozaremos de su presencia. Recuerda el mandamiento propio de Jesús: el amor mutuo. Nosotros vivimos en un nuevo orden que es el reino de la vida; y el signo inconfundible es que nos amamos unos a otros. Y el amor se ha manifestado en Jesús y es la raíz que posibilita



Reflexiones Católicas.

el amor activo y dinámico que debemos tenernos unos a otros (3,11-18; 4,7-21).

La fe en Cristo es la causa de llegar a ser hijos de Dios; y ésta es la raíz y la causa de que nos podamos amar unos a otros. Por lo tanto, el acto de fe en el amor de Dios que se ha manifestado en Jesús de Nazaret es el que posibilita el amor entre los hombres (1Jn 4,7-21). Amar a Dios es obedecer sus mandamientos y hacer este acto de obediencia no es imposible, porque somos hijos de Dios, llevamos el germen de vida eterna que es la victoria sobre el mundo. La fe nos capacita para vencer. El contenido de esta fe es el misterio total de Jesús hecho hombre, entregado a la muerte como autodonación, resucitado y glorioso Hijo de Dios, Salvador del mundo.

La comprensión de la Persona de Cristo y su obra

Aparecen en la Carta algunas fórmulas confesionales que el cristianismo les opone (1Jn 2,22; 5,1; 4,15; 5,5; 4,2; 5,6). Por una parte, parece que se acentúa la mesianidad; por otra, da la impresión como si se tratase de combatir un error doceta, y que podría muy bien referirse a la encarnación o a la crucifixión. Como complemento hay que añadir las afirmaciones positivas de fe cristológica: la acentuación de la preexistencia (1,1; 2,13a.14b); el acontecimiento salvífico de la encarnación (1,2; 3,8a); la muerte expiatoria de Jesús en favor nuestro (1Jn 1,7; 2,2; 4,10.14; 3,8b.16; 2,12); la confesión de la singular filiación divina y de la divinidad de Jesús (1Jn 4,9; 2,22.23.24; 4,14; 5,12.20). La cristología está íntimamente ligada con la soteriología. La encarnación, la identidad de Jesús y las afirmaciones soteriológicas se relacionan estrechamente ya que la encarnación del preexistente es el requisito de una redención efectiva.